JUSTINO ZAVALA MUNIZ

EN UN RINCON DEL TACUARI

CRÓNICA CAMPESINA

Drama en tres actos



Editorial
NUEVA AMERICA

D. U.

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

EN UN RINCON DEL TACUARI

(CRONICA CAMPESINA)



EDITORIAL NUEVA AMERICA
MONTEVIDEO

TEATRO SOLIS

TEMPORADA OFICIAL DE 1938

Compañía de Comedias Cómicas

CAMIÑA-PALITOS

Hoy - Martes 24 de Mayo - Hoy

A las 21 y 50

Grandioso Acontecimiento

1.o Sinfonía .
2.o — **ESTRENO** de la última producción del celebrado autor

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

EN UN RINCON DEL TACUARI

Crónica campesina en 3 tiempos. (Medio día, Noche, Amanecer).

REPARTO (Por orden de aparición)

PAULA .... Maruja Roig
ELVIRA .... Lola Alba
SUSANA .... Ana Jurado
EL DESHECHO .... Héctor Torres
COMISARIO .... Jaime Walfich
DON CANDIDO .... Alfredo Camiñas
ASISTENTE .... Pablo Palitos

Lugar de la acción: **En un Rincón del Tacuarí**, río de Cerro Largo.

Decorados exprofesos pintados por **ARIEL SEVERINO**, sobre bocetos de **CARMEN GARAYALDE DE MASSERA Y CARMELO DE ARZADUM**

DEDICATORIA

A mis compañeros, los escritores y artistas de América, cuya obra abrirá la mañana de este AMANECER de EL DESHECHO.

EL AUTOR

"CASA DE LAS CRONICAS" en Bañado de Medina.

VERANO DE 1938

LOS TRES TIEMPOS

MEDIO DIA

NOCHE

AMANECER

LOS HUMANOS

DON CANDIDO ....

EL DESHECHO ....

ELVIRA ....

SUSANA ....

COMISARIO ....

ASISTENTE ....

PAULA ....

EL LUGAR

Como empieza la crónica campesina: En un Rincón del Tacuarí, río de Cerro Largo.

EN UN RINCON DEL TACUARI

M E D I O   D I A

Patio interior de una antigua casa campesina. Al fondo, una elevada pared blanca, con friso gris azulado, coronada por el techo ondulado de rojizas tejas. Dos puertas practicables, pintadas de verde se abren en la pared hacia el patio, comunicando a éste con las que se suponen piezas dormitorios.

A la derecha, separada por un espacio, otra pared cuya arquitectura repite idéntica a la primera; pero disminuída en sus proporciones. De esta pared, la puerta más alejada comunica con el comedor; la más cercana, con la cocina.

Hacia la izquierda se alcanza a ver, recuadrando el patio, la parte abierta de un galpón cuyo techo de paja brava se sostiene allí en tres gruesos horcones.

En el centro, un paraíso gigante refresca la desolada visión bajo la pesada luz de un medio día de Enero.

En las agrietadas paredes de la casa, como en los gestos y palabras de quienes la habitan, se advierte un largo cansancio que parece derramarse en la quemante luz que el sol voltea sobre la amplitud del patio, o venir de la ensanchada soledad donde el silencio adquiere una sonoridad

más alta que la más esforzada palabra de un hombre, y una gravedad más dramática que el más angustiado grito humano.

En algún tiempo, una alegre esperanza levantó la viveza de aquel techo rojizo sobre el verde del paisaje. Y aquella casa fué, entre las inmensas distancias, un blanco pañuelo saludando a los viajeros del alejado y solitario camino. Casa de ricos, ya que sólo ellos podrían construírlas así, amplias e iluminadas, en los campos de Cerro Largo.

Ahora, todo el ambiente es como un gastado y entristecido recuerdo de aquel tiempo. Así como la mata de achiras de un rojo desvanecido que se verá en cualquier rincón del patio.

Aunque las paredes son blancas y pesadas; de un verde lujoso la copa del paraíso; altas o densas de emoción las voces humanas, hay, sin embargo, una angustiante sensación de irrealidad en las cosas y en los seres que están rodeando el patio, o andan sobre él. Como esas escondidas imágenes que la memoria conserva de los años infantiles, y que de pronto el recuerdo aviva con sus precisos e iluminados contornos, pero como llenas de flotantes sombras y silencios. Así están delante de nuestra conciencia, olvidada de sí misma en aquel tiempo, mostrándonos el brillo de los ojos, pero sin la emoción de la mirada; el sonido de la voz, sin el espíritu de la palabra. Y ya no sabemos más, si son realidad de fantasmas con que nuestra virginal conciencia pobló el reducido mundo de nuestra infancia, o son fantasmas de la realidad con que el mundo comenzó a dramatizar de asombros a nuestra alma inocente.

EN UN RINCON DEL TACUARI

ESCENA PRIMERA

Por la puerta de la cocina asoma PAULA, trayendo en las manos una olla ventruda con la que se dirige hacia el banco de ceibo que se halla a la sombra del paraíso. Tiene sesenta y cinco años. Pero más que del tiempo, de miseria es su vejez. Apenas si los días han puesto ceniza en sus cabellos lacios y espesos; tules de cerrazón en sus ojillos audaces, o temblor en su voz y en sus manos. La pesada lentitud con que anda; los sucios vestidos oscuros con que cubre el cuerpo alto y delgado; la ruda indiferencia del gesto; el tono llano con que unas palabras siguen a las otras, buscándose entre largos espacios de silencio, son vejez de un cansancio de ya no querer nada, si no es estarse así, olvidada del tiempo en que la risa llegaba a la boca sin que supiera por qué, o indiferente al tiempo que ha de traer el día de mañana, tan vacío de esperanza como el de hoy.

Sentándose en el banco de ceibo, al tiempo que coloca la olla en el suelo entre sus pies.

PAULA. — ¡Puf... qué calor...!

Comienza a desgranar los porotos que ha traído en la olla.

¡Quién aguanta este infierno de cocina...!

Limpiándose los ojos con la punta del delantal.

Va a concluir por dejarme ciega este humo. ¡Leña de vaca! Muy cuidao pa hablar... no se vayan a corromper las gurisas, con las malas palabras. Pa hablar y pa gastar. ¡Así reviente una! En tiempos de la finada no debió ser así. Bueno... aquellos eran, pa todo, otros tiempos. Dicen. Pero pasó lo que pasó, y áhi tiene.

Su atención silenciosa se concentra en el fatigoso trabajo de desgranar, encorvada sobre la olla, hundidas en ella las manos.

Hasta el cuero de los dedos se cái a una en esta tarea, que duele hasta los huesos.

Imitando, despectivamente, una voz de hombre.

No hay tiempo, no hay tiempo pa trillar el poroto... ¿Y por qué no conchava dos peones y lo hace en pocos días?... ¿Más, quién se lo dice? ¿Machos en esta casa? Rómpase una los dedos, quiébrese las caderas... ¿Pero hombres aquí?... Y todo ¿pá qué?

Con sorna.

¡Hum... pájaros que no vuelen, no he conocido. Ni he óido que háigan. Golondrinas que en primavera anidan bajo nuestro techo; pero que otras primaveras llaman. Y se van...

Por una de las puertas del fondo, aparece ELVIRA. Es alta; de pesadas formas. Aunque su acento, como la firmeza de su actitud, dan la sensación de un orgullo irreprimible hasta parecer agresivo, hay en ellos no obstante, la hendidura de un temblor que amenaza quebrarlos hasta el derrumbe.
La vastedad de sus formas, la sostenida acritud de su voz y aún mismo el desaliño con que viste, ocultan la juventud de sus 25 años. Sin embargo, quien le mire sus ojos verdes hallará en ellos, escondidos, transparentes sueños sin mancilla.

ELVIRA. — Paula, ¿no ha venido Tata?

PAULA. —

Sin volverse para mirar a Elvira a la que, por otra parte, oculta el tronco del paraíso.

Conmigo no va estar.

ELVIRA. — Podía haberlo visto. ¿Le tiene pronto el almuerzo?

PAULA. — Pa lo que cuesta recalentar un plato de porotos...

ELVIRA. — Nadie le pregunta lo que come.

PAULA. — Seguro... ¡Como pa preguntar... si es de todos los días!

ELVIRA. — Eso no es cuenta suya.

PAULA. — ¡Claro!

ELVIRA. —

Al tiempo de irse.

Mejor sería que sujetase la lengua. Si no está conforme, ¿por qué no se va? Nadie la ata.

PAULA. — Ah, sí; eso es fácil de decir. ¿Por qué no se va? ¡Cómo si una estuviera aquí de paseo. A todos les sale muy fácil la cancioncita: ¿por qué no se va?

Aunque ya Elvira no puede oirla ella continúa hablándole como si dialogaran.

¿Y vos? ¿Quien te ata? La otra se fué... Por lo menos la Coca... ¡Sujete esa lengua!.. Con callar la mía no parás a las de todo el pago. Por que no sentís correr al río, ya te creés que se ha secao. Pero él sigue corriendo, y corriendo, quien sabe hasta donde y hasta cuando.

SUSANA. —

Por el espacio libre entre las dos construcciones de material, se oye una voz candorosa. Suya es la voz.

Doña Paula, ¿No ve venir a Tata?

PAULA. — No, mi hija; pero puede venir costiando el camino. Desde áhi podés verlo.

SUSANA. —

Apareciendo. No es menos pura que su voz, su presencia. Aunque apenas tiene 16 años, el campo ha puesto en sus piernas, en su torso, en las mejillas, la elástica fortaleza de los potros, las curvas de promesas pródigas de sus formas graciosas, y el fresco ardor del sol en los atardeceres del otoño.

¡Pobre Tata... con estos soles, y todo los medio días la misma vuelta en el campo, por toda la orilla del alambre... ¿Qué huella podrá encontrar? Y después, si la Coca se fué, así, es que no quería a su padre, y él no debiera sufrir por su ida, ¿verdad doña Paula?

PAULA. —

Sin levantar la vista de sus manos que continúan el afanoso trabajo.

No siempre sufrimos por la pérdida de los que nos quieren; más dolor nos causa perder aquellos que nos traicionan o nos mienten. Es bobo, pero es así.

SUSANA. — ¿Pero y nosotras? ¿No le quedamos nosotras?

PAULA. — Lo mismo pienso, mi hijita. Pero yo que sé; la felicidad parece como algo liviano y claro, que apenas si sabemos sentirlo. Y en cambio, el dolor nos pesa en los hombros y en el pecho, hasta ahogarnos. Después... dejalo que busque; el sabrá por qué.

SUSANA. — ¿Pero ya no le dijeron que la Coca se fué para el pueblo, y de allí se perdió? ¿Qué busca Tata, el pobre, aquí?

PAULA. — Tal vez no sea a ella.

SUSANA. — ¿Al que la llevó?

PAULA. — Tampoco, eso ya no tiene arreglo....

SUSANA. — ¡Nadie llega a esta casa!

PAULA. — De cierto; no llega casi hombre ninguno. Mas hay cosas que no precisan camino, ni las paran alambres. Trancarles las puertas o hacer de bombero en las cuchillas para mirarlas venir y defendernos, es al ñudo. Están como en el aire... o dentro de cada uno.

SUSANA. — Doña Paula, ¿no habrá alguno echado una maldición a Tata?

PAULA. —

Sonriéndose. ..

Mi hijita: ya no andan maldiciones por el mundo; y si andan, es en los cuentos. ¿Quién me maldijo a mí y al Deshecho, y al otro y al otro; a todos los desgraciaos que no tenemos nada en la tierra? ¿Y por qué? Pa mí que es el Destino. Y si hay alguno que un día dijo y lo hizo: todos éstos serán pa siempre bueyes y estos pocos, picanas que no les den descanso por nunca en la vida, entonces, si hay maldición, que el que eso hizo, ¡Maldito sea!

SUSANA. —

Asombrada. .. ..

¿Usted no cree en Dios ni en los santos, doña Paula?

PAULA. —

Riéndose, al tiempo de levantarse y dirigirse hacia la cocina conduciendo la olla

Yo creo en mis manos, callosas de desgranar este poroto maldito que comemos todos los días.

ESCENA SEGUNDA

Por la esquina adelantada del galpón, entra EL DESHECHO. Su nombre es OCTUBRINO. Pero cuando los hombres le vieron, desde niño, por los caminos y en los galpones del pago, vestido de remiendos, mísero el aspecto de su cuerpo enflaquecido, torpe el andar, entristecida la mirada, olvidaron su nombre ante la dolorosa sugestión de su imagen, y de ella hicieron su apodo. Y mientras en la lejana infancia se perdió el nombre de evocación primaveral que su padre le pusiera, toda la vida le siguió aquél con que los hombres le llamaron, unido a su imagen de miseria. Es pequeño y anguloso; todos sus gestos, sus palabras, son un ocultarse tenaz ante las ajenas miradas. Más no de aquel que teme o se humilla; sino de quién vencido calla su queja y no acepta su derrota. Apenas si se abren sus labios cuando hablan, sus párpados cuando miran, no los ojos, sino las manos de quien le habla. Toda su actitud, no obstante, es un tenaz escuchar y mirar. Aunque así parezca de vencido, desde tan remotos años, se siente en su presencia, que un día podrá hablar con altas voces, y levantar sus miradas hasta los ojos de los hombres. Trae sobre los hombros una bolsa repleta de liviana carga, que va a dejar a un costado de la puerta de la cocina.

SUSANA. — ¿Ya viene Tata?

DESHECHO. — Lo dejé costiando el monte, a lo largo del río. Me dijo que fuera viniendo que él ya venía.

SUSANA. —

(Yéndose hacia el comedor. A Paula en la cocina.)

Tata no demora; voy a aprontar la mesa.

PAULA. — ¿Estás ahí, Deshecho? ¿Quérés comer ya?

DESHECHO. —

(Mientras coge el banco de ceibo, y va a sentarse frente al primer horcón del rancho).

Si me dan...

(Coloca el sombrero junto a él en el suelo, se enjuga el sudor de la frente con la manga del saco y comienza a liar un cigarro.)

PAULA. —

(Trayendo en una mano un plato hondo de lata, y en la otra los cubiertos y una galleta.)

¿Ya viene el patrón?

DESHECHO. —

(Recogiendo de manos de Paula los objetos que ésta le alcanza y él coloca en el suelo, entre sus pies, disponiéndose a comer).

Sí, ahi viene.

PAULA. — ¿Qué cosa, no?

DESHECHO. — ¿Cuala?

PAULA. — Digo... este Don Cándido

DESHECHO. —

(Sus respuestas tienen la misma lentitud del gesto con que va haciendo su almuerzo. Su voz es sorda.)

Ah, si.

PAULA. — ¿Antes no era así? Vos lo conocés desde hace años.

DESHECHO. — Hemos vivido toda una vida juntos. Fuimos hasta casi iguales en un tiempo.

PAULA. — Yo lo conocí de mozo, cuando comenzó a trabajar. No sé, mismo, cómo un día en esta estancia, donde era como un esclavo, apareció señor de todo.

DESHECHO. — Los dueños venían de un viejo caudillo de estas tierras. Mas éste empleó la vida en hacerse

de casa, campo y hacienda, y los hijos de aquél en perderlas. Don Cándido trabajaba pa ellos y mientras se empobrecían, él se iba haciendo más fuerte cada día.

PAULA. — Eran hombres guapos... dicen.

DESHECHO. — Pa las guerras. Don Cándido, pal trabajo. Y como no hubo más guerra, valió más la guapeza de Don Cándido.

PAULA. — ¿Vos los conociste?

DESHECHO. — Trabajé pa aquéllos, como pa éste.

PAULA. — Sin cambiar.

DESHECHO. — Ahí tiene; sin cambiar.

PAULA. — ¿La estancia era la misma?

DESHECHO. — No, no era la misma. Cuando él se hizo dueño, mudó todo. Ganado, cercos de alambre, casa, y hasta el costumbre en el trabajo.
Edificó en otro lao y de las viejas construcciones no quedaron más que unos ombúes que el hacha de los rayos fué partiendo y pudriendo.

PAULA. — ¡Se habrá trabajao en aquel tiempo!

DESHECHO. — ¡Ah, sí!

(Con una pasajera e inusitada vivacidad.)

¡Pero era lindo! Parecíamos iguales, él y nosotros. Todo era como cantando. Uno con él se entendía, como no lo hacía con los otros; aquellos apenas si nos hablaban. Y todo era un hablar siempre en guerras, y en peleas. ¡qué se yo! Con él hicimos su casa, guiamos sus carretas, domamos sus potros, tal como si fueran nuestros. Ya digo: éramos iguales.

PAULA. — Entonces se comería algo más que poroto sancochao.

DESHECHO. — ¡Seguro!

PAULA. — Yo ya conocí esta casa cuando estaba la finada.

DESHECHO. — Entonces cambió todo. Uno ni se dió cuenta como pasó. Cuestión fué, que un día empezó aquí, el vos pa allá, y yo pa acá. Ya no trabajó más con nosotros, y hubieron dos ollas distintas en la casa.

PAULA. — Empezó la pobreza del hombre.

DESHECHO. — Al revés. Empezó la nuestra; todo parecía que iba mejor... y nosotros pior.

(Con aire desconcertado.)

Vaya a saber... Ya casi ni montaba su caballo, ni aró la tierra, ni monteó más con nosotros. Se puso desconocido.

PAULA. — ¿De ahí sería que le vino ese costumbre de andar siempre tan callao?

DESHECHO. — Se calló pa nosotros. Pero con la finada no era así. Iban y venían pal pueblo, pa la ciudad; por no sé cuantos laos anduvieron.

PAULA. — Por que ella no era de aquí ¿No?

DESHECHO. — Yo, mismo, ni sé de donde la trajo. De aquí no era.

PAULA. — ¿Vos estabas aquí cuando sucedió el caso?

DESHECHO. —

(Con vivacidad.)

¿Qué caso?

PAULA. —



(Con un aire de disculpa.)

Digo... cuando la cuestión de la muerte.

DESHECHO. —

(En su gesto y en el tono de la voz se advierte el disgusto que le produce el rumbo que el diálogo ha tomado.)

Estaba, si. No hubo cuestión ninguna. Murió... y pronto.

PAULA. —

(Intentando alijerar con una alegre voz el ambiente que sus últimas palabras han producido.)

¡¡Claro!!...

(Señalando hacia el espacio libre entre la pared del fondo y la boca del galpón)

Mirá quien viene llegando; la autoridá.

DESHECHO. — ¿Los milicos?

(Se pone de pié con una vivacidad que no alcanza a disimular)
(La voluntad ha vuelto a voltear los párpados y a poner en sus labios el viejo gesto de un cansancio indiferente)

¡Ya vienen a amolar... y a que hora!

PAULA. —

(Al tiempo que ambos van a cumplir lo que ella anuncia)

Andá a recibirlos, mientras yo aviso que han llegao.

(Consigo misma)

¿Cómo habrán hecho para arrimarse, sin que Don Cándido los sintiese?

(El patio queda unos breves instantes vacío, pues PAULA ha salido por una de las puertas del fondo, mientras al Deshecho ya se le oye gritar, más allá de las casas: BUENAS TARDES, ARRIMEN, BAJENSEN!)

ESCENA TERCERA

(Al tiempo que PAULA regresa siguiendo a ELVIRA y SUSANA, EL DESHECHO viene acompañando al COMISARIO. Este es un hombre de relativa juvntud; de movimientos y gestos pausados, y de ágil palabra. Aunque ha nacido en el campo, su lenguaje y sus actitudes, tienen el acento con que unos años de vida pueblerina cambian la forma de la expresión del hombre campesino, sin alterar la esencia de su espíritu. Gusta hablar; sin intención ni concentrado propósito. Podría decirse, que lo hace sin voluntad, o aún contrariándola. Es en él la forma de su cordialidad, de su instinto social. Por ello no es su charla un medio de recíproca comunicación con los demás ni aún mismo el afán de lograr la adhesión del ajeno pensamiento. Hablar es en él, canción en el payador, silbido en el cansancio del carrero. Algo así la "patriada" en el gaucho. Salud del alma; alegría de la fortaleza.

COMISARIO. —

(Al tiempo de saludar, estrechando las manos)

Buenas tardes. Disculpen la hora. ¿Cómo están ustedes? ¿Y Don Cándido?

ELVIRA. — Buenas tardes. ¿Cómo está?

SUSANA. — Permítame el sombrero.

PAULA. — ¿Cómo lo pasa?

(El Deshecho se ha retirado, mientras tanto)

ELVIRA. — ¿Gusta entrar?

COMISARIO. —

(Señalando la sombra del paraíso)

Aquí parece que está más fresco. Si no hay inconveniente... es un momento, no más.

ELVIRA. — Como usted quiera. ¿Gusta servirse de un mate?

(A SUSANA)

Trae silla para el señor.

COMISARIO. —

(A ELVIRA)

Se lo voy a aceptar... si no es incómodo.

PAULA. —

(Yendo hacia la cocina)

Incómodo ninguno... Se lo traigo en un momento.

COMISARIO. — ¿Don Cándido anda bien?

ELVIRA. — Bien, muchas gracias. No debe demorar.

COMISARIO. — ¿Viajando?

ELVIRA. — Dando una vuelta por el potrero.

(SUSANA vuelve con las sillas que ofrece al huésped y su hermana, quienes se sientan a la sombra del paraíso, mientras ella queda de pié, tímida y recatada, a espaldas de Elvira)

ELVIRA. — Y usted, ¿recorriendo?

COMISARIO. — Es verdad. Caminando un poco.

ELVIRA. — El señor hace poco que es aquí autoridad. Pero fué vecino nuestro...

COMISARIO. — Dos meses escasos.

(Sonriéndose)

Volví a la querencia. Me había ido apenas mocito.

ELVIRA. — Sí, yo no lo conocía. Como no salimos nunca...

COMISARIO. — Estuve una vez aquí, en tiempos de la finada. Vi entonces a su hermana...

ELVIRA. —

(Interrumpiéndolo con brusquedad)

Pero usted estuvo estudiando, ¿no es así?

COMISARIO. —

(Con leve y viril melancolía)

Sí, señorita. Pero eran demasiado pobres mis padres, y tuve que emplearme. Desde entonces ando adentro de estos trapos.

ELVIRA. —

(Pretendiendo halagarlo)

Es una linda carrera!

COMISARIO. —

(Sonriendo sanamente)

Ajusta demasiado este traje. Sería bueno para uno que naciese, por ejemplo, sin huesos.

ELVIRA. — ¿Sin huesos?

COMISARIO. —

(Vuelve a sonreir)

O sin cabeza. El kepi no deja que llegue a la frente, el aire fresco y libre. Termina por achatarla.

ELVIRA. —

(Riéndose)

Se lo puede sacar... cuando va solo por el camino.

COMISARIO. — Imposible. El reglamento impone llevarlo siempre sobre la cabeza.. Aparte de que el sol de estos campos abiertos quema demasiado.

PAULA. —

(Trayendo el mate, que sirve al Comisario, mientras entrega a SUSANA la caldera.)

Sírvase.

Hágase cargo usted mi hija, y obsequie al señor.

(De nuevo al Comisario)

Lo hacía por Montevideo.

COMISARIO. — Volví casi enseguida que entregué al hombre.

PAULA. — Sí, lo supimos por su asistente...

COMISARIO. —

(Con extrañeza)

¿Mi asistente estuvo por aquí?

ELVIRA. —

(Que se ha cruzado una dura mirada con Paula. Intentando desviar la atención del otro)

¿Era la primera vez que iba? ¡Debe ser lindo!

PAULA. —

(Con una cortante insistencia)

Cuando su asistente dijo...

ELVIRA. —

(Sin poder reprimir su impaciencia. Enérgica)

¡Vaya a traer una silla a Susana!

COMISARIO. —

(Que ha advertido la sorda hostilidad con que se interrumpen las mujeres, quiere distraerlas con su palabra. A Elvira)

La primera vez que iba. Es lindo que cansa; unas cosas no dan tiempo para ver bien a las otras.

ELVIRA. —

(Mientras sigue con la mirada a Paula, que ha obedecido con gesto rencoroso)

Dicen que es muy alegre.

COMISARIO. — Yo no lo hallé.

ELVIRA. — ¡Tanta gente!

COMISARIO. — Mas, es como si todos estuvieran solos; así andan por la calle. Claro... yo no sé... pero parece que todos tienen un apuro loco por llegar a algún lado que no está en ninguna parte, y pasan por entre las cosas, sin mirarlas, siquiera.

ELVIRA. — ¡Me gustaría ver el mar! ¿Usted lo vió? Tata dice que es inmenso! Es como el bañado de Tacuarí, y el del Talavera, y el de los Morales, el de los Lamas... todos juntos! Agua, agua y agua; más que de aquí al Cerro Largo! ¡No me lo puedo imaginar!

COMISARIO. — Así es. Cuando lo ví por primera vez, era tan grande, tan grande, que parece que no podría ser de otro modo. ¿Aquello era el mar? Yo no lo entendía ni me gustaba... ¿Para qué voy a decir lo que no es?

(ELVIRA y PAULA que llega a tiempo de oir las últimas palabras, comentan unánimes y asombradas)

ELVIRA. — Yo creí que era una cosa así, como el campo...

PAULA. — ¿Y esa inmensidad que dicen que es, de miles de leguas?

COMISARIO. — Será así. Uno lo sabe por que se lo dicen; pero allí no está. Desde la orilla, usted lo ve tan ancho como su vista. Y aunque él tuviera miles de leguas más que las que tiene, ¿sería más grande para usted por eso? Para mi, que no. Usted ve lo que ve, y nada más. ¿No es así?

ELVIRA. — Así es.

PAULA. — Así es.

SUSANA. —

(Cuyo tímido silencio se quiebra ante el afán de salvar de las palabras del Comisario, la imágen diversa y múltiple con que ella ha soñado al mar)

Pero debe ser entretenido mirar a las olas levantarse, ir, venir...

COMISARIO. —

(Con una cálida exaltación que prende a sus palabras el espíritu suspenso de ingenua curiosidad de las mujeres campesinas)

Será, si, señorita; será así... yo no digo que no.

(Ahora ha encontrado su pensamiento, y sus palabras ya no vacilan)

Para mi, ese era el aburrimiento. Usted ve venir de lejos una gran ola, saltando por arriba de las otras, atropellando a las chiquitas que vienen como asustadas, disparándole o siguiéndola, y de pronto toda aquella fuerza, todo aquel empuje que parecía que nada iba a sofrenar, se muere en un quejido ronco en la mansedumbre de una playa de arena... Igual, completamente igual, a las chiquitas que le huían y las que van llegando atrás de ella, acompañándola. Y esto no es un momento, ni una hora, ni un día; así es siempre, todos los días, y las noches, y añares! Ni un solo momento pueden dejar, a mi me pareció, de alzarse, y morir. No se bien de donde yo sacaba esta idea mirándolo: Pero el mar es una cosa, y las olas son otra. Por que uno ve...

(Disculpándose de su incapacidad de expresión, con una sonrisa de burla de sus propias palabras)

que las olas están en el mar... pero no ve que el esté en las olas. ¿Saben? Yo no se bien como es; pero les voy a decir, más o menos: cuando yo era chico, vi morir a mi padre. Me quedó su recuerdo, con la cara empequeñecida, los labios abiertos, los

párpados cerrados. Desde entonces, durante un tiempo, para mi la muerte, era aquella cara de mi padre. Hasta que una mañana, amaneció tendido un buey en la playa del corral. Fuí a mirarlo y me quedé un gran rato observando sus grandes ojos abiertos, llenos de luz, y su pesada cabeza caída. Desde entonces, aquel buey muerto, me borró la idea que me había hecho de la muerte desde que vi la de mi padre. Y nunca más tuve idea de como será. Ahora veo a los muertos, pero no creo, como la primera vez, ver a la muerte.

ELVIRA. — ¿Y no le dieron ganas de viajar en el mar?

COMISARIO. — Ninguna. Yo que sé, — se van a reir ustedes — pero me pareció como si aquello tuviese un secreto arisco y huraño. El campo es así, también, de grande; pero uno ve que tiene como un entregamiento, ¿no es verdad? a la voluntad del hombre.

ESCENA CUARTA

(Cuando todavía suena, clara, en el patio, la voz del Comisario huyen de sus labios las miradas de las mujeres y se quedan, fijas y temerosas sobre el espacio libre entre la casa y el galpón)

(Un silencio de espera y angustia, ha caído de pronto sobre las palabras del Comisario, y se extiende en las miradas de las que ya están de pié, en actitud suspensa, que la dispersa y lenta fuga termina. No de otro modo huyen hacia las casas las gallinas, ensordeciendo su espanto, achicándose entre las altas maciegas, cuando las sorprenden los círcu-

los de sombra de los caranchos, envolviéndolas.

(Puesto de pié, vuelto hacia el campo, el Comisario espera con un gesto que adelanta la grave presencia que sus ojos miran.

(ES DON CANDIDO que llega.

(Alto, fornido, amplia la frente, como el pecho bajo la camisa oscura. Desnudos hasta el codo, los brazos potentes; una bombacha oriental, de verano, hace alargados pliegues sobre sus piernas macizas y descansa en amplio ruedo sobre las botas camperas.

(Tiene el largo cabello, como la barba, blancos; la mirada firme y lenta. El andar es pesado; no de quien perdió agilidad, si no de aquel que avanza con voluntad segura.

(Todo en él es una poderosa violencia contenida. Como un caudillo. No obstante, la transparente fortaleza de alma que iluminaba los ojos de los viejos gurreros, se ha vuelto en él, una sugestión de fuerza sombría y escondida más atrás de la mirada.

(En la mano izquierda trae un pequeño manojo de lana, lavada por las lluvias en los alambrados. En la derecha, un rebenque de mango plateado. No importa que hable; su imagen será la del silencio.

COMISARIO. —

(Adelantándose con forzada cordialidad)

Buenas tardes, Don Cándido.

(Extendiéndole la mano)

¿Siempre trabajando?

D. CANDIDO. —

(Después de dar dos pasos en silencio, al estrechar la mano que el otro la alarga)

Buen día, para mí. ¿Cómo va diendo? Sientesé.

(Por la puerta de la cocina aparece Susana trayendo la caldera y el mate. Mientras el Comisario disimula el silencio, sentándose con exagerada lentitud y luego buscando en

los bolsillos interiores de su chaquetilla lo necesario para armar un cigarro, Don Cándido ha puesto sus ojos en la doncella que ya se acerca a él y le extiende el mate)

SUSANA. — ¿Dejo aquí la caldera, Tata?

D. CANDIDO. — Sí, deje.

(Susana coloca junto a los piés de su padre la caldera, y se vuelve hacia el comedor, mientras aquél sigue con la mirada sus ligeros pasos, al tiempo que comienza a sorber el mate)

COMISARIO. —

(Ofreciéndole el tabaco)

¿Gusta hacer uno?

D. CANDIDO. — Gracias; no fumo.

COMISARIO. —

(Aludiendo al manojo de lana, que el otro ha depositado en el suelo, a sus piés)

Siempre han de quedar algunas lanitas prendidas en los alambres, ¿no es verdad? Por más que se cuide...

D. CANDIDO. — No cuesta nada, bajarse y juntarlas.

COMISARIO. — Los más, las dejan perder, o para nido de los venteveos.

D. CANDIDO. — Son así; aprecian las cosas, sólo en grande. De estos puñaditos se hacen los montones.

COMISARIO. —

(Con forzada convicción)

¡Claro!

(El mate va de una a otra mano disculpando silencios)

SUSANA. —

(Desde la puerta del comedor)

¿Va a comer enseguida, Tata?

D. CANDIDO. — No; vayan comiendo.

SUSANA. —

(A Paula, en la cocina)

Sirva, Paula; menos para Tata.

(Desde entonces en los precisos intervalos, se verá a la sirvienta ir de la cocina al comedor donde las hijas hacen su almuerzo frugal, que aquella sirve)

COMISARIO. — Pues... yo había venido, Don Cándido, a traerle unas noticias. Como estuve por Montevideo... ¿me entiende?

D. CANDIDO. — ¿Noticias de Montevideo?

COMISARIO. — Si señor. De su hija Coca...

D. CANDIDO. —

(Rudo)

Para mí es como si estuviera muerta.

COMISARIO. —

(Esforzándose por mantener el diálogo allí, en aquel tema)

La pobre es muy desgraciada!

D. CANDIDO. — Más me hizo a mí. Haberla criado como la crié, siempre cuidándola, apartada de toda mala compaña, cercada por mi vista, como quien dice, para que un día...

(Reaccionando)

No; dejelá, no me hable...

(Pero un deseo más grande que su voluntad, deja escapar las palabras que la frente quisiera ahogar)

Bueno... ¿pero usted le habló? ¿Ella lo reconoció? ¿Dónde estaba?

COMISARIO. —

(Vacilante)

Si señor, hemos conversado. Una casualidad, nada más que una casualidad, hizo que me encontrara

con ella. ¿Sabe, yo no la busqué; no señor. Esas cosas...

D. CANDIDO. — ¿Qué cosas?

COMISARIO. — Sí, el lugar, la casa, la manera cómo vive aquella gente. Claro... uno es un hombre, ¿no es verdad?, y va por cualquier parte. ¿Qué se le va a pegar? Y bueno...

D. CANDIDO. —

(Con voz en la que se advierte una punzante angustia, quiere detener la verdad que el otro ya tiene en su pensamiento y va a asomar a sus labios)

Sí, sí, ya sé; ya sé.

(Simulando una convicción que le falta)

Vive con uno.

COMISARIO. —

(La sostenida rudeza que él cree advertir en Don Cándido, lo hace sordo a la angustia que sus palabras levantan)

No, no es eso. No vive con nadie.

D. CANDIDO. —

(Su pregunta es una temblorosa esperanza)

¡Ah! ¿Entonces no vive con nadie? ¡No ve, pues... sí, claro, a ella nunca le gustaron esas cosas... yo lo puedo decir. Digamé, ¿dónde la vió?

COMISARIO. — Una, noche caí allá por una calle que corre cerca del mar. Oscura, apretada, jedionda. Entre paredes negras, rayadas por la luz amarilla de los faroles, un bárbaro gentío de hombres que iban, que venían, apurados, despacio, hablando en voz baja, dando un grito de vez en cuando... Todos como buscando una salida que ninguno encontraba; unos avergonzados de estar allí y de no irse, y

otros como acostumbrados, paseándose distraídos en conversar entre ellos.

D. CANDIDO. — ¿Y por qué andan así? ¿Qué tábano los pica, para que se encierren de ese modo

COMISARIO. — ¡Mujeres, Don Cándido; allí están las perdidas. En cada cuadra, de un lado y otro, cien puertas, con luz colorada, amarilla, que sé yo!... pero le digo la verdad: ahora que recuerdo aquello, me parece que había, más que todo, luces negras ¿Podrá ser?

D. CANDIDO. —

(Se sonríe y contesta, distraído)

Las sombras del medio día son negras, y tienen luz.

COMISARIO. — Algo así es allá. Y en cada puerta, basta que un hombre golpee con los dedos en el vidrio opaco, asoman mujeres rubias, morochas, grandes, delgadas, que gritan a un mismo tiempo entre risas o como llorando, cien cosas de esas que una sola hace subir el fuego a la cara. Y ellas las decían, las gritaban, con el gesto tranquilo, las miradas claras, las manos quietas. Como quien conversa del tiempo o del trigo.

D. CANDIDO. — Pero esas mujeres, ¿por qué están así?

COMISARIO. — Para aquellos hombres, Don Cándido

D. CANDIDO. —

(Con disimulada inquietud.)

¿Llamando a los hombres, las mujeres?

COMISARIO. — ¿Quién lo hubiera creído? ¡Y están desnudas!...

D. CANDIDO. — Desnudas, mismo?

COMISARIO. — Sí... pero yo qué sé... Será que uno no sabe su historia, ni su nombre, ni sus sentimientos. Qué sé yo... Pero parece, apesar de la claridad de sus desnudeces entre aquellas luces, que uno sólo abraza sombras de mujeres. En una de esas casas entré esa noche. Me gustó la voz criolla de una de aquellas infelices...

(Se detiene temeroso a observar a Don Cándido que ha permanecido, con la cabeza volteada sobre el mate, abstraído.)

Yo no sé, Don Cándido...

D. CANDIDO. —

(Casi en un grito.)

¿Era mi hija?

(Su angustia le hace echar el busto hacia el Comisario.)

¡Sí, cuénteme, cuénteme... ¿Qué he hecho, qué he hecho de mi hija? ¿De modo que es verdad que aquello que creí que no miraban más que las aguas del río, y los ojos de un padre, ahora está allí, toda, toda desnuda asomándose a la calle donde pasan los hombres? ¿Cómo, cómo puede ser así? Si el viento le alzaba el vestido hasta las rodillas aquí, en este patio, mis sienes temblaban. Para que nadie quisiera quitármela, compraba todos los asientos de la diligencia cuando viajaba con ella y sus hermanas; cerraba las ventanillas, como he cerrado mi casa... Y ahora, está allí desnuda, asomada a la calle!

COMISARIO. — Don Cándido... yo no hubiera querido decírselo.

D. CANDIDO. — Digamé, digamé: ¿y ellos vienen a mirar a mi hija, y a tocarla, y todos, cualquiera puede...

COMISARIO. — Sí, poder, pueden. Pero ya le digo; hay cientos de mujeres. Y después... nadie viene así, a su hija...

(Intentando quebrar el angustiante diálogo.)

Bueno, Don Cándido: sólo quería decirle que estaría bien hacer algo para traerla, ¿no le parece?

D. CANDIDO. — ¿Traerla? ¿Cómo va a volver? Y ahora, aunque volviese, ¿quien sería? No podríamos vernos. Olvidó que era mi hija...

COMISARIO. — No lo olvidó, ella me lo ha dicho. Por eso se fué del pueblo. Por que los amigos suyos iban a visitarla, no por su cuerpo tan hermoso, si no por qué ella era Fulana, la hija de Zutano. Me ha contado ella misma, la tremenda humillación que sufrió cuando se dió cuenta de que lo que esos hombres buscaban, no era su juventud, si no su perdida honradez... Eran como caranchos que se complacían en sacarle al cadáver de un corderito los ojos; lo único que le queda como un apretado recuerdo del cielo en las pupilas. Ya vé, por eso se fué. Hay que disculparla. Allá no es nada más que una mujer. Quiero decir, el cuerpo de una mujer, que tiene un nombre cualquiera... ¿No es verdad? Es mejor que así sea.

D. CANDIDO. —

(Un deseo más fuerte que el dolor, mueve sus preguntas.)

¿Pero usted estuvo con ella? ¿Se reconocieron, como fué?

COMISARIO. — Si señor...

(Queriendo evitar la respuesta.)

mas no ocurrió nada.

D. CANDIDO. —

(Tenaz.)

¿Nada? ¿Por qué, nada?

COMISARIO. — Si señor; yo la reconocí enseguida. No la veía, usted sabe, desde que éramos unos gurises. Disculpe Don Cándido: muchas veces tuve ganas de venírsela a pedir para novia.

D. CANDIDO. —

(Altanero.)

Usted no era más que un peoncito.

(Se ha puesto de pie y pasea lentamente.)

COMISARIO. — Es verdad, era sólo un peoncito... Mas, ya ve, no la hubiéramos perdido.

(Con rencor.)

Ahora, ya ve: usted, el patrón, y yo el peoncito, los dos la hemos perdido. Juntos pudimos salvarla. Había algo que no podía ser para usted, y me lo negó. Así son las cosas.

D. CANDIDO. — Eso no podía ser.

COMISARIO. — Menos podía ser esto de ahora... y es. ¿No le parece?

D. CANDIDO. —

(Rudo)

No me parece. Yo no sé dividir con nadie lo que sólo fué mío.

COMISARIO. — ¿Hasta lo que no debía ser sólo suyo? ¿Y lo que perdió?

D. CANDIDO. —

(Con tono de altanero desafío.)

¿Qué quiere usted ahora?

COMISARIO. — Para mí, nada. Es por ella, que vengo a pedirle. Ahora yo ya no deseo nada, pues mi deseo se deshizo en aquella calle, en aquella casa ahogada de luz amarilla y pegajosa. Mis viejos deseos de niño, cuando en las mañanas al sentirla cantar en la orilla del río yo llegaba agachándome entre los talas y los arrayanes a mirarle, unas veces el cuerpo mismo, otras su imagen temblando y quebrándose en las aguas, aquello que había quedado como escondido en los años, la reconoció de pronto, al verla allí, entre tantas. Así la miraba de nuevo y la veía como entonces. Mujer y todo, mis ojos sólo le miraban las rodillas desnudas en la luz amarilla, y todavía las veía como en la luz del río en las mañanas.

D. CANDIDO. — Pero ella...

(Sentándose de nuevo para estar más cerca de los labios del narrador.)

¿Ella sabía quien era usted?

COMISARIO. — Me había olvidado!.. Tantos hombres han pasado por sus ojos!

D. CANDIDO. —

(De nuevo anhelante.)

¿Qué hicieron, entonces?

COMISARIO. — Yo hablaba así, Don Cándido, con aquel niño deseo de antes. Pero ella me quebraba la voz, con palabras bárbaras y desnudas, que me perdían el recuerdo. Buscaba hacerme creer que su

alma estaba desnuda, como su cuerpo. Pero yo sentía huir su mirada; y sus palabras cada vez más brutales sonaban con rencor.

D. CANDIDO. — ¿Hablaron de su casa, de nosotros?

COMISARIO. — No, no quería. Era la loca, nada más que la loca, que estaba allí conmigo, sin conocerme y sin que la conociese. Hasta que por fin enojada, me sacudió los hombros y gritó: ¿No viniste a esto? ¿No ves que ya estoy desnuda, totalmente? ¿Qué esperás?

D. CANDIDO. — Sí, pues ¿qué más quería usted? ¡La pobre tiene razón! ¿Qué quieren, todavía?

COMISARIO. — ¡Yo que sé! Si ella no fuera más que aquella mujer que estaba allí, tirada y desnuda, yo habría ido a eso, sí. O si todavía estuviese igual a aquella muchachita que lavaba a la orilla del río, con las piernas al sol, no hubiera tenido que preguntarme nada. Pero la mujer, aquellas palabras, y la muchachita escondida que yo estaba mirando... así, las dos juntas... ¡yo qué sé!

D. CANDIDO. —

(Intentando apartar con las manos la dolorosa imagen que el relato trae a sus ojos.)

¡Basta! ¡Basta, le he dicho! ¡No quiero saber más! Algo se me está rompiendo en pedazos, atrás de la frente.

(Y los dos hombres callan, escondiéndose las miradas, extenuados bajo el peso de aquellas imágenes. Parecen no verse, hasta olvidarse recíprocamente. Y volviendo cada uno por el camino de los propios recuerdos, de nuevo se encuentran sus almas jadeantes, en la imagen de la desgraciada. Y tornan a hablarse, fati-

gadas las palabras, cansado el gesto, como si quisiesen acariciar tiernamente el lejano cuerpo herido que ahora parece cada uno sostener en sus manos.)

¡Pobrecita! Era una muchachita alegre y tímida, cuando todavía andaba en estos patios... No tenía boca para nada que me contrariase. ¿Qué cosa desgarraron en ella, tan hondo, para que sea así?

COMISARIO. — Ahí está por que vine a pedirle por ella, Don Cándido. Créame; sigue siendo así.

D. CANDIDO. — ¿Cómo va a ser, si usted mismo me ha dicho que ella le gritó: aquí estoy, totalmente desnuda?

COMISARIO. — Sí, me lo dijo gritándomelo contra la cara, como un desafío. Pero atrás de sus ojos yo veía asomar el llanto. Estaba desnuda, es verdad; pero como cubierta con aquellas desnudeces. Igual con sus palabras.

D. CANDIDO. — No, no puede ser...

(Su voz tiembla.)

Dígame: ¿No le habló de mí?

(Las palabras salen, jadeantes, venciendo por fin la voluntad que hasta entonces las estaba callando.)

Calumniará a su padre... me echará la culpa...

(Con un sordo rencor que sorprende.)

A usted se lo dijo...

COMISARIO. — No señor. El mar sonaba en la pared de atrás de la casa como un viento en el monte.

(Señalando hacia el campo.)

¿Oye? Así como éste, ahora. Yo se lo dije y comencé a recordarle los años en que los dos éramos gurises. Así fuimos cayendo, poco a poco, en el re-

cuerdo de entonces, y las palabras de ella comenzaron a dejar de ser brutales y se hicieron tímidas y avergonzadas como las nuestras en el campo. Se acordaba de sus juegos de chiquilina cuando se tiraba en el campo a imaginar que ella era también tierra curvada como una ladera; gramilla que el viento rozaba; nube caída en los horizontes lejanos: pájaro dormido un momento entre dos vuelos. Otras veces era un río, y de su pelo negro orillándole la cara, se alzaban flores azules de camalotes. Una tarde se quedó quieta, quieta, esperando a que vinieran a posarse y correr sobre su espalda los pájaros negros como lo hacían sobre el lomo de las ovejas, comiendo distraídas. Ella creía que la vida era así...

D. CANDIDO. — ¿Quién la engañó para llevarla de esta casa?

COMISARIO. — Yo creo que nadie. Parece, por lo que contaba, que fué cosa de estos juegos... Y se escapó así, como buscándolos entre los hombres.

(Pensativo)

Ahí está su desgracia.

(Interrumpiéndose bruscamente.)

Para el final, yo me fuí poniendo el saco, sin mirarla. Y ella recién entonces, sintió que estaba desnuda, y se quedó arrolladita, como tapándose, sin mirarme ni hablarme. ¡Da lástima Don Cándido!

D. CANDIDO. —

(Como si a sí mismo se hablara.)

Pero esa casa, y ella desnuda, y todo lo que ya pasó.. ¿Cómo traerla ahora ,entre sus hermanas... y yo mismo?..

SUSANA. —

(Desde la puerta del comedor.)

Tata: es tarde, ya.

D. CANDIDO. — Sí, tiene razón; ya es tarde. Sírvame, mi hija. Vamos, Comisario.

COMISARIO. —

(Al tiempo que ambos se levantan para dirigirse al comedor en que van a entrar.)

Gracias, ya almorcé. Pero le hago compañía.

D. CANDIDO. — Se me hizo muy tarde; es verdad.

ESCENA QUINTA

(Por la parte adelantada del galpón, llega el ASISTENTE. En las manos trae dos cojinillos y el poncho patrio. Con grave lentitud tiende su improvisada cama, en la ancha sombra que un horcón extiende bajo el techo de paja. Es un mozo de campo, cetrino, de ojos vivaces, labios sensuales, andar de forzada gravedad. Está convencido, con un pueril orgullo, que aquel uniforme pardo de lucientes botones en el pecho, es el signo de una difícil jerarquía social que todos en el campo acatan y admiran. De su voluntad depende la vida de los hombres, y el sufrimiento de las mujeres campesinas cuyas miradas anhelantes buscan el sabor de sus labios alzados bajo un bigotito que intenta ser ciudadano y audaz. No importa que su vida sea servir a otro y dormir tirado sobre los cojinillos, en los galpones o bajo el cielo abierto. El no siente su cierta servidumbre, distraído en vivir con gesto altivo, su imaginada jerarquía.

(Sentado ya sobre los extendidos cojinillos, apoyado un codo sobre el poncho que colocó a manera de almohada, y la espalda sostenién-

dose en el horcón, mientras fuma distraído espanta las moscas, que lo cercan, con ademán imperioso y lento.)

PAULA. —

(Mientras pasa de la cocina al comedor, ocupadas sus manos por una humilde fuente en que lleva el almuerzo de Don Cándido.)

Buenas tardes, Asistente. ¿Tomó mate?

ASISTENTE. —

(Contesta con el aire del que condesciende en interesarse por quién tiene delante y es demasiado humilde para que importen su palabra ni su vida.)

Buenas. ¿Con quién voy a tomar?

PAULA. —

(Ya entrando en el comedor.)

Vengo enseguida, entonces.

(Y así lo cumple, al instante, viniendo a pararse como escondida, a la sombra del paraíso.)

Este Deshecho se ha vuelto también un mísero; cuida lo ajeno como propio. ¿No le ofertó un mate?

ASISTENTE. — Apenas lo vi cuando llegamos. Después agarró a dormir a la sombra de los espinillos.

PAULA. — No gusta de tratos con la autoridá...

ASISTENTE. — Sí; tiene un silencio de retobao. Cuestión será que no tenga algo en el buche... No me gustan los callaos; siempre andan como rumiando algo que no puede decirse.

PAULA. — Es el costumbre de esta casa. Aquí todo se tranca... hasta las bocas. ¿Quiere, entonces, un mate?

(ADULADORA)

Ya pasó la hora, ¿sabe?... Pero pa la autoridá...

ASISTENTE. — ¿También miden la yerba, aquí?

PAULA. — La yerba, y todo. Pero una siempre halla el modo... ¿no le parece? Si no estos míseros la desloman trabajando, y la secan de miseria.

ASISTENTE. — Si es así, no acepto su mate No estoy acostumbrao a comer de favor.

PAULA. —

(Sin impresionarse por el orgullo del otro.)

¿Qué vamos a hacer!... Quitárselo no podemos. Nos dan lo que quieren, y gracias.

(Con una fingida curiosidad que oculta la burla.)

¿Usté nunca fué pión?

ASISTENTE. —

(Con imperturbable orgullo.)

Ahora soy autoridá...

PAULA. — ¡Seguro... ya ni se acuerda... Cuando uno llega, así, a autoridá...

ASISTENTE. —

(La seguridad de su orgullo no siente el filo de las palabras que Paula vela de inocencia.)

Claro. Cada uno llega a lo que puede. Cuestión de condiciones.

PAULA. — Ahí está la cosa; cada uno.

(Riéndose intencionada.)

Algunos llegan en la nochecita, esquivando los caminos y las porteras...

ASISTENTE. —

(Ha sentido recién la hiriente intención de Paula.)

¿Cómo?

PAULA. — Digo, no más.

ASISTENTE. —

(Con grosero desprecio.)

Animal orejano por los caminos, está expuesto a que cualquiera le ponga la marca.

PAULA. — ¡Quién sabe, si tan orejano.

ASISTENTE. — No se le ve por ningún lao.

PAULA. — A la luz del día, no. Pero cuando se hace la noche, clarito se le ve la mancha de un rebenque.

ASISTENTE. — Chismes, del pago.

PAULA. —

(Señalando en la dirección que indica..)

¿Ve aquel clavo? Allí se cuelga la marca. En aquella otra puerta también estuvo.

(Riéndose.)

Pero ya se habrá borrao de los cuartos de aquella ternera, la marca de esta hacienda. Estarán planchaos de tantas que habrán recibido.

ASISTENTE. — Esas son historias...

PAULA. — ¿Historias? Créaselo. Cuentos, son; la pura verdá.

ASISTENTE. — ... Como lo de la finada.

PAULA. — Justo; igualito. Diga que una... ¿qué va a hacer? Se calla y pronto. Come el pan que le dan, con la boca cerrada.

ESCENA SEXTA

ELVIRA. —

(Por la puerta del comedor asoma ELVIRA, trayendo en las manos la fuente que llevara Paula. En alta voz.)

Paula... Paula...

(Al sentir el llamado, la cocinera vuelve el gesto agrio hacia donde le hablan, en tanto

el Asistente se acuesta perezoso, en actitud de dormir.)

PAULA. — Estoy aquí, pues! ¿Qué hay?

ELVIRA. —

(Acercándose)

Se pone a charlar y olvida su tarea.

(Enérgica.)

Camine a llevarle la leche a Tata.

PAULA. —

(Insolente.)

Nadie te va a comer lo que no apetece. No te enojés, pues.

ELVIRA. —

(Con desprecio.)

¿Con esa boca? Se ha desdentado de mascar piedras en el camino.

PAULA. —

(En el mismo tono.)

Pero nunca, che, hice cortar el árbol, pa recoger del suelo la fruta podrida.

ELVIRA. —

(Conteniendo apenas su violencia.)

¡Vieja!...

PAULA. —

(Sin intimidarse ante el gesto.)

Mi hijita; tengo ojos, y veo; boca y hablo. La finada ya no puede; pero yo...

ASISTENTE. —

(Incorporándose.)

Bueno, bueno, mujeres: respeten la autoridá.

PAULA. —

(Yéndose hacia la cocina, después de recoger la fuente que Elvira, en su ademán de atacarla, había dejado en el suelo.)

Todavía estás muy briosa. Yo quiero ver, cuando muchos recaos te hayan ceñido a los lomos, si salís tan arisca y voluntaria a andar los caminos. ¿Qué espuela te levantará entonces la cabeza? Ya me lo dirás.

ELVIRA. — Para eso se pasó la vida revolcándose; para ensuciar ahora todo.

ASISTENTE. —

(Como quien puede hacerlo. Imperioso a Elvira.)

¡Le he dicho que respete! ¿No ve que la van a oir?

ELVIRA. —

(Sumisa. Protegiéndose de las posibles miradas en la sombra del galpón.)

Pero usted, también, oyendo a esa vieja...

ASISTENTE. —

(Despectivo.)

Yo no la oía; hablaba sola.

ELVIRA. — ¿Se van esta tarde?

ASISTENTE. — Esa no es cuenta mía.

ELVIRA. — Pero podría saber... A la tardecita, cuando Tata tome el mate, yo tengo que ir al río a buscar la ropa... Será bien de tardecita.

ASISTENTE. — Yo no soy risión de nadies...

ELVIRA. — Pero si no es risión...

ASISTENTE. —

(Brutal.)

Ni como sobras...

ELVIRA. —

(Con angustia.)

¿Se lo dijo esa vieja? ¡No la crea, por favor! ¿Cómo ha de ser sobra, lo que nadie ha tocado?

(Con desolada amargura.)

¡Si usted supiese cómo soy desgraciada!... Si un día alcanzara a salir de estos patios, y pudiera estar al lado del hombre que una quiere, y mirarlo con los ojos bien abiertos...

ASISTENTE. — No soy tizón de cocina, que me encienden o esconden abajo de las cenizas...

ELVIRA. — ¿Quién lo esconde? Escondida estoy yo bajo las cenizas... por desgracia. Usted ha caminado mucho, sabe cómo es la tierra del otro lado del monte; conoce las cosas, el mundo... Yo estoy aquí encerrada, en este patio... Aunque no se vea nada en la oscuridad de la noche, usted sabe un rumbo seguro para cruzarla, y amanecer en la mañana clara...

ASISTENTE. —

(Vacilando.)

¿Y cuando usté lo sepa como yo, quién le ata los piés? Conozco gente ansina: nunca encuentran querencia. Y después, ¿con qué vamos a vivir?

ELVIRA. — Yo sé trabajar, conozco toda la lidia.

ASISTENTE. — Trabajar como patrona...

ELVIRA. — Hago lo mismo que una peona.

ASISTENTE. — Hará; pero no es lo mismo. Trabajar mandando, no es lo mismo que trabajar mandao. Esa es la cosa.

ELVIRA. — ¿Se precisa tanto? Tenemos lo de mama.

ESCENA SEPTIMA

(Por la puerta del comedor salen DON CANDIDO, el COMISARIO, y SUSANA, dirigiéndose hacia el espacio entre el galpón y la casa.)

D. CANDIDO. —

(O por que oyó las últimas palabras de Elvira, o sólo su voz en el galpón, llama enérgico).

¡Mi hija!...

(Disimulando su violencia.)

El Comisario se va.

ELVIRA. —

(Adelantándose hacia el grupo. Al Asistente, a media voz.)

¿Si?

(A su padre)

Voy, Tata.

ASISTENTE. —

(Recogiendo su improvisada cama, y yéndose por la parte adelantada del galpón)

Vamos a ver...

ELVIRA —

(Al comisario.)

¿Ya se marcha?

COMISARIO —

(Extendiéndole la mano.)

Voy a caminar un poco. Hasta la vista.

ELVIRA. — Buen viaje.

COMISARIO. —

(A Susana, despidiéndose.)

Que lo pase bien.

SUSANA. — Servir a usted.

(Váse el Comisario, seguido de Don Cándido, Susana entra en una de las piezas del frente. Elvira coge una escoba, y pretexta continuar barriendo el galpón.)

PAULA. —

(Asomando en la puerta de la cocina. Hiriente a Elvira.)

¿Y ahora?

ELVIRA. —

(Sin dejar de barrer, y apenas volviendo el rostro.)

¡Lechuza!

PAULA. — Había una vez una moza... Así empezará la historia.

ELVIRA. — Una vieja perdió el alma, de tanto andarla cambiando... ¿No conoce ésa?

PAULA. — Sí, ché... Pero la necesidad, no es gusto.

(Las mujeres callan súbitamente. Una vuelve a la cocina; otra a barrer con afán. Don Cándido está de nuevo en el patio. Hosco el gesto, duro el mirar, avanza con paso decidido hacia donde está Elvira que le espera, sin cesar de barrer, pero con la cabeza agobiada por la presencia que ella siente cada vez más cercana.)

D. CANDIDO. —

(Tomándola bruscamente de un brazo, hasta hacerla volverse hacia él. Con ronca voz apagada para que sólo ella le oiga.)

¡Elvira! ¿Qué hacías aquí?

ELVIRA. —

(También a media voz. — Conteniendo su angustia.)

¡Tata!

D. CANDIDO. — ¿También vos? ¿Y así, con el primero que llega, un arrastrado... un milico cualquiera? ¿No sentís asco?

ELVIRA. —

(Casi en el llanto.)

¡Tata... yo ya no sé lo que es el asco! Tengo la boca como quemada de cenizas...

D. CANDIDO. —

(La coge, exaltado, con sus dos manos rudas, y casi pegando sus ojos en los de ella, los labios en los labios.)

¿Qué querés, qué buscás? ¡Decime! ¿No sos aquí la dueña? ¿Quién te manda? ¿Qué te falta? ¿Y tu padre... no lo ves envejecer día a día, hasta que llegue la hora de la cercana muerte? ¿De dónde vienen estos remolinos que se alzan así de pronto en el aire quieto de este patio cerrado, y las envuelve en su rueda de viento y las levanta y las lleva por los caminos? ¿De qué tierra tan pisada y liviana están hechas, para que así las sacuda, y giren, giren, giren, como en el borde de esos pozos levantados en el aire, y se vayan siguiéndolos, enloquecidas, cuando todo en el camino y en el campo está quieto? ¿No ven, no ven, ¡decime!, que están vacíos? ¿De donde les nace esa maldición? ¿Quién se los trae a esta casa a la que nadie llega?

(Con angustia incontenible.)

¿La huelen en el aire, sobre los trillos del campo? Decime!...

ELVIRA. —

(Agobiada bajo el fuego de la mirada de su padre, y el torrente de sus palabras.)

¡Tata... Tata!... Yo no sé!... ¡Déjeme, por favor.... yo no sé! Cuando yo era chiquilina y vivía mama...

D. CANDIDO. —

(Rudo.)

¡No nombres a tu madre!

ELVIRA. — ... jugábamos a ser felices, tiradas bajo los árboles con la Coca...

D. CANDIDO. —

(Con igual rudeza.)

¡Te he dicho que no las nombres!

ELVIRA. — ... por los ojos nos pasaban las nubes, ¡tan livianas! que veíamos venir de los lejanos horizontes y se iban a otros cielos; por las manos abiertas sobre el río, las aguas, que nos mojaban y se iban Por debajo del pecho, nos resonaban los ruidos de los galopes sobre las laderas... Por las orejas y el pelo, la brisa sin peso... Nosotras estábamos quietas, calladas... Y así, nada más que con eso, éramos felices, pensando que nos íbamos en cada cosa que pasaba... Y ahora, ¡Tata!, ahora!...

D. CANDIDO. — ¿Quién te priva, ahora, esas cosas?

ELVIRA. — ¡No puedo... no puedo!...

D. CANDIDO. — ¿Te prohibo, acaso, esos juegos? Y ya una mujer, ¿para qué te han de servir?

ELVIRA. — No, Tata, no. Usted no me priva.

(Señalando las flores.)

Pero esas cosas han quedado adentro, como esas achiras, Tata, sucias, descoloridas por la basura que Paula, distraída, les echa ¡Nadie les ve el color!... Pero si una lluvia las limpia, aparecen rojas, encendidas como un fuego .

D. CANDIDO. —

(La rudeza ha cedido a una terquedad cercana al ruego. Sacudiendo a su hija por los hombros.)

¡Pero tenelos, mujer, tenelos tranquila!.. ¡Pero aquí en casa... ¿no comprendés?

ELVIRA. — ¡No puedo, Tata!... No se enoje... nunca se lo he dicho... Usted quiere que hable; ... siempre dice lo mismo y le enoja mi silencio... Sí, yo sé: usted quisiera ver... como agarrar lo que pasa atrás de mis ojos cerrados. Ya sé, Tata... ¡Pero no puedo! Ya ve; hace tiempo que no lloro, por que usted se enoja. Pero lo que usted quiere así, como tener entre las manos y apretar, se me escapa a mí misma. ¿Qué voy a hacer? Y usted sufre y yo también.

D. CANDIDO. —

(Soltándola. Con acento amistoso y dolorido.)

Pero ahora hemos hablado... ya sabemos... Viviremos aquí, o en otro lado, tranquilos y solos nosotros los cinco. Tenemos un pasar, ¿para qué necesitamos de nada, ni de nadie, de afuera?

ELVIRA. — ¡No hemos hablado...

(Buscando la expresión.)

¿Cómo le voy a decir? Aunque esté tirada, caída, apretada hasta ahogarme, con los párpados cerrados... sin que yo los llame, aquellos recuerdos vienen a ponerse atrás de mis ojos y brillan y los veo, más que a las cosas. Y me duelen en la frente, y en la garganta, y es como si me pincharan en los labios hasta hacerme morder para no gritarlos.

(Suplicante, extendidas hacia su padre las manos.)

¡Tata, déjeme!...

D. CANDIDO. —

(Ahora es él, quien implora.)

¡Mi hija, Elvira... soy yo que no puedo!..

(Defendiéndose de la desesperación, con la rudeza del acento.)

Me mueve las manos, cierra mis brazos; me lleva la mirada, quema mi boca... ¡sin que yo quiera! Alzo la voluntad, y la voluntad cae, derrotada! Arbol sobre la altura, cuya copa sacuden sin parar los vientos. Ya es el pampero cargado de garúas, puntas de lanzas que dispersan a las tormentas y abren limpios cielos; o viento del norte, ardiente como un fuego que quema los pastos y voltea la cabeza de los ganados. Así estoy, alzado y doblado, sin quebrarme ni pararlos!

(En una angustiosa pregunta.)

¿Quién los sopla dentro de mí? ¿Qué freno les pondré? ¿De dónde sacaré fuerzas para domarlos?

(Casi en un grito.)

¡Elvira... tú, hija mia!..

ELVIRA. —

(Quebrada de piedad y dolor.)

¡No puedo, Tata... Cuando pasan sobre mi cuerpo, es como si una tropilla de potros cruzara sobre un campo de amapolas. Y así quedo, caída y deshecha, por sus cascos al galope!

SUSANA. —

(Asomando a la puerta de uno de los dormitorios.)

Tata, ¿No va a descansar, ahora?

D. CANDIDO. —

(Volviéndose hacia Susana.)

Ya pasó la hora mi hijita, y otra vez perdí el sueño.

TELON

N O C H E

La misma escena del acto anterior.

Han transcurrido unos años, que nadie ha contado. Para el extraño que llegara hasta el patio, acaso fueran perceptibles en la cabeza más encanecida de Don Cándido, o en las formas ya en plenitud de Susana. Sin huellas, en cambio, en Paula o El Deshecho, ya que sobre su miseria se ha detenido el tiempo; árboles abatidos, morirán juntas las hojas y las ramas.

Está cayendo la tardecita. El galpón, el paraíso, la pared de la derecha, echan sus sombras pesadas sobre el patio y cubren gran parte de la pared del frente. Desde la lejana cuchilla detrás de la cual está muriendo entre nubes de sangre, el sol alcanza aún a apoyar un rayo de luz sobre la puerta del dormitorio de Don Cándido — la de la izquierda — después de cortar al patio, del frente al fondo, con una ancha diagonal luminosa a la que las sombras irán lentamente ahogando.

Ya ha empezado la asombrada hora del campo, en que las cosas parecen flotar, sin peso, entre la oscuridad que baja del cielo y el silencio que sube de la tierra.

ESCENA PRIMERA

(PAULA y SUSANA se ocupan en la lenta tarea de desgranar porotos; una lo hace sobre la olla que usara al mediodía, mientras la otra va recogiendo los granos en el hueco de su delantal. Sentadas en pequeños bancos de ceibo, una frente a la otra, orillan la franja de luz que corta el patio. Pero mientras los géneros oscuros de sus vestidos, casi hacen invisibles los rasgos de PAULA, perdiéndola en las sombras, la luz llega y se exalta en los claros vestidos de SUSANA. Ahora se ve llegar, desde el frente del patio, el rayo que ilumina su imagen. Pero durante todo el desarrollo del acto, cuando ya las sombras se abatan sobre los demás seres y las cosas, sobre ella estará cayendo siempre la claridad, que parecerá como envolverla y alzarla en un intento de fuga de entre aquellos tenaces círculos de silencio y noche.)

PAULA. —

(Su voz tiene el pesado y sordo acento de la hora.)

Cuando vivía la finada, era una fiesta la trilla de porotos. Una rueda de colores; caballos blancos, colorados, azulejos, negros, alazanes, sobre la era; y coro de palabras alegres, y de risas y canciones, sobre los caballos en rueda.

SUSANA. —

(Sin levantar la cabeza, cuyos ojos siguen el afanoso andar de las manos.)

Doña Paula: ¿por qué ustedes siempre señalan el tiempo diciendo: cuando vivía la finada, después que murió...?

PAULA. — ¡Pues mi hija, por que es así, no más.

SUSANA. — Sí, pero no veo por que han de decir siempre: antes de morir, después que murió... ¿Por qué señalan así, las cosas de la vida con la muerte? El pobre Tata sufre con ese recuerdo a cada paso. Parece como si los muertos anduvieran aquí más vivos que la vida, entre nosotros...

PAULA. — Y algo de eso hay...

SUSANA. — ¿Nos mirarán como cuando estaban en la tierra, o aunque nos vean, sus ojos ya no nos reconocen?

PAULA. — ¡Vaya a saber una...!

SUSANA. — Yo creo que ellos ya no sienten nuestros sufrimientos. Y si los sienten, no les importan.

PAULA. —

(Con el acento velado por la emoción de quién va a levantar las sombras de un secreto.)

¿Usté se acuerda, mi hija, del día en que murió la finada?

SUSANA. — Yo sólo me acuerdo que la estaba mirando desde allí.

(Señala la puerta del dormitorio de Don Cándido.)

y la veía caída, extendida y quieta sobre la cama. Las vecinas lloraban con quejidos ahogados, y los hombres miraban fijos, con cara de enojo, o se hablaban en voz baja como para no despertar a alguien. ¿Sabe? Las vecinas y los hombres caminaban y hablaban muy bajito, lo menos que podían, todos empeñados en hacer el silencio. Y aquella que ellos parecían no querer despertar, era la única que ya no podría oir nada, por más ruido que hicie-

sen. Los que iban llegando, se apeaban hablando en voz alta, como siempre. Pero mal miraban al patio era como si de golpe el silencio les tapara la boca con su mano. Entraban callados, y cuando miraban a mama, soltaban el llanto las vecinas y los hombres se tapaban los ojos con el pañuelo. Si salían otra vez al patio, o desde adentro ponían la vista en el campo, les volvían las palabras y se les cortaban los llantos... ¡Y mama, quietita, como perdida, llorasen ellos o estuvieran callados! ¿Por qué le apretaban alrededor las vecinas y los hombres, el silencio, o la cubrían de llantos, si ella seguía allí, quieta y como perdida de cuánto ellos hacían Doña Paula? Yo era muy chica; sería por eso que sentí como un enojo...

(Rectificándose, temerosa.)

¡no, no era enojo!, por aquella indiferencia de mama, y ganas de pararme y gritar en el patio, cualquier cosa, aunque fuera un canto!

PAULA. —

(Con sorda terquedad.)

No, yo le preguntaba si vió cómo fué la muerte.

SUSANA. — ¿La muerte? No, yo no supe nunca.

PAULA. — ¿Don Cándido no lo dijo?

SUSANA. — El no estaba.

PAULA. — Sí, él se había ido. Ese día yo estaba barriendo los patios de mi casa, a la orilla del alambre. De pronto ví alzarse una polvadera en el camino. Me quedé esperando, y vi asomar en la cuchilla a Don Cándido que iba de aquí al galope, con la tro-

pilla por delante. Todavía al pasar nos saludamos: ¡Buen día, china! ¡Buen viaje, Don Cándido! Y se perdió, envuelto en una nube de polvo en el camino.

(PAUSA)

Al anochecer, llegó El Deshecho a advertirme la muerte.

SUSANA. — ¿Y El Deshecho no le dijo?

PAULA. — Usté sabe como es él. Si el patrón se calla, él calla; si el otro frunce el ceño, él echa mano al puñal. ¿Quién le pregunta nada?

SUSANA. — ¿Y a Tata?

PAULA. — El vino esa noche, se acostó y no dijo nada. ¿Quién le va a preguntar? ¡Yo que sé, mi hija...! En este patio anda como volando un pájaro que se posa en los hombros, en la frente de los cristianos... ¡qué sé yo...!

SUSANA. —

(Entristecida.)

Mama, muerta; después la Coca que se huyó... ahora Elvira... ¡Y el pobre Tata cada vez más solo, sufriendo sin quejarse. Ya se le van cayendo los hombros, por el peso de tanta desgracia.

PAULA. —

(Con incontenible rencor.)

Todavía está fuerte.

(Maternal.)

Usté sí, mi hijita, es débil.

SUSANA. —

(Con sorpresa.)

¿Yo?

PAULA. — Sí, usté... como esos macachines que florecen en el patio después de la lluvia, y las botas pisan y destrozan, sin piedá... Se fué la Coca... se fué Elvira... ¿Cuándo descansaremos?

SUSANA. —

(Habla con la firmeza de su inocencia.)

¡Yo no, Doña Paula!

PAULA. —

(Con dolorida decisión.)

Se acuerda desde cuándo no ve el rebenque de su Tata, colgado allí, en aquella puerta?

SUSANA. —

(Su voz tiene el leve temblor de quien presiente la cercanía de la desgracia.)

Sí... desde que se fué Elvira... Pero eso...

PAULA. — Eso... cuando vuelva a estar allí colgao...

(Vacila. No se atreve a herir con el aviso tremendo, el alma inocente. Y sin embargo, ella sabe que así ocurrirá.)

¡Qué tormenta tan pesada; el aire se pega a los párpados y los labios!

(Su pensamiento es tan punzante, que vence la voluntad y asoma a los labios.)

...Si una pudiera irse.

SUSANA. —

(Se pone de pié y vuelca los granos que ha reunido en su falda, sobre la olla de la peona. Su imagen está toda sobre la franja de luz.)

¿Quién piensa en irse, Doña Paula?

(Bromeando.)

¡Ojalá usté acierte, y llueva; el agua lavará el color de las pobres achiras, y mañana serán rojas como un amanecer.

(Disponiéndose a hacer lo que anuncia.)

Voy a barrer estas cáscaras.

ESCENA SEGUNDA

(Desde el campo viene DON CANDIDO. Aunque traiga otras ropas, éstas conservan el típico carácter de su modo de vestir. Su paso se ha hecho más lento. El rayo de luz vibra sobre su cabellera blanca, y en la "bombas" de plata del rebenque que trae pendiendo de la muñeca. Acercándose a Susana, que en su tarea de barrer, ya ha llegado a un extremo del patio.)

D. CANDIDO. — ¿Todavía trabajando, mi hija? Ya se va haciendo la noche; deje esa escoba.

SUSANA. —

(Detenida, con las manos apoyadas sobre el extremo de la escoba, y el mentón en ellas.)

Son estas cascaritas no más, Tata.

D. CANDIDO. —

(Hasta que se indique, paseará, en semicírculos lentos y tenaces alrededor de su hija, mientras habla.)

No es nada; vaya, arréglese y descanse, que ya terminó el día.

SUSANA. —

(Riendo, inocente.)

¡Pero si estoy arreglada, Tata...! ¿O es que espera visita?

D. CANDIDO. —

(Sus palabras vacilan entre decir u ocultar lo que está pensando.)

Sí, claro... no, no viene nadie...

SUSANA. — En el campo la gente no se ve casi, ni se habla, ¿no es verdad?

D. CANDIDO. — Es mejor que así sea. ¿Para qué?

SUSANA. — Para conocerse, tener amistad, contarse las cosas...

D. CANDIDO. — Para eso basta con las de uno mismo.

SUSANA. —

(Con voz de risa de mimo.)

¡Pero yo soy una muchacha...! Me gustaría ver los caminos, otros parajes,... ¡Si viera, Tata, muchas veces me quedo mirando aquella cuchilla donde entra el sol, o aquel cerro en qué nace, o sigo con los ojos fijos las vueltas del Tacuarí... y me entran unas ganas tan grandes de saber qué hay más allá de lo que alcanza mi vista!

D. CANDIDO. —

(Mientras habla, su pesada imagen oscura va estrechando sus círculos hasta casi abrazar la iluminada de su hija. Con el brazo extendido, señalando los lugares que menciona.)

¿Qué hay, qué hay? Nada de lo que usted cree, mi hijita. Si fuera un día y visitara todas esas casas, no tendría de que hablar con los que en ellas viven; usted iría a buscar una amistad alegre, y ellos no tienen tiempo para dársela. Aquel que vive allí, en aquella arboleda, dueño de tamaña estancia, es como si si no la tuviese. ¿Usted cree que la quiere, como nosotros? Pone y saca novillos y ovejas de sus potreros, como números que suma y resta, en un papel Y nada más. El dueño de aquella casa blanca, sobre la cuchilla, tampoco quiere la tierra que tiene. Se pasa el día recorriendo los lindes de su alambrado, mirando los campos del vecino y pensando ha-

cerlos suyos. Parece que campos fueran ésos, mientras son ajenos, y no los suyos.

(Ahora ya se ha acercado por la espalda de Susana, hasta apoyar un brazo sobre uno de los hombros de la muchacha.)

¿Y los de allí? Buena gente, si; paisanos como nosotros. Pero ocupados en pleitiar con aquel que vive allá arriba de aquella sierra, y los mira tirar cada uno por su lado, mientras él espera tranquilo a que se vayan cansando, y entonces se echará sobre todos y les cercará con su alambre lo que ellos recibieron junto de su padre, y van a perder, cada uno a su tiempo.

SUSANA —

(Su voz tiene un tímido temblor, al sentir la cercanía de la barba de su padre, que ya se está extendiendo sobre su negra cabellera.)

Pero todos aquellos ranchitos...

D. CANDIDO. — En esos, no hay más que gestos agrios, palabras duras, y tristeza. Mire...

(Sus dos brazos están haciendo un círculo apretándose sobre los hombros de Susana. Su voz jadea anhelante.)

¿Vé? Todos esos ranchos son un negro cinturón de miseria que las estancias llevan puesto siempre, en todos lados, cargados de llantos; como el estanciero lleva el cinto, cargado de plata... ¿qué le van a decir ni contar, los que viven ahí? La vuelven vieja en un día, con sus historias.

SUSANA. —

(Jadeante de temor ante el abrazo que ya siente ahogarla, y del respeto que la impide atribuir a su padre la cierta intención de aquel

abrazo. Intenta alejarse un paso, y hablar con despreocupada alegría.)

En algún lado podría oir cantar a los payadores.

D. CANDIDO. —

(Como si no hubiera entendido la tímida intención de fuga de su hija, vuelve a acercársela.)

Ya no hay payadores.

SUSANA. —

(Sus palabras como ligeras manos que extendiera deteniendo el terco paso de su padre que se acerca).

¿Por qué, Tata?

D. CANDIDO. — ¿Que van a cantar?

SUSANA. —

(Habla con la voz tal alta y alegre, como su temor lo permite).

Yo soñé una vez que desde todos esos ranchitos, un día se empezó a oír una música oscura y tan baja, que apenas si llegaba a los patios. Nadie la había enseñado, y de ningún lado vino. Pero cada uno, sin saber que el otro también la sabía, la estaba cantado casi entre los labios. Era en un gran círculo como los horizontes. Uno en su casa; otro en la huerta; otro en el camino; otro en el campo arreando las majadas... Todos cantaban la misma canción, y nadie entre ellos oía la del otro. Pero había un hombre, alto y fuerte como un caudillo, que tenía su casa en el medio de aquel círculo tan ancho de los ranchitos. El viento empezó a llevarle las voces apagadas que cada uno cantaba. Al principio, él no entendía qué quería decir aquella canción, ni si era la misma la que le traía el pampero,

que la que le llegaba en el viento del norte o del este... Vino una noche larga y tan quieta como la muerte. Pero el hombre pudo oir entonces las palabras claras, y sintió que era una misma canción la que estaba sonando desde todas partes, en el silencio.... Y a la mañana siguiente, se levantó y la cantó él, con una voz tan fuerte, que de todos los ranchos la oyeron. Y todos vieron que aquella era su canción, y cantaron con él...

(Se ríe ingenuamente.)

¿Ve, Tata? Yo creía que los payadores y los caudillos eran una misma cosa.

D. CANDIDO. —

(Que ha simulado escuchar a su hija, cuando en verdad sólo ha estado dentro de su pensamiento.)

Los payadores eran sólo los que contaban las cosas.

SUSANA. — Sí, ya sé. Pero en mi sueño, pasaba que todos los de los ranchitos montaban a caballo, y se iban cantando, atrás de la voz que había hallado las palabras de su canción.

D. CANDIDO. — ¿Y?

SUSANA. — ¿Y...? Yo no ví donde fueron!

(Con acento triste.)

...Si no conozco más que este pago, Tata... ¿No es verdad?

D. CANDIDO. —

(Con ruda impaciencia.)

Bueno, bueno, déjese de pensar bobadas que no pasarán nunca.

SUSANA. —

(Con inocente terquedad.)

¿Y si pasaran?

D. CANDIDO. —

(A medida que habla, su abrazo se hace más decidido, al tiempo que sus palabras salen, cortadas y jadeantes.)

¿Vé aquel fogón que se encendió allá?... ¿Y ahora aquel otro...?

SUSANA. —

(Ella, como él, no mira ya el paisaje sino lo que está entre ambos ocurriendo. De tal modo, que las palabras sólo sirven para ahuyentar el silencio en el que suenan bajo las frentes los verdaderos y terribles pensamientos del instante.)

Si... Tata... veo...

D. CANDIDO. — ¿Ve bien aquella casita que apenas blanquea... ahora?

SUSANA. — ... Si...

D. CANDIDO. — ... Bueno...

(La cabeza ya está casi sobre el cuello de su hija.)

... Bueno... ahora... aquella casita, mírela... ¿Siente?

SUSANA. —

(Después de un silencio de asombro, que se mudó en pavor.)

¿Qué Tata?

D. CANDIDO. — ... Digo... si siente... Susana... ahora...

PAULA. —

(Que ha estado contemplando la escena con el pretexto de desgranar porotos, se pone de pie y dice, casi en un grito.)

¡Susana!... ¡Chiquilina...!

D. CANDIDO. —

(Volviéndose violentamente, como quien des-

pierta de improviso. Rudo.)

¿Eh? ¿Que hacés ahí?

PAULA. —

(A Susana.)

¿No va a regar sus achiras?

(A Don Cándido.)

¿Que voy a hacer, si no trabajar?

SUSANA. — Si, es verdad; gracias, Doña Paula.

(Y entra en la casa, como una avecilla huyendo. — Don Cándido vacila un instante y luego lentamente, váse detrás de Susana.)
(La escena queda un instante vacía, pues Paula ha entrado a la cocina.)
(Por la puerta por la cual han entrado en la casa, vuelven a salir, Susana delante llevando una jarra en la mano, Don Cándido detrás. Ella es una ligera imagen blanca, de fugitivo paso. El, una lenta sombra que la sigue tenazmente. Se ocultan así, por uno de los espacios abiertos hacia el campo.)

ESCENA TERCERA

PAULA. —

(Desde la cocina se alza un canto.)

Tardecita de verano
En la llanura
Sombras acostándose
En las laderas,

Más lentas que los ganados,
Rumiando los últimos
Pastos de claridad
Del día.

Del cielo está cayendo
La oscuridad
Hasta los brazos abiertos
Del silencio.

Pájaro de la noche es el lucero
Posado en mis ojos,
Cuando en mis pies, ¡ay!, se pierden
Los caminos de la tierra.

DESHECHO. —

(Ha llegado, mientras tanto, y junto al tronco del paraíso se ha puesto a afilar el hacha que trajo sobre el hombro. — A Paula.—)

¿No vió a Don Cándido?

PAULA. —

(Asomándose. —)

¿Vos no lo viste? Salió atrás de Susana, como pal barril.

DESHECHO. — Lo voy a esperar, entonces.

PAULA. — Sí... calculo que no va a demorar. Susana ya vendrá a regar sus achiras.

DESHECHO. —

(Sin querer entender las últimas palabras de Paula.)

Va a volver a llover, y los yuyos terminarán por matar el maicito del rastrojo. Pero con esto de trillar el poroto apaleándolo, y uno solo... Ya el año pasado ya vé cuanto se perdió...

PAULA. —

(Insistiendo en sus alusiones que El Deshecho no escucha.)

Perdido está él... y nosotros... todos. ¡Unas ganas de irme... hoy mismo...!

DESHECHO. —

(Ha sentido acercarse a Don Cándido y Susana, y les sale al encuentro.)

Patrón, ¿cómo podíamos hacer con la carpida?

D. CANDIDO. —

(Se detiene un instante para responder, y luego vuelve a unirse a Susana, que ya riega sus flores. — A El Deshecho.)

Haga como quiera.

DESHECHO. —

(Siguiendo al patrón en el afán de recibir una orden a la que pueda ceñirse.)

Pero como está lo del poroto pa apalear...

D. CANDIDO. — Bueno, haga lo que quiera, le he dicho

SUSANA. —

(En alta voz a Paula que está en la cocina)

¿No vió el mate de Tata, Doña Paula?

PAULA. —

(Como si no estuviera sino esperando cualquier palabra, para unirse al grupo.)

¿Qué dijo, mi hija?

SUSANA. — El mate, ¿dónde está?

PAULA. — Ah. Ahí adentro, arriba de la mesa. ¿Quiere fósforos?

SUSANA. —

(Dirigiéndose para entrar en la casa.)

No, todavía se ve.

(Entra.)

DESHECHO. —

(Interceptando con terquedad humilde, el paso de Don Cándido que ya va tras de Susana.)

¿Entonces cómo hacemos, patrón?

D. CANDIDO. —

(Con enojo apenas contenido.)

¿No le he dicho que haga lo que quiera?

PAULA. —

(Atravesándose en el camino de Don Cándido ya junto a la puerta.)

Mañana habría que mandar al boliche, patrón. Estamos sin sal y sin luz.

D. CANDIDO. —

(Intentando pasar sin detenerse.)

Mande, pues.

PAULA. —

(Que a despecho de la intención, le cierra el paso.)

¿Cuánto se trai, y con qué?

SUSANA. —

(Desde dentro.)

¿Arriba de la mesa, dijo?

PAULA. —

(Volviéndose para contestar.)

Sí, pues; recostao al frutero.

(Don Cándido aprovecha la distracción de la peona, y entra allí donde se oye la voz de su hija.)
(A El Deshecho.)

¡Todavía caminan los corderitos, y los caranchos ya los encierran en sus círculos negros, para arrancarles los ojos...! ¡Ah, si yo fuese hombre...!

DESHECHO. — Uno es un peón, en casa ajena.

PAULA. — Pero uno vende el trabajo, y no el alma.

DESHECHO. — Ocasiones, hasta el alma. ¿Dónde la lleva, si usté se muere de hambre?

PAULA. — ¡A cualquier parte!

DESHECHO. — Que puede ser la cárcel.... casi seguro...

(Como una ronda de fatalidad, vuelven al patio la imagen de claridad de Susana, y la

de Don Cándido, a la que el acentuado anochecer ya ha convertido, como a los peones, casi en una sombra.)

SUSANA. — ¿No me acompaña Doña Paula, a traer la ropa que se me olvidó tendida en el alambre?

PAULA. —

(Acompañando a las palabras con la acción)

Si, cómo no? Vamos, mi hija.

(Y ambas salen por el espacio abierto hacia la derecha).

D. CANDIDO. — Vaya, Deshecho, y ensíileme el tostado.

DESHECHO. — ¿Va a salir?

D. CANDIDO. — Voy hasta aquí, no más, a repuntar la majada. No sea cosa que llueva...

DESHECHO. — Las ovejas están ahí, en la ladera del rodeo.

D. CANDIDO. — Siempre queda alguna cortada, y usted sabe con qué ligereza llega la creciente hasta aquí.

DESHECHO. —

(Saliendo por el frente del galpón)

Si señor.

ESCENA CUARTA

(DON CANDIDO ha quedado solo, de pié junto a la puerta; a la orilla del rayo de luz que una nube lejana ha enrojecido hasta el incendio. De su mano derecha pende el rebenque, sobre cuya plata se aviva y quiebra la luz. Todo lo demás son anchas sombras rodeándolo. Y un grave silencio de espera. El también parece aguardar algo que aunque ya está en su frente, no alcanza aún a ser decidida voluntad.

(¿Teme que lo acechen? Como si tal ocurriese, va con cautelosos pasos hasta la boca del galpón en donde se ahondan las sombras. Y regresa con aire ya más tranquilo, cuando no ha hallado más que oscuridad y silencio. Pero las sombras vienen del campo, y están en todos los rincones del patio. Sólo hay luz en aquella franja, como un tajo, que se apoya en su puerta y se agudiza extrañamente sobre un clavo que se adelanta del dintel. Y DON CANDIDO va, con grave paso en el que se mezcla la actitud temerosa y la del desafío, escudriñando aquellas sombras todas. Así llega hasta el extremo mismo del patio, hacia el frente. Escucha. Acecha. Siempre silencio y oscuridad.

(¿Por qué vacila? ¿Es que espera que alguna forma humana, o voz, lo detenga? No. En él está una tremenda voluntad fatal. Parecería que le ha tomado de la mano; así la lleva extendida hacia adelante, por la orilla iluminada, y lo conduce con paso torpe hasta la puerta en donde brilla el clavo.

(Ya está allí, y aún vacila o teme. Tal es su nervioso movimiento girando sobre sí mismo, para sondear con la mirada toda la escena. Nada. Sigue el silencio.

(De espaldas al patio, toda la figura dentro de la franja de luz, alza el brazo. Cuando lo abate, desde el clavo pende el rebenque, rígido y brillante.

(Escucha aún.

(La noche está apagando a aquella franja, y es así como, sólo se alcanza a ver, en una tremenda realidad, el rebenque sobre la puerta. DON CANDIDO ha tosido; voluntariamente. El silencio le devuelve los ecos.

(Por el espacio de la izquierda, se va hacia el campo)

ESCENA QUINTA

SUSANA. —

(Por el espacio de la derecha se oye llegar su voz de júbilo inocente)

¿Entonces, Doña Paula, usted estaba allí? ¿Llegó todo vestido de blanco, bombachas, poncho, pañuelo y sombrero? ¡Qué raro! ¿Y se sentó solito en un rincón? ¿Y cuando a las muchachas les preguntaron, cuál era el más buen mozo del baile, todas respondieron: El que está todo de blanco, y es Claro Lima!

(Ríe. Se les ve entrar en el patio. Paula adelante, llevando ambas, ropas blancas en las manos. Hablan mientras se acercan.)

¿Y los hombres que dijeron?

PAULA. — No dijeron nada.

SUSANA. — ¿Ellos también creían que era Claro Lima el mejor mozo del baile?

PAULA. — Ellos sabían que era el más guapo. Pero cuando él salió, uno...

(Las palabras se ahogaron en la garganta; las manos se abatieron y dejaron caer, en un ruedo blanco, las ropas. Así queda, rígida, indecisa, frente a la puerta en la que está mirando brillar el rebenque.)

SUSANA. —

(Sorprendida ante la actitud de la otra.)

¿Le pasa algo? ¿Le dió algún mal?

(Se acerca a Paula con la tierna actitud de protegerla con su abrazo. Todavía está de espaldas a la puerta, e ignora por eso su desgracia.)

PAULA. —

(Con un invencible desaliento)

Nada... a mi, nada...

SUSANA. — ¿Y entonces?

(PAULA guarda silencio; pero sus ojos extienden tan rígida mirada, que hacen volver a SUSANA y seguir su dirección. Ahora es ella quien voltea los brazos y deja caer las ropas que traía.)

¡Doña Paula... ¿Qué es, éso?

PAULA. — ¡Mi hijita... yo quisiera no saberlo... Tu madre, la Coca, Elvira...

SUSANA. —

(Con los brazos en alto, corriendo por la franja de luz, hacia la puerta en donde el rebenque está brillando.)

¡No, no... yo no, Doña Paula... ¡Tata, yo no...! Mis manos le alcanzan como para arrancarlo y tirarlo en la oscuridad, que nunca más lo encuentre.

(Cuando así va a hacerlo, una dolorosa certidumbre la paraliza y allí se queda, de espaldas, pareciendo ahora que sus brazos sólo se alzaron para el ruego.)

¿Qué hago? No, no está aquí, no es ésto... ¡Tata, por mi madre que estuvo ahí, muerta en esa misma cama...!

(Volviéndose hacia quien habla)

¡Doña Paula... ayúdeme...!

PAULA. —

(Con la más tierna voz; los brazos extendidos hacia la blanca imágen de Susana que, mientras hable, parecerá el vuelo de un pájaro queriendo escapar de aquella prisión de sombras y luces enrojecidas.)

¡Mi hijita, mi hijita! ¿Cómo he de ayudarte? ¡Ya está ahí... ya está ahí...! ¿Quién tiene fuerzas para sacarlo? El que puede, sólo lo hará cuando haya estrujado las achiras de tu inocencia!

SUSANA. —

(Su voz estará gritando el llanto.)

...¡Pero usted ha andado por el mundo, conoce los hombres, sus vidas... Usted sabe el modo de salvarme... dígamelo...!

PAULA. — Si... yo anduve... anduve entre ellos... ¡y no aprendí más que derrotas! ¿Cómo te va a salvar, quien se perdió!

SUSANA. — Pero ahora... Usted sabe, ahora... dígame...

(Vuelve a alejarse, mesándose la negra cabellera de tal modo que el blanco vestido que cubre sus brazos, forma una iluminada corona sobre su cabeza.)

¡Ay... yo no podré... yo no podré... Mamá estará allí, quieta, extendida, fría como el filo de un cuchillo, entre los dos...! ¡No... no...! ¡Yo no quiero, mama...!

(Con desesperada resolución.)

¡Vámonos, Doña Paula!

PAULA. — ¿A dónde, mi hija?

(Desolada)

En todas nuestras puertas, por lejos que nos váyamos, una noche cuelgan un rebenque como ése! ¡He andado mucho...!

SUSANA. — ¡Ay... ay de mi, que nadie me protege...!

PAULA. —

(Intentando de nuevo abrazarla)

No grite, mi hija... Escúcheme... voy a pensar...

SUSANA. —

(La figura blanca se abate sobre la mancha obscura que ya es el cuerpo de Paula. Sin oir lo que ésta le dice.)

Mañana vendrán las vecinas, y los hombres, y mirarán ahí adentro, y ya no llorarán como cuando era Mama, ni se taparán los ojos con los pañuelos... Dirán a los gritos las peores palabras, y escupirán el suelo con aco... ¡Y yo estaré igual que Mama, tendida y quieta, quieta... ¡Ay!

(Llora. Una súbita esperanza la anima, y grita)

¡Deshecho, Deshecho...!

PAULA. — ¿Qué quiere? ¿Qué va hacer él?

SUSANA. —

(Siempre gritando)

¡Deshecho... Deshecho...!

DESHECHO. —

(Apareciendo por la puerta del galpón)

¿Llamaban?

SUSANA. —

(Corre hacia él, señalando el rebenque)

¡Mire, mire, usted sabe lo que es éso...!

DESHECHO. —

(Detenido en un extremo distante de aquel en que se ha quedado Paula).

Sí, yo sé lo que es. Más que nadie... Pero no puedo hacer nada.

SUSANA. —

(Implorante)

¡Sálveme... usted es hombre...!

DESHECHO. —

(Su impotencia vuelve rencorosa su voz)

Yo soy un peón.

SUSANA. —

(Tomándole de la mano y queriendo arrastrarle consigo)

Venga, entre los dos lo arrancaremos de ahí! Sí, entre usted y yo.

DESHECHO. —

(Resistiéndose)

Aunque desaparezca la seña, sigue, lo mismo, la voluntá que la puso.

SUSANA. — ¡Sálveme de la voluntad!

DESHECHO. — ¿Con qué fuerzas, señorita?

SUSANA. — ¡Deshecho... Deshecho... no sea malo, ayúdeme...! ¿No ve que apenas soy más que una niña, infeliz de mí...! ¿No ve que soy inocente... y pura...? La mañana de mi vida, caída y quemada por la helada de un invierno. ¡Téngame piedad, Deshecho!

DESHECHO. — ¡Señorita, ¿no oye mi apodo? Me lo pusieron los hombres, cuando yo era todavía más niño que usté. ¿Fuí malo, acaso, por que mi vida fué así, tan triste, que puso en los labios de los otros, para llamarme, este apodo más mío que mi nombre? ¿Qué culpa tenemos?

SUSANA. —

(Corriendo hacia Paula)

¡Pídaselo usted...! ¡Dígale que yo no quiero...! ¡Ay, un fuego me quemará los ojos, y el cuerpo todo...! ¿Quién abre los brazos para recibir su desdicha?... Y el frío de Mama tendida allí, donde yo esté... ¡Ay, pídale que me lleve... Vámonos los tres!

PAULA. — ¿A dónde hemos de ir, Susana, nosotros tres? Una china vieja, curtida de revolcarla en los

galpones... un indio sin fuerzas... y usted... la inocencia, pobrecita... Cómo nos valdremos?

DESHECHO. —

(Como un eco de las desoladas palabras que acaban de oirse)

Y después... ¿Quién creerá que de nosotros dos, ha podido nacer una cosa así, como usté?

SUSANA. — ¿Y entonces..., entonces...? ¿Ninguno puede salvar a mi inocencia? Y aunque yo no quiera, estaré desvalida, ¡ay!... y sobre mi caerá el sacrificio...!

DESHECHO. —

(Que ha oído acercarse los pasos)

Ahi viene.

(Se pierde en la sombra del galpón.)

PAULA. —

(Entrando en la cocina)

Voy a encender el fuego, ya es la noche.

SUSANA. —

(Queda de pié, caído los brazos, abatida y sin palabras bajo el golpe de los pasos que ya se acercan lentamente.)

D. CANDIDO. —

(Entrando por el espacio de la izquierda).

Susana...

SUSANA. —

(La voz la ha sacudido como un latigazo)
(Casi llorando)

¡Tata...!

D. CANDIDO. —

(Mientras se acerca)

Traiga el mate.

SUSANA. — ¿Enciendo luz?

D. CANDIDO. — Ya pudo hacerlo, pues.

SUSANA. — ...como usted dice que no se gaste... así...

(Entra en la pieza de la izquierda desde la que bien pronto sale un rectángulo de luz que con el que Paula acaba de avivar desde la cocina, arrollan a las sombras del patio hasta dejarlas sólo en las orillas de las casas y bajo la copa del paaríso.)

D. CANDIDO. —

(Se ha sentado en el banco de ceibo, y mira al campo. En voz alta)

Deshecho, suelte el caballo; no voy a salir.

DESHECHO. —

(Su voz, alejada)

Eso estoy haciendo.

(SUSANA atraviesa el patio y entra en la cocina de donde vuelve con el mate que extiende a su padre. Mientras él sorbe lentamente, fija en el suelo su mirada, élla a su espalda se enjuga silenciosamente las lágrimas.)

SUSANA. — Tata...

D. CANDIDO. —

(Volviéndose a mirarla)

¿Qué hay?

SUSANA. —

(Arrepentida de su primera voluntad)

No... nada...

(De nuevo vacilante)

¿Sabe, Tata? Yo quisiera decirle...

D. CANDIDO. —

(Alcanzándole el mate).

Cebe, que se va a enfriar.

SUSANA. —

(SUSANA va y vuelve de la cocina, ocupada en cebar mate. DON CANDIDO espera con los ojos puestos en el campo.

(Al tiempo de alcanzarle el mate, sintiendo sobre su mano la opresión pronunciada de la de su padre, no puede ya contener el llanto).

Yo no pido nada, nada... Ni quiero irme, como la Coca... ni escaparme como Elvira... aquí, escondida, Tata, me quedaré quietita siempre, ¿sabe?... ¡Pero eso no...!

D. CANDIDO. — ¡Cállese, mi hija... la están oyendo...!

SUSANA. —

(Intentando reprimir el llanto)

Sí, me callo, me callo... Pero, ¿no es verdad que no?

D. CANDIDO. — Vaya, no llore.

(Silencio. El de uno, pareciendo que sorbe distraído el mate. El de ella, de angustiada esperanza)

D. CANDIDO. —

(Entregándole el mate)

Vamos a dejar. Gracias.

SUSANA. — ¿Ya?

D. CANDIDO. — No tengo ganas.

SUSANA. — ¿Está frío,... está feo? Lo arreglo enseguida...

D. CANDIDO. — No, no tengo ganas. Deje.

SUSANA. — ¿Tiendo la mesa? La cena no debe demorar

D. CANDIDO. —

(Poniéndose de pie.)

Traiga un jarro de leche para el cuarto. Con eso me basta.

(SUSANA va a hacer lo que le han dicho. Así se la ve entrar y salir de la cocina, para dirigirse con un jarro hacia el dormitorio de DON CANDIDO, de donde vuelve prestamente)

SUSANA. —

(Intentando cruzar hasta la cocina)

Está pronto, Tata.

D. CANDIDO. —

(Que le ha interceptado el paso)

¿Y usted, mi hija?

SUSANA. —

(Su voz tiembla)

No... me siento mal... ¿Sabe? Me siento en-, enferma.

D. CANDIDO. —

(Le coge las manos. Simulando sorpresa)

¿Enferma? ¿Pero si hace un rato estaba tan bien?

SUSANA. —

(Queriendo desasirse, y señalando el rebenque)

Si... enferma... desde que vi...

(No puede contener el llanto)

Parece que me voy a morir... me ahoga la vergüenza... el horror me corre un frío por la espalda y me crispa las manos...

D. CANDIDO. —

(Con enojo)

¡No quiere a su padre!

SUSANA. —

(Intentando convencerlo con la expresión humillada de su ternura filial)

¡No, Tata, no... Lo quiero, sí, mucho, muchísimo...

(Se arrodilla e intenta abrazar las piernas de su padre).

¡Me moriré aquí, a su lado, cuidándolo... ¡Pero así no...!

(Casi en un grito)

¡No!

D. CANDIDO. —

(Levantándola con un ademán en que se mezclan la ternura y una impaciente rudeza)

¡Levántese mi hija, no quiero verla así! ¿Quién le ha puesto esas cosas en la cabeza, diciéndole que está mal...?

SUSANA. — Nadie, nadie me lo ha dicho... pero todo se derrumba dentro de mí, y es como si una nube negra me hubiese barrido del alma, todos los sueños con que yo hacía feliz mi soledad. ¿Cómo tenerlos de nuevo?

D. CANDIDO. —

(Con creciente enojo)

A un extraño, a un desconocido cualquiera... entonces siempre tienen apuro. Fíjese en los animales del campo: ¿qué huellas del mal, hay en los tranquilos ojos del caballo? ¡Y lo hacen...! Sólo por que alguno ha venido a decírselo, usted ahora piensa...

SUSANA. —

(Con desesperación)

¡Yo no sé... no sé nada... sólo comprendo que va a caer sobre mí un fuego que quemará las cán-

didas mariposas de mi cuerpo! Será como usted dice... ¡Pero yo no puedo, Tata...!

(Su pregunta es un ruego)

¿Pueden los pajaritos del cielo dejar sus alas, y vivir en las cuevas de los zorros? ¿Los pescaditos del río, descansar donde duermen los lobos?

D. CANDIDO. —

(Tomándola de la mano, y arrastrándola hacia el cuarto. Apenas tiene que hacer esfuerzo, pues Susana, vencida de desesperanza, ha perdido toda voluntad de resistencia. Así entran en la pieza)

¡Venga! aquí hablaremos sin necesidad de que se enteren los peones.

SUSANA. —

(Ya va a hundirse en el rectángulo de luz que la puerta recuadra cuando de súbito, se desprende de su padre y con los brazos implorantes, grita hacia el patio.)

¡Paula! ¡Deshecho...! ¿Nadie me oye? ¡Matarán mi inocencia! ¿Qué desgracia más grande los conmoverá?

(Desde atrás de la puerta, el brazo de DON CANDIDO se extiende hasta que su mano ruda coge un hombro de SUSANA, y la obliga a entrar. SUSANA, todavía en el pequeño espacio que deja la puerta al irse cerrando.)

¡Ay...! Mi grito se ahoga, sin salir del patio...! ¿Donde están los que no me oyen? Mi boca grita el espanto de mi corazón...! ¡Oiganme!

(La puerta se ha cerrado y en la oscuridad que apenas hiere el rectángulo de luz de la cocina, sólo el silencio ha contestado al grito de desolación)

ESCENA SEPTIMA

(Al cerrarse la luz del cuarto, de nuevo las sombras se alargaron cubriendo el patio. Y como si en ellos aquellas se hubieran corporizado y adquirido voz, desde el galpón y la cocina avanzan PAULA y DESHECHO hasta encontrarse, uno en cada orilla, junto a la puerta por donde sale el rectángulo de luz roja.

(PAULA traerá en una mano la caldera y el mate; en la otra un pequeño banco, que recostará a la pared. EL DESHECHO trae el cigarro encendido. Se hablan mientras sorben el mate teniendo entre ellos la luz.)

PAULA. —

(Mientras alcanza el mate a EL DESHECHO)

¿Oiste?

(Se sientan)

DESHECHO. —

(Cogiendo el mate y sentándose)

Oí. ¿Qué iba a hacer?

PAULA. — ¡Pobrecita!

DESHECHO. — Sólo loco...

PAULA. — ¿Cuántas de estas cosas, estarán pasando?... Y vos mirás y oís caer la noche, y el silencio es tan grande, que parece que pudiera oírse hasta un suspiro. Mirá, en cambio, cuántos gritos estará ahorcando en sus ramas.

DESHECHO. — Mismo.

PAULA. — Y bueno... Siquiera ella no tendrá hijos...

DESHECHO. — Ya no tenía madre...

PAULA. — Una... que los tuvo y fué dejándolos por los galpones, a la orilla de los caminos... ¡Duro es que le maten los sueños de una... pero los hijos...!

DESHECHO. — ¿Tuvo muchos?

PAULA. — Yo no era más grande que Susana y, aunque me ves y no creas, una buena moza como ella. ¿Te acordás aquella estancia de azotea rosada, del otro lado del Infiernillo?

DESHECHO. — ¿La de los Qüicos?

PAULA. — Esa. Yo había ido pa muchacha de adentro. El hijo ya era un mozo. Bueno.... la cuestión fué que una noche lo vi entrar en mi cuarto, y me agarró así, como una cosa que estaba allí pa él. Te digo: en la oscuridad, yo me arrollaba de vergüenza... pero en la frente me bailaba como una lucesita alegre de esperanza. ¿Alguna vez él me lo habría adivinao en la mirada?

DESHECHO. — Hay hombres con olfato de perro.

PAULA. — Si... me había agarrao con la brutalidad con que vos agarrás una cosa cualquiera, ya digo. ¡Pero olía como no huelen los hombres de los galpones!

DESHECHO. — No conocen el sudor del trabajo.

PAULA. — Eso es. Con que a la mañana siguiente, yo esperé verlo solo en los patios, llena de alegría y de miedo. ¡Me iba a mirar con unos ojos parecidos a la voz de la noche!... Y me habló y me miró, pa pedirme el mate, como a una perra desconocida!

(Con sorda rabia)

Aquella era la realidad!

DESHECHO. — Pues claro.

PAULA. — ...Pero mal iba cayendo la nochecita, otra vez la esperanza me ponía aquella luz en la frente, y lo esperaba en mi catre, olvidada del día, y feliz.

(PAUSA)

Hasta que amaneció un día, que me sentí pesada...

DESHECHO. — Estaba visto.

PAULA. — ¡Qué vergüenza...! Me parecía que lo había traicionao... En mis entrañas de sirvienta, yo tenía un hijo de patrón; ¿comprendés? Mas, ¿qué culpa era la mía?

DESHECHO. — Seguro, que ninguna.

PAULA. — Sí, seguro... Pero aquel, ¿iba a ser un hijo de sirvienta o de dueño? ¿Podía ser de los dos? ¡Y era *mío*! ¿Y el padre?... Una noche, mientras les servía la cena, él y sus padres estaban mudos y preocupados. Me parecía que me miraban por abajo de las pestañas; y un peso me ahogaba el corazón, mientras me temblaban las manos.

DESHECHO. — ¿Se habían enterao?

PAULA. — Yo recién lo supe a la otra mañana, cuando estando solas en las casas, la madre me tiró al patio mis ropitas, y me echó al camino... Ya iba por el campo, y sus palabras bárbaras me seguían pegando en las espaldas, como piedras... ¿Comprendés?

DESHECHO. — Siempre pasa así. Tenía que saberlo.

PAULA. — No; eso hay que aprenderlo, siempre, una misma. Yo le había dao el alma, te lo garanto. Por que cuando una vive así, en la inocencia en que yo

vivía hasta aquella noche, siente que en cada pedacito del cuerpo le está temblando de alegría y de miedo, el alma misma. Y él me agarró como quien dice, pisoteando todo lo que yo me había figurao que fuese la vida en el momento en que se dá todo lo que se tiene. ¡Tanto había pensao, solita!: ¡qué alegría voy a sentir cuando entregue lo único y lo mejor que tengo... y la de él, cuando alargue los brazos, pa recibirme!

(Con encono contra su pasajera emoción)

Bueno; eso son bobadas.

(PAUSA)

Pero después, ¡las nochecitas que vi llegar, inquieta de esperanzas... y los días que pasé, humillada con la verdad de su trato! Y aún así pensaba que aquello era el amor; una cosa ácida y dulce. Ahí tenés.

DESHECHO. — Y es, más o menos... Digo yo...

PAULA. — Pero cuando me echaron, con el hijo de él en el vientre... ¿Comprendés bien, Deshecho?

DESHECHO. — Yo conocí a mi madre muy de gurisito. Me acuerdo verla sentada en una piedra de un camino; yo tirao a sus pies mirándola y ella con la cabeza cáida sobre el pecho. Y todavía el cielo pesándole sobre la cabeza... Después... me dió.

PAULA. — Así fueron los míos; también daos.

DESHECHO. —

(El fogón se ha ido cubriendo de ceniza, de tal modo, que apenas si ya proyecta luz sobre el patio)

¿Tuvo otros, a más de aquél, entonces?

PAULA. — Sí, que se yo! Los hombres me agarraban, o yo misma me daba... ¿Sabés?, buscaba algo que había perdido en la estancia de los Qüicos... Pero era al ñudo. Yo me daba hasta como con rabia, y nunca más el alma se me asomaba a los pedacitos de mi cuerpo; quedaba como más atrás, escondida. Y vinieron los hijos... ¿Qué iba a hacer con ellos? Los entregué pa que sufriesen en manos ajenas, por un pedazo de galleta, y una jerga en que tirarse.

DESHECHO. —

(Las últimas palabras han herido algo en su intimidad. Intentando desviar el diálogo)

Va a salir la luna.

(Desde entonces, y a medida que las palabras vayan desnudando a quellas dos almas, sobre sus figuras de sombras se irá acentuando un rayo de luna, hasta volverlos una dolorida realidad.)

PAULA. — ¿Sabés, Deshecho? Eso sí que es dolor. ¡No poder tener un hijo entre los brazos... Dejarlo, quién sabe adonde!

DESHECHO. — Uno piensa en la madre... ¿Por donde andará?

PAULA. — Ver en otras estancias castigar a los guritos, y el corazón se le encoge a una, pensando en los suyos. ¿También les pegarán así? Y es como si nos lastimasen el cuerpo, los golpes aquellos.

DESHECHO. — Cuando a uno lo han cruzao de un rebencazo, sin que lo quiera le viene a la boca el grito ¡madre mía!... ¿Pero pa qué, si ella no oye?

PAULA. — ¡Lo que pasarán, en esas noches de invierno, cuando llegan empapaos del campo, y no tienen un trapito pa cambiarse! Y a ocasiones una tiene una ropita caliente pa darles... ¿Pero dónde están?

DESHECHO. — Ya después que se es hombre, mismo hasta se olvidan los malos tratos que le han dao. Aquel gusto de sentir la libertá... Por que aunque sea en la miseria, ¿sabe?, la libertá es una cosa que hasta que uno no la tiene, no puede decir que es un hombre.

PAULA. — Ah, claro.

DESHECHO. — Pues si; se olvida uno de aquellos tratos. Pero le queda siempre adentro, como un montón de besos que ocasiones hasta parecen ahugarlo, si señor. Y piensa el cristiano: ¿Y nunca, nunca la podré encontrar pa dárselos? ¿Y ahora que estará viejita...?

PAULA. — Cuando ellos recién empiezan a llamarnos, ¡justo es cuando una los deja al costao del camino...!

(Con humilde gravedad)

¡Ahí está lo que una sabe, y no puede andar diciendo!

DESHECHO. —

(Como un eco)

Ahí está...

PAULA. —

(Con acento conmovido)

¿Vos Deshecho, aunque seas hombre y nunca la haigas visto, como la llamarías?

DESHECHO. —

(El escondido niño que hay en él, asoma a sus labios)

Madre...!

PAULA. —

(El más hondo amor está en sus labios)

¡Hijo mío...!

(La puerta del cuarto se ha abierto violentamente, y en su claridad ha asomado DON CANDIDO.)

D. CANDIDO. —

(Gritando con enojo)

¿Qué hacen ahí?

DESHECHO. —

(Por primera vez su voz es enérgica, aunque contenida, ante el patrón)

Prosiando un poco. ¿Tampoco esto, se puede?

D. CANDIDO. —

(En el mismo tono de antes, y al tiempo de cerrar la puerta.)

¡Apaguen ese fueguito... ¿Para que lo quieren? Y acuéstense a dormir.

TELON

A M A N E C E R

Sobre un ancho sendero que se abre paso desde el campo hasta el río, que se supone cercano, clarea una luz de luna llena que a izquierda y derecha da a los árboles del monte criollo, formas fantasmales.

Ninguna mano de hombre alineó aquellos mimbres, sauces, arrayanes y molles, que entre ellos luchan, torciendo sus troncos, alzando sus ramas, en busca de la porción de luz y de lluvia que las altas copas de los que a su lado han crecido, intentan quitarles. Sólo aquel sendero descendiendo desde la elevada barranca que oculta al río extendido al fondo de la escena, recuerda el ya lejano paso del hombre. Lo abrieron los monteadores sin aguardar la época propicia; y es así como, por la muerte de los árboles que sus hachas troncharon, quedó la ancha huella de su paso que húmedas gramillas cubren apenas.

Cuando los hombres llegaron hasta allí con sus hachas, sólo lo hicieron buscando los árboles más vigorosos, rectos y elevados, para abatirlos. Necesitaban horcones y cumbreras para sus techos, leña para el hogar. Por eso el camino que hicieron en el monte, ha-

ce apretados círculos, se abre de pronto, otras veces se pierde, y por fin, se ve ensancharse sobre el lomo de la barranca que cierra el ceñido paisaje, tan alto como las copas del primer plano.

Las sombras que se alargan sobre el suelo, trepan por los troncos, anuncian una luna ya bajando por la curva de un cielo de donde su plena luz ahuyentó a las estrellas.

La cercanía de la madrugada, así como tanta claridad lunar, han alijerado el sueño de los pájaros y leventado imprecisos y múltiples rumores bajo las copas a las que la brisa del día que va a llegar, mueve levemente.

ESCENA UNICA

DESHECHO. —

(Apareciendo con señales de evidente cansancio. De una mano pende el rebenque. Busca algo en que sentarse, un tronco seco, y al hallarlo se acomoda sobre él, mientras se quita el sombrero y enjuga el sudor de la frente.)

¡Aaah... ya no puedo más!

(Comienza a hacer un cigarro.)

Pero a este hombre, ¿quién lo hace volver?... Venir a dar en ésto...

(Enciende el cigarro. Aspira el humo y lo exhala lentamente, distraído en su pensamiento).

¡Con lo trabajador que era... y lo fuerte... ¡Pero amigo, fué hacerse de plata, y el hombre comenzó a aflojar... Y le dió por estas cosas.

(Después de quedarse un instante en silencio, expresa la duda que no pudo resolverse en su frente.)

¿Fué por que dejó de arar la tierra y trabajar como cualquier cristiano que le vino este vicio, o fué por que le vino que ya no trabajó más como un hombre?... ¡Vaya a saber!

(Pausa)

Pa mejor hasta se volvió un mísero. Y era un hombre de buena índole...!

D. CANDIDO. —

(Su voz llamando)

Deshecho... Deshecho ¿te has dormido?

DESHECHO. —

(Sin volver la cabeza)

Estoy aquí.

(Para sí mismo)

Bien podía dormirme un rato; ya llevamos dos días caminando al ñudo.

D. CANDIDO. —

(Asomando. Trae en la mano su rebenque de plata y sobre un hombro el poncho de verano. Ha perdido el aplomo con que se le viera en los patios de su casa. Pero apesar del cansancio que se advierte en toda su figura, una voluntad ardiente, hasta lo febril, lo mantiene de pié y alerta. Dirigiéndose hacia donde está su peón.)

¿No has visto nada? Yo he recorrido toda aquella parte del monte, y no hay ninguna huella.

DESHECHO. —

(No intenta disimular su desgano)

No; no vi nada.

D. CANDIDO. —

(Con la angustia en la voz y en los ojos)

¿Vos crees que se haya ahogado?

(Señalando hacia donde corre el río)

La laguna es muy honda y muy sucia.

DESHECHO. — Yo digo que se ha huído... como las otras.

D. CANDIDO. —

(Implorando a la realidad que el otro ha expresado, para que no destruya así su esperanza.)

No... ésta no, Deshecho! Yo la conozco bien; le he mirado adentro de los ojos; le he oído hasta los sueños... No, ésta no! Sé lo que te digo... Mirá: le he visto, he tenido su corazón como en la palma de la mano.

DESHECHO. —

(Imperturbable)

¿Quién agarra la llama, y la guarda en la mano? Se le ve el resplandor, se le siente el calorcito; se alza del tronco; pero en el aire baila y se escapa. El agua moja, y se queda empapando las cosas; la llama quema, y sigue libre en el aire.

D. CANDIDO. —

(Con reproche)

Vos no querés acompañarme a buscarla.

DESHECHO. —

(Se pone de pié lentamente)

Yo hago lo que usted manda. Pero creo lo que pienso.

D. CANDIDO. —

(Alejándose hacia el fondo. Gritando)

¡Susana... Susana... ¿Donde estás? ¿No oís que te llamo?

DESHECHO. — No grite Don Cándido. ¡Así es al ñudo! Si se le escapa, ¿va a venir por que la llame a los gritos?

D. CANDIDO. —

(Sin hacer caso de lo que acaban de decirle)

¡Susana... hija mía... volvé...! ¡Tené compasión de este viejo. Aunque sea ahora, estos últimos días que me quedan sobre la tierra, que no me faltés vos! Perdí a tu madre, a tu hermana, a la otra... No te escapés vos también, Susana...! Si estás aquí, por mucho que te escondas te buscaré la noche entera, y mañana y otro día...

(Desde lejos se oye un alargado silbido de llamada. Volviendo hacia el Deshecho; anhelante.)

¿Oíste? ¿De qué lado viene?

DESHECHO. —

(Escuchando hacia la distancia que señala)

Parece que de la llanura.

(De nuevo el silbido, más próximo y prolongado, repite sus ecos bajo las bóvedas de los árboles)

D. CANDIDO. —

¿Oís, oís?

(De nuevo gritando)

¡Susana... ¿Estás aquí? Decime, voy a buscarte...

UNA VOZ. —

(Desde la misma distancia, con igual acento de dolorido cansancio con que sonaba el silbido.)

Siga... siga... siiiga...

D. CANDIDO. —

(Detenido sobre el sendero)

¿Qué es esto, Deshecho? ¿Vos lo oís?

DESHECHO. — El puntero de una tropa que ha de ir por la llanura. Los hombres van aprovechando la fresca.

D. CANDIDO. —

(Sentándose en el tronco en que antes estuviera El Deshecho. Con gesto rendido de fatiga.)

Si tuviéramos un mate... ¡Estoy muy cansado!

DESHECHO. — Van dos días que no paramos. Los caballos ya no dan más.

D. CANDIDO. —

(Vencido por el desaliento.)

Vos has visto: Les he dado todo cuanto podían precisar; fuí mezquino conmigo y con ustedes; con ellas nunca. Cerré mis porteras con candado, y viví como si no hubiese más mundo que el de nuestros patios. Ya no trabajé más, ni me importé de nada, por rodearlas y cuidarlas... Y ¡ya ves¡.. hasta ésta tan tímida, tan tierna, cuando creí que iba a ser mía para siempre, ¡también escapa! ¿Qué cosa las llama así, para que me abandonen?

DESHECHO. —

(Con acento de piedad.)

Y... Don Cándido... cosas, mismo. La idea, digo yo.

(*Pausa*) Una vez, de gurí, agarré un pajarito que recién empezaba a volar. Con que lo tuve unos cuantos días, alimentando, acariciando, haciéndole nidito en mis manos. Y aconteció que una mañana, cuando ya lo creía acostumbrao a aquella suave prisión que eran mis manos, viéndolo tan arrolladito y como sin fuerzas, las abrí pa darle sol y acariciarlo.... Con que cuando acordé, alzó el vuelo y se me perdió de vista, tan libre como el aire...

(Con gesto resignado.)

Sí, no hay modo de guardar prisioneras ciertas cosas. La idea....

D. CANDIDO. —

(Vuelve a ponerse de pie. Su gesto adquiere de nuevo la tensión de un acecho esperanzado y angustioso. Después de un instante. Con la más sorda voz.)

¿Sentís? No te muevas... escuchá. Se acerca! ¿No sentís sus pasos?

(A medida que habla, su espíritu oscilará entre los términos de angustia de la esperanza y el temor de equivocarse.)

(Así va, pisando apenas, extendidos los brazos de uno a otro lado, según su oido crea percibir la dirección en que avanza el murmullo.)

¿Habla con alguno? ¿Vos no oís, Deshecho?

DESHECHO. —

(Su voz tiene la firmeza de la realidad.)

¿Quién se va a acercar, Don Cándido?

D. CANDIDO. —

(Con ira que tiembla en su apagada voz.)

¡No grites así, desgraciado! ¿Querés correrla?

DESHECHO. —

(Sin intimidarse.)

¿Pero no ve que es el ruído del viento en los árboles?

(Intentando convencerlo.)

Vamos, dejesé de buscar al ñudo. Mire como se va la noche; este es el viento de la luna que ya va a entrar.

D. CANDIDO. —

(Su razón se extravía por instantes. Así grita.)

¡Susana... Susana... ¿no me reconocés? Es mi voz que te llama! Aquí estamos, buscándote...

DESHECHO. — Yo no, usté la busca; yo estoy, como siempre, en mi trabajo.

D. CANDIDO. —

(Volviéndose, colérico.)

¡Vos no servís para nada, Desdehecho!

DESHECHO. — No sirvo, pa esto. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Ha perdido la cabeza, que ya ni reconoce la voz del viento, la forma de los árboles, el canto de los pájaros? ¡Siente un silbido en la noche, y ya se olvidó que es un hombre que va cruzando en su trabajo? ¿Dónde está usté, don Cándido, que ya no entiende estas voces? ¿No nació entre ellas, dígame..

D. CANDIDO. — ¡Callate, desgraciado! ¿Así, cómo la vamos a hallar? La que hay es que vos no querés seguirme....

DESHEHO. — ¿Pero no ve que estamos perdidos, que nos hemos extraviao dando vueltas en el mismo lugar?

D. CANDIDO. —

(Otra vez la esperanza pone angustia en su gesto y su voz. Extiende la mano hacia El Deshecho mandándole callar.)

A ver... ¿Sentís ahora? ¿No es un llanto?...

DESHECHO. — Es la viudita, que canta. Ya viene amaneciendo.

(Bondadoso.)

Sígame; yo conozco el rumbo, soy baqueano. Cuando quiera abrirse el día, estaremos ya en el camino.

D. CANDIDO. — *(Con dolorido reproche)*

¿No vé, no ve? ¡Así me pagás... con esta ingratitud. ¿Me dejás solo, entonces?

(Con violento enojo.)

¡Sos un descastado!

DESHECHO. —

(Enardecido por el insulto.)

¡Don Cándido!

D. CANDIDO. — *(En el mismo tono.)*

No podés negar que no conociste a tu gente...

DESHECHO. —

(Ha olvidado que allí hay un patrón y un peón. Sólo siente al hombre que hay en él y en el otro.)

¡Sí, llámele a mi madre, como quiera; la miseria, si gusta. Pero así mismo nos ha lastimao el cuerpo, mas no manchao el alma. ¿Y usté?

(Con asco.)

¿No ha manoseao lo más débil y delicao que tenía? Y aura grita.... ¡Susana, Susana! Le dió vida... la crió y cuando todos la veíamos tan linda, ¡esto!

D. CANDIDO. — ¡Todos son lo mismo!

DESHECHO. — ¡Todos! Tenemos los mismos ojos, cansaos de mirar tanta injusticia y miseria; las mismas manos, duras del trabajo; los mismos piés, curtidos de pisar tanta tierra...

D. CANDIDO. — Y la misma ingratitud, por qué no decís?

DESHECHO. — Y la misma boca callada, tantos años, pa no decir lo más fuerte que sentimos; por fidelidá de perro, no más.

(Amenazante.)

Si yo hablo....

D. CANDIDO. — *(Avanzando hacia él.)*

¡Deshecho!... ¿Te olvidás quien soy?

DESHECHO. —

(Imperturbable.)

Lo estoy viendo; un hombre como yo. De carne y güeso.

D. CANDIDO. —

(Reaccionando contra la injusticia de su propio enojo. Conciliador.)

Bueno, indio; ¿vamos a pelearnos, ahora, nosotros? Cuando más amigos tenemos que ser... Si no nos valemos uno al otro, ¿quién nos va a ayudar?

DESHECHO. —

(Con el acento de su vieja amistad por D. Cándido.)

Eso digo yo, pues.

(Intentando convencerlo para que lo siga.)

Vamos, Don Cándido. El trigo está maduro, y será güeno cortarlo. Y sobre el rastrojo, mismo, se puede plantar algo aprovechando el buen tiempo. Sígame.

D. CANDIDO. — *(Con sorpresa.)*

¿No ves que soy tu patrón?

DESHECHO. — Pero yo soy el baqueano y conozco el rumbo.

D. CANDIDO. — Pero Deshecho: ¿a qué ese apuro? Yo soy el que manda; y si no te apuro....

DESHECHO. — Sí; pero yo soy el que siembra. Y la planta no nace cuando usté manda, sinó a su tiempo. Después... tengo tierras nuevas que romper.

(Señalando la copa de los árboles en las que se va haciendo un rojo resplandor.)

Mire; ya está amaneciendo. ¿Vamos?

D. CANDIDO. —

(Con desolada amargura.)

¡Lo que hay, es que no querés seguir buscando!

DESHECHO. —

(Alejándose ya.)

¿Qué hacemos aquí?

D. CANDIDO. — Buscamos a Susana, Deshecho...

DESHECHO. — ¿Pero no ve que es al ñudo? Si usté mismo la perdió, ¿cómo va a volver? Usté todavía es fuerte, patrón... rumbiemos pa nuestra tierra.

D. CANDIDO. — ¡Te has empeñado en volver a la tierra.....

DESHECHO. — Pa empezar de nuevo.

(Se detiene. Confía en que el recuerdo vencerá a la obstinada voluntad infeliz de Don Cándido.)

Acuerdesé!... antes vivíamos como cantando! Usté y yo casi iguales...

D. CANDIDO. —

(Al tiempo que el otro hablaba, él se alejaba con pasos rápidos por la curva del sendero, y ya desde lo alto de la barranca, extendiendo un brazo hacia el rio, grita.)

¡Deshecho, Deshecho... vení, vamos juntos a buscarla!

(La alegría tiembla en su voz.)

¡Mirá, allá va... Le veo su vestido blanco, huyendo como garza por el pajonal. ¡Mi hija!...

DESHECHO. —

(Mirando en la dirección que el otro señala.)

¿Pero no vé que es la cerrazón que el amanecer está tendiendo sobre la tierra?

(Señalando en la dirección opuesta.)

Mire allí; ya la luz se está abriendo sobre los campos.

(Extrañado.)

¿No ha visto pasar eso, siempre igual, toda la vida?

D. CANDIDO. —

(A punto de lanzarse desde la barranca al río. En alto los brazos, con una dramática alegría en la voz.)

¡Susana... Susana! ¡No dispares, yo seguiré buscándote!...

DESHECHO. —

(Gritándole con piadosa angustia.)

¡Mire a sus pies... pierde la tierra... el río lo arrastrará!

D. CANDIDO. —

(El mundo ya no tiene voz que él pueda oir.)

¡Susana, Susana, huyes como una garza... ¡tan blanca!... pero yo te alcanzaré.

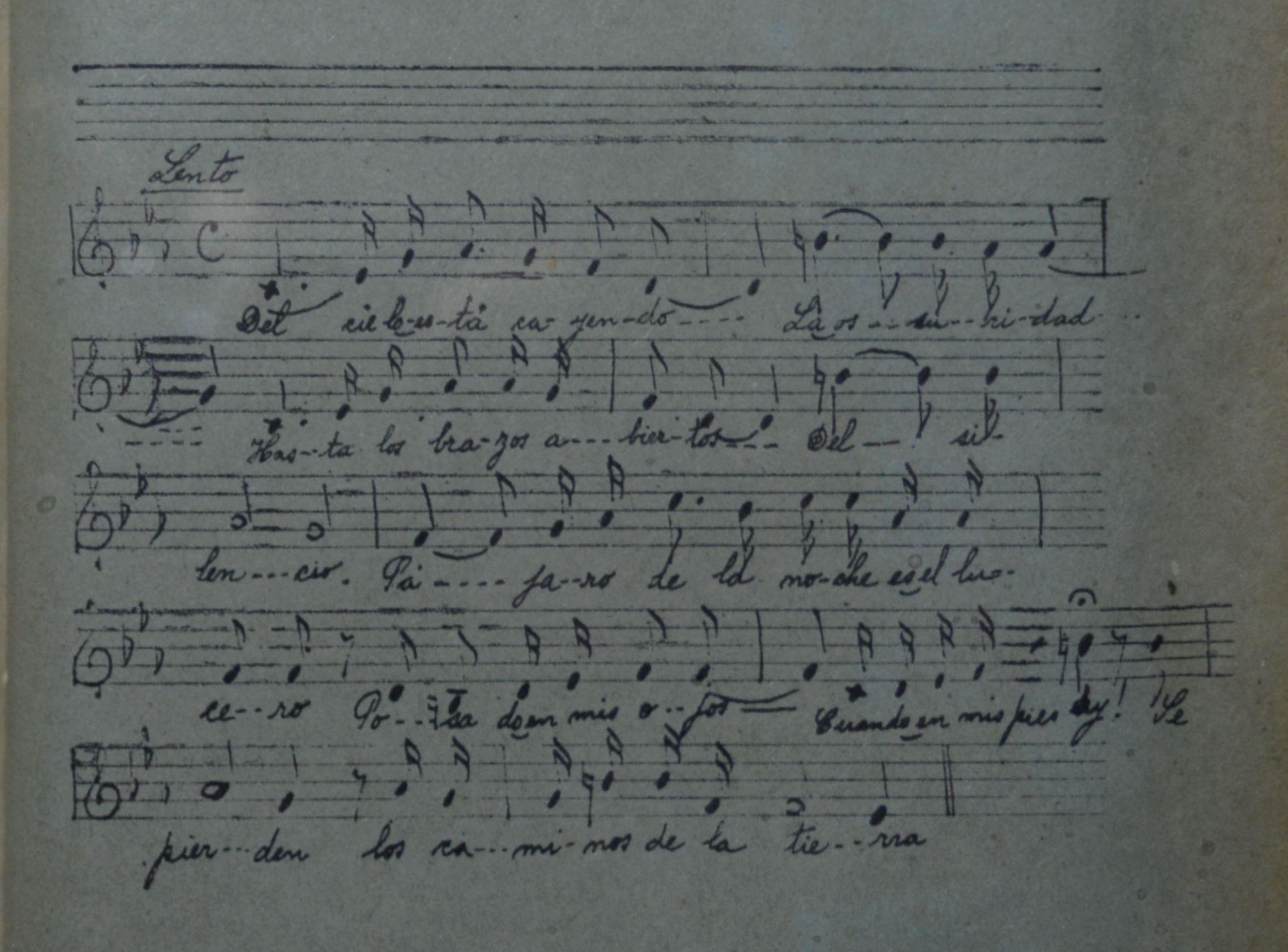
(El deshecho se vuelve de espaldas para no ver la desgracia de una caida que ya no puede evitar.)

(Sobre el sendero; en los ojos del peón, se aviva la luz nueva del día amaneciendo.)



TELON

MUSICA DE LA CANCION DEL ACTO SEGUNDO



Disculpa de este APENDICE

El público de Montevideo conoció el grosero atentado que contra la dignidad y libertad del pensamiento, pretendió cometer el gobierno dictatorial de Gabriel Terra y contra "EN UN RINCON DEL TACUARI".

Lo que acaso ignora, es el silencio que entonces hizo la prensa capitalista, dictatorial o no, de Montevideo, sobre este episodio del gobierno de unos hombres que traicionaron a la República y sojuzgaron entre nosotros a la Democracia.

El autor de la obra, reaccionó como debía ante el gobierno; pero se encontró desvalido de toda solidaridad de los periodistas de las grandes empresas que dicen, como él, luchar entre nosotros por la libertad.

No molestó su ánimo el grosero ataque enemigo, ni amenguó su ardiente esfuerzo de combatiente antifascista, la soledad cómplice en que le dejaron los amigos.

Porque para combatir a las fuerzas reaccionarias y antihumanas que aquéllos representan, es que él escribe y vive. Y porque la ausencia de solidaridad en defensa del pueblo, no duele a quien la padece, sino a quien la niega.

DISCULPA DE ESTE APENDICE

Sin embargo, hemos creído preciso — para la historia de las luchas por la libertad — dejar historiado este aleccionador episodio.

Ante el agravio en el hecho y el del silencio, se alzó la conciencia nacional, expresándose en las voces de solidaridad de lo más sufriente del pueblo y de lo más noble de su cultura. De estas voces, son las que se recogen en este APENDICE. Bien lamentamos no haber podido, por distracciones de la lucha, haber recogido a todas las que entonces se oyeran desde las trasmisoras de radio, desde los pequeños periódicos del interior del país, y desde las revistas literarias.

Desde estas tribunas desinteresadas del pensamiento libre, el autor sintió llegarle la auténtica voz del pueblo.

Y ello bastará para su limpio orgullo de luchador, si le hubiera faltado un solo instante, la serena convicción de que no deben dolerle, ni le duelen, las heridas de un combate por él buscado para el servicio de los oprimidos.

Lo que de bueno y de malo entonces se escribió de "EN UN RINCON DEL TACUARI", en este APENDICE queda registrado.

Cuatro campesinos cayeron, una mañana del verano del 35, destrozados por la metralla que sobre el campamento revolucionario arrojaron aviones del gobierno de Terra.

Fué a la orilla del río de florecidos espi-

nillos sombreando las grandes lagunas iluminadas.

Cuando se ha visto caer así a los campesinos muertos tan traidoramente, y se les ve vivir bajo explotaciones tan míseras, ¿cómo hemos de emplear la vida y el pensamiento, en cosa que nos distraiga de ese dolor y del deber de redimirlos?

Un destino ineludible, tiende tules de cerrazón a los que quiere perder. Tal fué lo que pensó y piensa el autor de "EN UN RINCON DEL TACUARI", de los que atacaron al pensamiento, con su hecho o su silencio.

Mientras tanto, el AMANECER ya se abre sobre los campos de esta joven América de nuestra esperanza.

De su luz, vencedora, son las voces que en este APENDICE se leerán.

LA DIRECCION

ATENEO DE MONTEVIDEO

La mesa directiva del Ateneo de Montevideo ha resuelto adherirse al homenaje de desagravio que le tributa la intelectualidad nacional al escritor Justino Zavala Muniz, expresándole su solidaridad frente a la inconsulta resolución que prohibió la representación de su obra "En un Rincón del Tacuarí" y la alta estima en que tiene su persona y su obra.

Firman: Drs. Eduardo Acevedo. Luis Giordano. Arturo J. Dubra.

A I A P E — Periódico

En el homenaje y desagravio que se realizó en el Ateneo el 19 de Junio, estuvieron presentes para asegurar al autor de "En un Rincón del Tacuarí" que la razón, la mo-

ral y la justicia están de su parte, el Ateneo de Montevideo, la AIAPE, la ETAP, la organización de Escritores del Interior, núcleos políticos y culturales de todas las tendencias. La poetisa Luisa Luisi y la doctora Clotilde Luisi de Podestá, representantes genuinas de una feminidad libre y esforzada, hablaron en nombre de los organizadores del homenaje y de la AIAPE, respectivamente. Carlos Delcioppo y Julio E. Suarez hicieron presente la adhesión de los Escritores del Interior, y de la ETAP. Se recibieron numerosos telegramas de los escritores y amigos dispersos en la campaña: sería imposible reseñar aquí las adhesiones recibidas. Transcribimos algunos párrafos de las más ignificativas. Hombres cuyo esfuerzo en el arte nacional abarca casi una vida, como Emilio Frugoni, Montiel Ballesteros, Emilio Oribe, Bernabé Michelena, Carlos Prevosti, Arzadum, testimoniaron idéntica adhesión que los jóvenes escritores y plásticos, unidos por el mismo espíritu de justicia y de amistad. Las palabras de Justino Zavala Muníz que cerraron el acto, hicieron sensible la emoción del instante y la alta conciencia de que fueron cumplidas mensajeras.

ARZARELLO, SOFIA

Siéndome imposible asistir a esta fiesta de solidaridad, pido se me tenga presente.

No tuve oportunidad de ver en escena "En un Rincón del Tacuarí", a cuyo autor debemos férvida gratitud por su vida de luchador y por su perdurable poema "La Cruz de los Caminos". El derecho a la tierra, causa sagrada de toda América, tiene en Zavala Muníz a uno de sus más dignos poetas.

Toda América no; que ahí está Méjico, donde Telémaco ya ganó la batalla. Esa batalla que en la obra de Justino Zavala Muníz vemos alumbrarse en potencia, aún, en sueños, que son actos. Batalla fallida, de los sueños de justicia en "La Cruz de los Caminos". Pero América los efectuará un día, victoriosamente.

Entonces, de éste poema será el romance épico donde el hombre libre de la América reconocerá el pasado tremendo; en la exactitud de los personajes, le será posible reconstruír a sus antepasados, la supervivencia de

un cruento drama secular que siendo historia parecerá leyenda. Y todos querrán ser descendientes de Telémaco, venir de él como el hijo de las venas del padre, porque no habrá herencia más honorable que la del blasón del pueblo, tener aunque sea un dedo de su madera de mártir.

AGRUPACION BATLLISTA AVANZAR

Este episodio, grotesco en su forma, pero brutal en su contenido, es una nueva etapa del retroceso civilizador, — en cuanto niega libertades y amplia y reparadora justicia a las masas humanas, — que se opera aceleradamente en el mundo. Como "En un Rincón del Tacuarí" muestra al desnudo un cuadro brutal de la realidad social, de miseria e impotencia, pero acusador, era preciso que las clases dominantes, cuyos vicios sobrepasan los más subidos tonos, sustrajeran del conocimiento público, calificando de pornográfica (que no es otro el sentido de la franja verde) lo que es una pura manifestación artística al servicio del pueblo.

BERTULLO JOSE L.

Grito de Solidaridad a Justino Zavala Muniz.

Desde aquí, nuestro grito de solidaridad, a Justino Zazala Muniz. Figura erguida de las letras americanas. Por el atropello, que viene de donde tenía que venir.

Su última obra, "En un Rincón del Tacuarí", solo resistió dos representaciones. Una disposición con sus cuatro herraduras — al decir del camarada Figueredo — levantó cartelera verde, velando por la moral de "ellos". No conocemos la obra, pero nos basta su procedencia. Creada por un valor de acrisolada honradez. Puestas sus energías y creación, al servicio de los oprimidos.

Nuestro grito, que no es solo. De todos los escritores y de los que sienten hermanados en la defena de la cultura. De todos los que luchan por días más claros para nuestro pueblo. Grito unánime, levantado junto a la cartelera verde. Grito que se extiende y se apodera de toda conciencia honrada, que sabe de la honradez de Zavala Muniz, como hombre y como escritor.

Grito que a sangre y fuego marca la época y el tamaño de la pequeñez de los fascistas criollos.

.. ..

Verdad sangrante, sin falsos tapujos, ni hojas de parra, tiene que ser ésta de "En un Rincón del Tacuarí", para haber desatado la ira de los mercachifles, al servicio de una moral en decadencia.

Solidaridad con Zavala Muniz, por su actitud valiente. Este nuestro grito; estas, nuestras palabras de solidaridad, frente al brutal atropello caído en una figura ejemplar y recia de la literatura contemporánea.

DEL CHIOPPO ATAHUALPA

.. ..

Antes dijimos que el narrador se interfería con el autor teatral. Pero cuando sustraído al relato Zavala planta un hecho en escena, lo hace con una gravedad dramática erizante, de intensa plasticidad, con esa fatalidad aulladora e ineludible que se cernía sobre algunos personajes de la tragedia antigua. No podremos olvidar facilmente el segundo acto, logrado, como antes dijimos, hasta el momento en que el viejo Cándido arrastra implacablemente a su última hija, en quien va a cumplirse, como en las otras hermanas, el destino fatal de su inmolación. Y esta inmolación brutal espantó a muchas gentes, gentes de esas que no toleran la infamia ni la injusticia sobre la escena, pero que permanecen indiferentes ante esas mismas injusticias cuando las consagra la vida. Zavala Muniz, escritor honrado, no podía escamotear la verdad ni darle soluciones de falso pudor al asunto. Sus personajes al llegar a cierta altura, a medida que se intensificaba el "crescendo" de la acción, fueron perdiendo su apariencia específica de pobres seres, para estructurarse genéricamente en pueblos dominadores y bárbaros unos, y otros en pueblos acorralados por el crimen y la destrucción: ya Don Cándido no es Don Cándido, sino la expresión brutal de los estados agresores cuyo pueblo es sojuzgado por la mano prepotente del amo y señor que lo levanta en vilo para convertir en juguete de determinados intereses, y del instinto jamás ahitado de poseer para destruir. Ni la tierna muchacha, su hija, es ya su

hija, sino aquellas tristes y heroicas colectividades: China, España, Etiopía inmoladas ante la conciencia de brazos cruzados, en este caso el Deshecho y Paula, que ya no son Paula ni Deshecho sino aquellas grandes democracias cuyo proceder dubitativo las convierte en cómplices de los verdugos.

Pero ciertas personas no toleran que el teatro tenga una salida hacia la vida ni hacia la verdad. Ellas son sordas de alma para la injusticia y el crimen. ¿Cómo va el teatro a recordarles eso que lograron olvidar en la realidad? Sin embargo no debieran desaprovechar esa única oportunidad que les ofrece el buen teatro de dignificarse sufriendo y de sentirse llamadas por la solidaridad.

Hubo también quien halló inadecuada la calidad lírica con que Zavala hace hablar sus personajes. Y bien; son esos mismos que cuando el autor le da la realidad del aunto, no la quieren aceptar, y cuando esa realidad es enaltecida por un tono de "arte mayor", cuando por medio de su arte el autor dota a los personajes de lo que la vida niega generalmente a ciertos seres: la calidad expresiva, entonces sí le exigen realidad. Es decir le exigen vulgaridad. Porque quienes así dicen yerran una vez más. Están condenados a que la realidad se les escape siempre: en este caso la realidad estética latente en el fondo de toda alma.

.. ..

Y para culminar, la autoridad que discierne sobre la moral en el arte no sabemos con que ejecutoria, cruzó de verde esta obra. Ello hubiera bastado para que el espectáculo hubiese obtenido grandes ganancias, beneficiándose el autor económicamente. Media ciudad se hubiera volcado para presenciar lo que de prohibido le adjudicaban a la pieza. Entonces Zavala Muniz, que con su obra había ya demostrado hasta dónde puede llegar la injusticia, retirándola del cartel demostró hasta dónde puede llegar la moral.

Se ha pretendido detener la voz de un creador que nos retrotrae a la gran época de nuestro teatro, aquel de Sánchez que entrañaba una crítica de la injusticia social. Creemos percibir en Zavala aquel sentido, la línea de aquella ilustre trayectoria, con las variantes que han sufrido los problemas tanto en lo social como en lo estético.

Lo injusto y desconsolador es que se haya pretendido desautorizar a un autor que intenta revitalizar nuestra producción escénica, dándonos un teatro que nos nos hurta la vida sino por el contrario nos la pone delante con todo su patetismo, como un llamado a las conciencias o como un espejo de angustia que refleja el drama de nuestro tiempo.

"Acción"

Dante M.

Tampoco es a usted a quién voy a exponer la belleza, la inquietud, el anhelo propulsor de su pensamiento tajante y luminoso, de su valentía, tan infrecuente en la hora contemporánea del teatro, y que en ella se desborda con plenitud, y sin llegar a rozar el suelo, donde los parias arrastran su miseria y el dolor de su injusticia, vuelve a las alturas trazando un arco de luz. No es a Ud., le decía, a quien debo exponer el contenido que plantea ni las sugerencias que emanan de ella, ni serán mis palabras un motivo de halago para usted. Es afuera, frente a la incomprensión caprichosa o torpe, que, no gustándome como "La Cruz de los Caminos", la defiendo más, mucho más, por su entereza, por su médula, que deja en el corazón un sabor de amargura, y un resplandor de protesta en el espíritu.

EL PLATA

El hondo drama que presenta Zavala Muniz.

Es evidente el intento del señor Justino Zavala Muniz en su nueva comedia "En un Rincón del Tacuarí", de utilizar sus personajes, extraídos allá de la lejanía de los campos, para planteamiento de un hondo problema social. Aquellas figuras que se mueven en la escena y que se mantienen dentro de los limitados contornos que ofrece el patio de la vieja estancia, no se agitan para exhibirnos tan solo un episodio desgarrador, cruel y desagradable que tortura el espíritu, ni para demostrarnos, por cierto, la posibilidad de la existencia de un caso freudiano más, agravado por la enrarecida atmósfera donde se desarrolla

y por un sentido de la propiedad y de la posesión que se manifiesta en Don Cándido, — considerado con derecho a disponer de las cosas, de las vidas y hasta de las más íntimas ilusiones que lo rodean — en forma que no reconoce cortapisa ni límite que no pueda sobrepasar. El autor ha aspirado a algo distinto: ha pretendido que sus figuras fueran adquiriendo al través del desarrollo de su tragedia un carácter simbólico que las apartara de la realidad cruelmente objetiva que se presencia, para encaminarlas por el terreno de las sugestiones y alentarlas entonces con un soplo de protesta enérgica y de reivindicacion generosa. He querido exhibir las injusticias de una sociedad, a su juicio, corrompida, que marcha, como el Don Cándido de "En un Rincón del Tacuarí" hacia el desmoronamiento a que lo conducen sus propias miserias. Tal es el pensamiento básico y fundamental de la tragedia que acaba de estrenar el señor Justino Zavala Muniz, que tuvo, para expandirse, que perder contacto con la realidad limitada que le ofreciera el marco estrecho del patio de la estancia donde actúan sus personajes.

¿Logró el señor Zavala Muniz reflejar sobre su obra la total grandeza que se propusiera? Tal vez el acierto quedó en parte frustrado o disminuído, por el tono de los medios de expresión adoptados en algunos pasajes y como consecuencia también de una interpretación que le restó elementos para que su pensamiento surgiera con toda la claridad indispensable como para que el espectador captara integralmente la finalidad orientadora de la tragedia. Hay situaciones donde la potencialidad dramática, la hondura del significado del episodio que se presencia, excluyen la posibilidad adecuada de toda literatura que, a pesar de la belleza que encierre, atenúa, por lo que pueda distraer, el sentido de dolor, de desgarramiento, de sublevante desesperanza que acaba de provocarse. Domina tanto el pensamiento, es tan amplio el horizonte de sugerencias que se crea, que las palabras, por bellas que sean, incomodan...

Y ese exceso de frases hermosas oscurecen en cierto modo el pensamiento que, cuando menos, se posterga a

un plano secundario, en instantes en que para su claridad absoluta, para su percepción integral, sería menester liberarlo de toda interferencia.

Los personajes de Zavala Muniz en "En un Rincón del Tacuarí" no tienen, en su mayoría, una luz exterior viva, pero sí, en cambio, una vida interior que es la que resulta necesario desentrañar...

. . . .

"En un Rincón del Tacuarí" es la obra de un escritor de pensamiento, que se ha visto obligado, al desarrollarlo, a afrontar situaciones de una cruda rudeza, desacostumbrada dentro de las expresiones del teatro contemporáneo, y agotar a la vez la amargura desgarradora de un drama, donde las almas aparecen como pisoteadas en el sometimiento a un destino cruel e injusto.

TOP.

"EL BIEN PUBLICO"

"En un Rincón del Tacuarí" — El estreno de anoche

Justino Zavala Muniz volvió anoche a presentar una nueva muestra de esa su actividad literaria orientada hacia la escena, que comenzara con "La Cruz de los Caminos".

Esta nueva producción, "En un Rincón del Tacuarí", vuelve a revelar en el intelectual compatriota una preocupación por exponer problemas que atañen fundamentalmente a nuestra campaña, desde un ángulo social.

A primera vista parecería que "En el Rincón del Tacuarí" no tuviera este enfoque, puesto que el protagonista y quienes lo rodean actúan desde el principio hasta el fin en un plano determinado de la actividad del sexo. Pero — y esto salva, en lo primordial la obra — toda la acción que expone el pavoroso problema del incesto en nuestra campaña, posee, a nuestro entender, una clara y definida impronta de la inquietud por la triste situación de nuestro hombre de campo, de nuestra familia campesina.

DISCULPA DE ESTE APENDICE

. . . .

Es ese el problema que Justino Zavala Muniz debió abordar con su capacidad y con sus condiciones literarias. El del incesto que plantea en su obra, no posee el alarmante rasgo de generalidad del otro. Tiene, en cambio, la escabrosidad inherente al propio tema. Y si "En un Rincón del Tacuarí" no es solamente escabrosa sino algo más, se debe, indudablemente a esa sana intención que ha guiado al autor; como así mismo al cuidado que ha tenido de ofrecer una escenificación que no atentara contra la moral y el buen gusto artístico. Pero, a pesar de todo, no alcanza, como es natural a escapar de esa natural y lógica escabrosidad.

Además, pudo Zavala Muniz exponer en el desventurado padre esa morbosidad sexual repugnante, pero entonces no esa permanente exhibición del morbo, sino mezclado con una natural complejidad de factores psicológicos — alterados o no — que por fuerza tiene todo ser humano. Es difícil imaginar, en efecto, en la realidad de la vida a un ser que únicamente sea eso: un incestuoso.

Su rasgo patológico mézclase necesariamente con otros. Y éstos a lo menos algunos, debieron hacerse presente en la figura miserable de don Cándido.

Paula, la desgraciada mujer de nuestra campaña, que de estancia en estancia va arrastrando su triste destino (por aquello que acabamos de decir, de la casi imposibilidad en que se halla nuestro paisano de organizar una familia), es, ella, sí: la viviente realidad de la situación social que Zavala Muniz pudo haber enfilado con decisión.

En tres actos se desenvuelve esa "crónica campesina", como la llama su autor. El primero, merecería más la calificación de "prólogo" que de "acto". Todos los personajes no hacen sino una cosa: contar. Cada uno le va exponiendo al expectador todo lo que sabe del asunto. Y eso no es precisamente un acierto de técnica teatral. El segundo más vigoroso y con mejores valores, alcanza por momentes un hondo dramatismo, bien logrado merced no sólo a la fuerza expresiva de Susana, personaje acertadamente logrado, sino también a la elocuente plasticidad de la escena, muy bien decorada y jugada en sus efectos luminosos. El último acto, breve debió vibrar más fuertemente. No fué así, sin embargo.

Fueera de algún valor simbólico, bien hallado, el resto es un tanto débil y carente del color que impone el momento.

EL DIARIO. Montevideo

Sólo con franja verde podrá representarse "En un Rincón del Tacuarí". — Una disposición que sanciona la producción estrenada anoche en el Solís—

En nuestra crónica teatral damos cuenta del estreno de la obra de Justino Zavala Muniz "En un Rincón del Tacuarí" estrenada anoche en el Teatro Solís. Como podrá apreciarse por dicho comentario, se trata de una obra que merece serias reservas por el espíritu que la ha inspirado y por la enfermiza y abyecta inspiración de su protagonista.

La Intendencia Municipal en la tarde de hoy, coincidiendo absolutamente con nuestro juicio, ha resuelto que dicha obra sólo podrá representarse con franja verde, es decir, advirtiendo que no se trata de un espectáculo recomendable y del cual deben abtenerse de concurrir las señoras y señoritas en nombre de una moral elemental.

El autor de la obra, ante esta sanción moral de las autoridades municipales, ha resuelto retirarla, representándose esta noche por última vez.

EL HERALDO

La Franja Verde

El municipio de Montevideo ha calificado de pornográfica la última obra teatral de Zavala Muníz. No conocemos "En un Rincón del Tacuarí" pero sabemos de la jerarquía intelectual del insigne autor de "La Cruz de los Caminos", algo conocemos de la historia del arte, y, sobretodo, no ignoramos los puntos que en la materia calza la gente de Dagnino . . .

Y de todo ello inferimos lo que va a divertir a la gente, en un porvenir cercano, esa hoja de parra que la pudibundez dagninista ha pretendido ponerle a la obra de nuestro insigne compatriota.

EL PUEBLO de Santa Lucía

. . . .

Zavala Muniz habló con conceptos profundos, plenos de belleza. Y no era un vencido el que hablaba...

Y dijo una amarga verdad: No le extrañaba lo de la franja verde, porque los que la aplicaron han sido y son sus enemigos. Le extraña el silencio, el entregamiento de esa gran prensa frente al inícuo despojo de que había sido víctima, nada más que porque era un hombre de la oposición.

Se han callado las páginas políticas de la gran prensa y se han callado también a excepción del crítico de "El Día", muchos críticos teatrales — autores algunos también — que por un deber de solidaridad debieran defender, no a Zavala Muniz un Hombre que sabe defenderse solo, sino a su obra, a ese grito de rebeldía y de dolor de la hija mancillada, que bien puede ser, una nación o un continente, en vez de una mujer, — y ahí está el verdadero sentido social del drama — como han sabido defenderlo Basso Maglio, González Pacheco, Frugoni, Caporale Scelta y otros pocos artistas e intelectuales.

EL DEBATE

"En un Rincón de Tacuarí" de Zavala Muniz, anoche en Solís

"En un Rincón del Tacuarí", de Justino Zavala Muniz, estrenada anoche en Solís ante una gran espectativa, nos hizo recordar la "Anfissa" de Andreief. En la obra de este famoso escritor ruso hay un personaje, el esposo de Anfissa, que es todo un pervertido: no respeta el parentesco. Y en la nueva pieza del señor Zavala Muniz, al revés, hay un padre degenerado que es el violador de sus propias hijas. Sólo que mientras Andreief no hace alarde de presentarnos a su protagonista como un ser fatal, sino degenerado, el señor Zavala Muniz nos quiere exhibir a su don Cándido como un hombre desdichado sobre quien se ensaña la fatalidad. Y eso no puede ser. El protagonista de "En un Rincón del Tacuarí" es, para nosotros, un ser repugnante, degenerado hasta la médula, digno de la cárcel o más digno de una clínica médica.

Menos mal que al final, en el tercer acto, atenaceado por el remordimiento, se mata y se hace justicia por sí mismo. Se ve que el señor Zavala Muniz ha querido revivir la tragedia antigua con que los griegos clásicos ponían a la fatalidad como protagonista. Ese don Cándido no es

como Edipo que, sin saberlo, se une con una mujer de su propia sangre, no es como Fedra que ignorándolo, se da a un ser que lleva sus mismas entrañas. No, el don Cándido; concientemente y a sabiendas, marchita la inocencia de sus propias hijas, tres nuevas "malqueridas". Y don Cándido, al final del primer acto, igual que Edipo, maldice la fatalidad infame que pesa sobre él . . . ¿Fatalidad? No, degeneración. Por eso "En un Rincón del Tacuarí" resulta obra un poco descarnada, de especial manera el final del segundo acto que es la exhibición velada de un estupro. El lenguaje de "En un Rincón del Tacuarí" es muy florido, a veces poético y siempre elegante, acusando la presencia de un escritor virtuoso, pero ese lenguaje no es natural a las escenas: dijérase que es el lenguaje florido del autor puesto en boca de personajes rústicos y en un ambiente campero inadecuado al tono elevado y literario de la obra. Pieza que pretende repetimos, sin conseguirlo, reunir la tragedia antigua resulta asaz conversada, abusando las palabras y escaseando la acción, que a veces es lenta.

FRUGONI EMILIO

Mayo 25 de 1938.

Sr. Justino Zavala Muniz

Mi estimado amigo:

Anoche oí por radio — pues no puedo concurrir desde hace tiempo a las funciones teatrales — su formidable drama.| Aún sin la colaboración de la impresión visual, sin tener el espíritu agrarrado por el marco — que cierra y abre perspectivas — de los escenarios, sino frente a frente con la sola y pura angustia de la palabra separada del gesto, como aquella llama suelta de que habla uno de sus personajes, la emoción honda y ruda de la tragedia antigua golpeó las sienes y me estrujó el corazón ¡Qué fuerza elemental y caudalosa contiene ese conflicto de instintos y de almas que pudo no haber sido más que un repugnante cuadro de miserias humanas y en cambio se vuelve en sus manos una llaga de luz que alumbra cavernas morales y abismos sociales con relámpagos de poesía y estremecimientos de angustia! El episodio lamentable y real es allí tan solo el tronco rudo y retorcido de un enorme ár-

bol de arte cuya sombra abarca horizontes, pues el sentido profundo del drama se extiende desde el rincón del Tacuarí a todos los rincones del mundo, llevado por las alas del símbolo.

Pero nada vale tanto en su obra como la significación de desgarrada autenticidad humana que palpita en esos seres lineales cogidos por el embate de dos corrientes: la de la barbarie, donde la naturaleza hace del hombre un bruto, y la de la civilización, que castiga y anonada a quienes se lanzan ciegos a la libertad de sus impulsos. En este trozo de nuestros campos Vd. ha resucitado el terror de la tragedia griega, con sus incestos fatales; pero con un sentido de crudeza, mejor, de crueldad contemporánea al que no es tampoco ajeno el imperio de la Fatalidad, latente en las olas oscuras del instinto y la perversión.

Le agradezco, pues, ese sacudimiento espiritual que eleva nuestro teatro a alturas hasta hoy no tocadas. Y lo felicito, naturalmente, sintiendo acrecido el sentimiento de admiración que ya me había inspirado toda su obra de novelista y dramaturgo. Es para mí una satisfacción muy grande y un deber al mismo tiempo, expresárselo a quién como Vd. está, por la pureza de su vida política y por las inquietudes de su conciencia de hombre público, tal altamente colocado en mi estima y tan cerca de mi espíritu.

Quiero así mismo manifestarle que me ha sorprendido la interpertación que la compañía Camiña-Palitos ha hecho de su drama. Ya sabe Vd. que sólo he podido juzgarle en sus valores fonéticos, digámoslo así. Acaso, tratándose de actores nacionales, esa sea la manera de juzgarlos más peligrosa para ellos. Los he hallado notables. Camiña, con su dicción de viejo paisano llena de naturalidad y aplomo, comunicaba una impresión de vida real cuyo dramatismo era perfecto. Es un amigo a quién sigo siempre con interés en sus andanzas artísticas y cuyos triunfos me hacen feliz. El de su creación en el papel de don Cándido es de las que no se discuten. Muy bien dichas, admirablemente dichas en algunos pasajes, las partes de las atrices. ¿Cómo narrar mejor el sueño de Susana, cuya intención trascendente y cuya belleza formal me entusiasmaron?

GONZALEZ PACHECO RODOLFO

¡Ganaremos!

Quizás convenga decir— y, por lo pronto, me conviene a mí— a que he venido a Montevideo. Me sabría mal que creyeran que es por turismo. Por bella que sea vuestra ciudad, la hora del mundo es tan grave que distraer la mirada acariciando paisajes es inconciencia o sarcasmo. Y si lo exterior no puede ganar la vida de quien sabe que ello no es más que un reflejo de lo interior, su distensión o su voz, tampoco puede ganármela un sentimiento que, por muy noble que sea es, en estos momentos de tanto rencor y angustia, también un lujo. Hablo de la amistad que me une a Zavala Muníz, escritor magnífico. Ni por recrearme afuera, ni por remansarme adentro, estoy aquí. Todo eso es bueno y sagrado: pero hay algo más urgente: la pelea. La batalla que yo sabía que iba a ser, o a desatar, el estreno de su obra "En un Rincón del Tacuarí".

Estoy aquí por El Deshecho y por Paula. Elos son el panorama del mundo. Ahora y antes; los amigos que yo vine a ver y a oir. Es en sus corazones que yo quería remecerme, como una piedra en una honda; en su humildad que yo quería recostar, como en el padre y la madre, mi pensamiento cansado. De ellos quería extraer lo que he extraído: fuerza e impulso para volver otra vez fresco a la vida, con más razón de pelear que siempre y que nunca.

Cuanto a la "franja verde", yo lo sabía; sino en el concreto mismo de un color sobre un programa, en el disgusto que tenía que suscitar en los que viven para ofender y humillar a las Paulas y Deshechos. Verdes, como aguas paradas, los Don Cándidos de aquí, iguales a los de allá y todas partes, tenían que removerse en sus fondos, verdes sus bilis. Yo lo sabía.

Es la contienda en que estamos los que queremos que hablen la verdad y la justicia, y los que no quieren que hablen, o hablen bajo una mordaza. Y lo que pasó se sabe: el revelador de estos dos amigos nuestros no permitió que se ciñera a sus bocas la coyunda que ya les ciñe las almas. Y los sacó del escenario a la calle, de la ficción a la vida; del papel de intérpretes, que ha-

cían sobre las tablas, a hombres y mujeres que son ahora en nosotros. Sí. No es literatura ni desproporción: o somos Deshecho y Paula, protestas de carne y hueso, o somos todos, aún los castos y las vírgenes, unos monstruosos Don Cándido. Esta es la diyuntiva en que nos ha puesto Zavala Muníz con su obra.

Sé, o creo saber, algo también de teatralerías; pero siento que no es ahora el momento de la contemplación o la exágesis. Como no es de la amistad o el paisaje. ¿Quien se para a ver pañales, su riqueza o su miseria cuando ríe o llora un niño...? Ve éste, o no ve nada. Con las plantas en la tierra, pasa igual. Vemos su tronco o su copa, sus flores o sus espinas; su vida abierta o vibrante de poderío o de gracia. Es lo que yo he visto en "En un Rincón del Tacuarí". Una verdad poderosa, al punto de hacer trivial toda otra meditación.

Por otra parte, toda la grandeza es así: inhibitoria de pequeñeces estéticas o sociales, moralistas o escolásticas. Todo eso es tiempo, ayer u hoy, y las creaciones verdaderas son espacio, el mundo y siempre.

Obra grande. Es cuanto puedo decir del compañero Zavala Muníz. Cuando nos dió la alegría de su lectura, pensamos:—?Cómo... Y este hombre — notad que no digo este escritor ni este amigo — este hombre va a atropellar a los Don Cándidos de la otra banda, y nosotros, viejos atropelladores, no hemos de ir a mirar y oír, si el caso llega, ponernos a su lado?.

No podía ser. Y no fué. Podrán inhibirnos todo: panoramas y amistades, arte y amor; pero la contemplación o complicación, en las peleas por la justicia, nó!

Y por eso y para eso, saltamos de orilla a orilla. Por El Deshecho y por Paula. Por su humildad ofendida y su redención, que nos angustia la sangre, como a los creyentes les angustia Dios.

Lo demás, censura o franja, qué vale?... son arneros contra el sol, mordiscos al viento, línea en el aire. La vida, la luz, la corriente es de estos. Ganarán espacio y tiempo contra toda oposición oficiosa u oficial, contra todos los Don Cándidos. ¡Ganaremos!.

DISCULPA DE ESTE APENDICE

GUIBOURG, EDMUNDO

Calle Corrientes — "Crítica". Buenos Aires.
Moral de arriba

En Montevideo las autoriades pretendieron obligar a una compañía criolla a que anunciase como no conveniente para menores y para familias la obra que acababa de estrenar y el autor prefirió retirarla del cartel, no obstante la acogida calurosa que había recibido.

El autor es Justino Zavala Muníz, el nobilísimo dramaturgo de "La Cruz de los Caminos", y a nadie podrá sorprender que un intelectual y un artista de su envergadura renuncie a un éxito antes de aparecer como quien lo buscase mediante recursos pornográficos.

....

....

Y da la circunstancia más que significativa que a Justino Zavala Muniz se le tiene, no sin razón, por un enemigo del régimen reaccionario instalado en el país vecino; enemigo peligroso como militante y como escritor. — Creyóse naturalmente que tratando de vulnerar al escritor en su prestigio, se disminuía al enemigo; lo que no deja de ser torpe ilusión frente a la solidez de la reputación. Y se pensó sobre todo en dañarlo de cualquier manera, aplicando una intolerancia más que arbitraria, que la simple fuerza autoriza, sin recapacitar, por cierto, en el acrecentamiento de popularidad que van a procurarle con el desmán.

Zavala Muniz, en su calidad de poeta reclama el derecho a la libertad de expresión; las crudezas que puedan contenerse "En un Rincón del Tacuarí" van en la cuenta de los privilegios naturales que, en este caso, vienen a chocar con una forzada pudibundez no ya al eterno tartufismo de nuestras sociedades mojigatas, sino la fingida austeridad de gente de cuartel y comité, doblada de cerril incomprensión.

Es curioso verificar que en otro país, desde donde se ofrece al mundo el ejemplo del desconcepto de todo sentido de la libertad, el gobierno coloca en el index a un famoso dramaturgo, Sem Benelli, mientras la prensa sumisa al régimen que no soporta oposición, solicita con ser-

vil elocuencia que se investiguen a fondo las opiniones políticas de ese autor, harto sospechoso de antifascismo y por lo tanto merecedor de la prisión o la deportación.

. . . .

Cuando la tiranía esgrime la moral, no ataca ni por asomo a los infames explotadores de la crapulosidad; hiere a los artistas.

. . . .

Atengámonos a consignar opiniones de quienes han visto y oído "En un Rincón del Tacuarí" y hablan de esa obra con limpidez de criterio y con autoridad moral, intelectual y artística, si deseamos comprender en su magnitud el atropello de que acaba de ser víctima un escritor cuyos prestigios honran al Uruguay.

. . . .

Se sabe con qué decoro el dramaturgo de "La Cruz de los Caminos" se negó a aceptar la mancilla que contra su nueva obra quería imponer el gobierno, al obligar la franja verde que significa allí que un espectáculo no es apto para familias.

La franja verde es un recurso que ciertas compañías usan y otras reclaman a veces para salvar sus finanzas mediante el incentivo de lo psicalíptico. No ignorando la rectitud y la austeridad a toda prueba de un artista prístino como Justino Zavala Muniz, el gobierno del Uruguay quiso aplicarle un sambenito difamatorio. ¿Cómo no se recapacitó en que un escritor de esa calidad, que sabe vivir en la más severa pobreza, no podía aceptar dinero de boletería que le llegase a título indigno? Zavala Muniz retiró de inmediato "En un Rincón del Tacuarí"; frustrando las renovadas esperanzas de los empresarios y la resonancia de su reacción frente al estúpido desmán ha cubierto de ridículo a un gobierno de fuerza. Y se ha puesto en evidencia que por parte de éste sólo se trataba de enlodar a un temible enemigo de la dictadura.

El baldón se vuelve contra quienes pretendieron arrojarlo.

4 **GIORDANO, LUIS** 4

Quiero expresarles, por ésta, mi adhesión entusiasta a este homenaje o desagravio, haciendo votos porque se tra-

te de llevar a cabo un acto de gran extensión, en el que se signifique el valor artístico de "En un Rincón del Tacuarí" — a fin de determinar en el público un movimiento de interés sobre los verdaderos valores de esa obra. Obra que caída en un medio indiferente y hostil, falto de comprensión y mojigato, ha tenido el alto destino de merecer la condenación de la crítica hipócrita y farisaica.

J E S U A L D O

. . . .

Algunos se asustan de que se maten en frío en algún punto de la tierra a determinadas personas. Pero no permiten que se denuncie la muerte continua del hombre mismo de cada uno, que se esté vaciando de luz a los cerebros, que se esté ahogando en la miseria humana diaria a todas las criaturas que al fin terminan siendo esos fantasmas, "sombras de mujeres", "cuerpos de hombres"... que pretenden hasta manejar nuestros destinos. El drama subsistirá, mientras la muerte del hombre se realice matando su espíritu, su esencia misma, su raíz misma. Porque este burguesismo, feudalista, imperialismo, absorcionismo, porque este Don Cándido, es y será mientras exista, el perfecto verdugo de la criatura humana. Porque el hipocritismo tiene en él su figura y transfigura. Porque ese cinismo que nos taladra el alma y roe la carne se mira en sus ojos, se oye en su voz, habla por sus palabras. Porque esta Susana es la eterna criatura mancillada, la desnudez que la visten por hipocresía, la creación cuya lengua cortan, la achira que se vuelve seca y descolorida por la basura que le arrojan encima", la margarita que se siembra para que la coma el cerdo. Es la gana de gritar y el grito mismo — "Nadie me oye" — y la implacable sordera, la risa de la sordera implacable, la mueca de la risa de la sordera implacable.

. . . .

No podía quedar impugne porque en el otro lado está el "Amanecer" de los Deshechos, ese en que el hombre rasga los ojos de bruma que le crearon; en que carne y hueso están frente a frente, y los sentidos se hartaron, y la conciencia de los sentidos puros guía al Deshecho sobre simas de espanto y sabe ir con pié de flor, porque

es el baqueano, y conoce el rumbo — ¡el único que lo conoce! — y apura su marcha ahora porque "es el que siembra y la planta no nace cuando manda el hombre, sino a su tiempo", y porque además "tiene tierras nuevas que romper"... Y como ha nacido a la luz tiene el paso seguro, la mirada fija, la voz detonante.

Porque ahora es como antes. El último que se ha vuelto primero. Y tiene la voz aquella que todos siguen... Y eso es la muerte de estos bastos sentidos, la cuchilla sobre el cuello de Don Cándido, la segura figura del tiempo nuevo. Porque su marcha es profecía y asombro de la hipocresía que tiembla en cada ojo que baja el párpado, cansado, mordido, entonces. ¿Tenéis miedo de miraros en vuestros propios ojos, o es que nunca vísteis la profunda maldad que en su fondo había?

Y todavía la garza...

Trasmutación de la inocencia perdida, que la oscura conciencia quiere salvar, tu garza, mi vuelo... la compasión dulce y celestial, último llamado a la conciencia destruída. Pero para los Deshechos ya no hay simbologías que valgan: ni la del rebenque del señor feudal ni la de la garza del Rey Lear perdido entre el bosque, entre su propia conciencia, "bosque sin horas"... porque aquella garza, que no podrá más nunca serlo, no es más que cerrazón, "la cerrazón que el amanecer está tendiendo sobre la tierra" y allí mismo "la luz se está abriendo sobre los campos".

Jesualdo.

LUISI, LUISA

Justino Zavala Muniz: los organizadores de este homenaje de afecto y desagravio, que es, al mismo tiempo, en su alta personalidad de escritor y de combatiente, una afirmación de solidaridad, y una reivindicación de toda la cultura agraviada en su obra, se sienten orgullosos de haber atado con el lazo espiritual de su prestigio y de su nombre, en torno a Vd. a este grupo numeroso de hermanos en propósitos y en sentimientos.

Del atentado inícuo contra esa viva protesta social, contra esa recia y formidable tragedia que es "En un

Rincón del Tacuarí", hemos hecho esta íntima y fraternal comunión de hoy.

Nos apretamos, nudo cerrado y estremecido en torno a Vd., para testimoniarle nuestra solidaridad profunda, ya que el ultraje inferido a su obra, de la más pura esencia artística, se extiende a todos nosotros por igual defensores de idéntico espíritu ya que no con el mismo talento, en una misma cruzada y en un mismo anhelo social.

....

Drama sombrío que ahoga y oprime, que subleva y conmueve, horror de la tragedia que va entregando a la prostitución a las propias hijas indefensas mientras deja en la oscuridad la muerte inexplicada de la esposa; pero también de honda poesía, de generosa intención, de lírica rebeldía, de simbolismo y de ternura que le ilumina de una luz oculta y lo levanta a la grandeza de la clásica tragedia de otros días. Un soplo de fatalismo, hecho de ignorancia y prepotencia, acaso también de un germen de locura, lo emparenta al Edipo y a la Fedra humanizados en la viviente realidad de nuestros días.

....

Era preciso acallar la voz valiente, destruir el testimonio, suprimir — en su espíritu, rebajándolo a la categoría inferior de la obra incoveniente — el documento, como otrora la voz que desde "La Terre" desde "Germinal", desde "La Bete Humaine", desde tantas otras, descubría llagas y la atroz podredumbre de nuestra presunta civilización. El método sigue siendo el mismo, contra el caducado naturalismo de Zola, que contra el lirismo simbolista de Zavala Muniz. La franja verde, que humilla y que degrada la intención alta y pura, se coloca sobre "En un Rincón del Tacuarí", como se colocó sobre "Naná".

Si los procesos literarios contra la moral — la moral burguesa de tapujos y de disimulos — no hubieran demostrado, ya su contraproducencia, Zavala Muniz se sentaría hoy sobre el banquillo de los acusados como se sentó Flaubert para responder de los crímenes — tremendos crímenes! — de su desgraciada Emma Bovary.

Los procesos por atentados contra la moralidad, no llegan en cambio, contra la ola de podredumbre con que

la pornografía sumerge y corrompe a la juventud incauta. La franja verde, lejos de ser para ella, afrenta y agravio, es aliciente comercial y propaganda eficacísima. Así combate la hipocresía burguesa, en la lisa literaria por la pureza de la juventud y la serena dignidad de la edad madura.

....

No le fué impuesta la franja verde a "La Cittá Morta" ni a la "Malquerida", ni fueron llevados sus autores al banquillo de los acusados. Porque el Leonardo de la primera se viste con las lujosas galas de un corrompido y refinado fatalismo decadente, y se purifica con el heroísmo de sacrificar al objeto mismo de sus criminales deseos; y la infeliz Malquerida es sólo una víctima ocasional de un monstruo. Ni el italiano ni el español transgredieron ni por un momento, las reglas sacrosantas del juego burgués que todos jugamos, queriéndolo o no queriéndolo, en esta civilización de hipocresía y de conveniencia: juego en el que todo se tolera y se disculpa con sonrisa de indulgencia o mueca de admiración, salvo una cosa, levantarse indignados contra el juego y negarse a continuar en él.

Zavala Muniz no respetó el tácito contrato. Su voz es voz de acusación y de condena: de piedad y de ternura; de fustigación y esperanza. Las mismas sombras del drama, el mismo horror casi fatalista que lo domina todo, deja percibir claramente un posible amanecer, una lumbre futura. La piedad del autor no ha podido soportar hasta el fin el propio horror de su drama, y piadosamente, con una piedad más humana que D'Annunzio, sacrifica al victimario sumergiéndolo primero en el crepúsculo de una semi locura, para terminar con el suicidio, la expiación de sus tremendas culpas.

Como la voz de Zavala Muniz se agranda con las resonancias de una vida de lucha sin tregua, de sacrificio diario, de entereza inquebrantable, esa voz adquiere tonos gigantes que desbordan los ámbitos y martillean en ellos su incitación al combate.

En esta hora de las palabras sin sentido, de las palabras prostituídas, de la confusión deliberada, la única verdad reside en los hechos. Y sus palabras, Zavala Muniz, sus palabras de "En un Rincón del Tacuarí", sus pala-

bras de "La Cruz de los Caminos", sus palabras de la "Crónica de un Crimen" y de la "Crónica de la Reja", sus palabras de "La Revolución de Enero", sus palabras arrojadas al viento y recogidas y guardadas por millares de corazones, de sus encendidas arengas políticas y sociales, más que la significación intelectual de lo que expresan, más que la belleza lírica de que se hallan impregnadas, llevan consigo el contenido que les viene de una xistencia que se vierte por ellas desde el fondo vital de los hechos. Porque sus palabras. Zavala Muníz, lejos de ser la brillante vestidura que recubre una vida superficial y egoísta, son la enredadera magnífica, apretada contra su torso palpitante, de flores resplandecientes, que sorbe para ellas, la sangre de sus venas y la vibrante palpitación de su carne que les comunica el color, el perfume, y ese sutil tejido inimitable de lo vivo humano, de lo verdaderamente, y puramente, y amorosamente humano.

Así se cumple en Vd. Zavala Muniz, el destino del escritor social por excelencia, el que prepara por su obra, como el maestro de todos ellos, Padre de la revolución de octubre, el advenimiento de la Ciudad Futura, porque su corazón y su pluma están al servicio del pueblo; no en deliberada y artificiosa e ineficaz propaganda disfrazada de literatura, pero en la trabada e íntima conección de una fuerza emocional sacudida de indignación y de ternura, y de un talento que la fecunda y la depura hasta transformarla en seres vivos que combatirán por él y más allá de él el combate de la justicia y del amor.

"En un Rincón del Tacuarí" con la misma valentía y la misma belleza lírica de "La Cruz de los Caminos", pero con una fuerza trágica mayor, viene a unirse, joven de todas las juveniles energías de su potencialidad fervorosa, al ejército literario de combate, que va engrosando sus filas con todos los sufrimientos y todas las rebeldías.

....

LUISI CLOTILDE en Representación de la A. I. A. P. E.

Traigo en esta hora verdadera y cordial, la voz amiga de la A. I. A. P. E., voz que cobra su más cálido acento para alentar la obra valerosa de Zavala Muniz; voz que

se suma, con toda su clara energía, a las que protestaron cuando un artero propósito quiso cohibir la libertad del escritor, acotándola con una desdichada franja verde.

. . . .

Zavala Muniz ha ido a buscar en la verdad viviente del terruño ese amargo tesoro de realidad que hace la carne de sus personajes y la vestidura de sus escenarios. No hay en la austeridad de esa obra sitio para el fácil y amable colorido, ni para el manido pintoresquismo del cromo gauchesco. Ese áspero monte, áspero y verdadero, podría nunca vestirse de mustias florecillas de trapo.

Con una amarga arcilla están amasados estos personajes; con una arcilla que se ha endurecido luego, y templado y encendido al fuego de un generoso corazón.

Así pudieron vivir con tan ardiente vida estos que esconden en su pecho los impulsos de remoto animal, perdido y solitario. Hombres devorados por la llanura; mujeres tronchadas en agraz y dispersadas al viento como pálidas briznas; grises sombras, desjugadas de todo zumo vital, quebradas para siempre en su humana sustancia.

Pero, pese al implacable rigor de su realidad, esas figuras pueden abandonar la concreta envoltura que las cubre, pueden abandonar su carne — verdadera y perecedera — para adquirir la vastedad y la potente radiación de los símbolos. Y así adquieren también su más amplio y profundo sentido ese patrón de autoridad bárbara y esos servidores, pasivos y contemplativos, que sólo saben mirar y comentar en voz queda.

El drama de Zavala Muniz se ubica, por designio del escritor, en un sitio preciso y conocido; arraiga allí su valor emocional y hace de la obra algo nuestro, algo que nos conmueve entrañablemente por su proximidad y nos ata con su apretado parentesco. Pero no pierde su universalidad por eso. La voz que recogiese del suelo mismo este dramático suceso, pudiera ser la voz del anónimo narrador popular; pudiera ser la voz sin patria, sin fisonomía, sin idioma, de cualquier hombre de la tierra.

Así el teatro, sin romper los lazos que lo unen a un preciso lugar, sin desarraigar del terruño, y manteniendo vivo ese calor de realidad que hace de él el arte de las multitudes puede vincularse a la humanidad toda y alcanzar en tal forma su más profunda significación.

LAUREIRO ALEJANDRO

Justino Zavala Muniz es, no sólo un gran escritor de este país, es uno de los más vigorosos talentos de la América actual, una conciencia erguida, una vida ejemplar. Su obra desborda el marco nacional; es conocida y admirada en el extranjero; es una prenda sabrosa de nuestro poder creador de la que podemos envanecernos a justo título. La afrenta de que ha sido objeto "En un Rincón del Tacuarí", trabaja, por una parte, contra quienes la hacen, por otra, en favor del respeto y consideración unánimes que merece al público culto el magnífico poeta de las "Crónicas" y de "La Cruz de los Caminos". A nosotros esta oportunidad nos es grata, pues nos brinda la ocasión de hacer presente nuestro fervor, nuestra admiración, nuestro afecto ante una obra y una vida en la que se compendian y hacen canto las substancias más ricas y profundas que nos han hecho soñar en esta hora turbulenta. Quién, como Justino Zavala Muniz, ha sabido rodear su nombre de resplandores tan nobles, no puede ser alcanzado por la sanción moral de una Intendencia de Alberto Zanzi; en cambio, puede y debe recibir el homenaje de los que, viniendo a la zaga de la generación que él encarna, encuentran en su persona y en su labor una limpia y emocionante ejemplaridad.

....

El profeta Jeremías exclama en una de sus lamentaciones: "Yo soy el hombre que ha visto aflicción en la vara de su enojo". ¡Qué cerca de su espíritu, Justino Zavala Muniz, de su espíritu y de su lenguaje, este versículo! ¡Aflicción en la vara del enojo! La exaltada virilidad del que se enoja puede ser, en efecto, como una vara, una vara de fuego, rodeada por una nube — la nube de la aflicción. Celebremos como conviene el divino poder de recibir en el alma un grande y asolador enojo, nosotros, que por privilegio o desdicha, vivimos en años de cólera y de fuego. Rodeados, batidos, asaltados por hechos miserables, ensordecidos por el rumor de un mundo cuyas bases ya son pasto de la noche, el báculo de nuestra angustia no puede ser sino la vara del enojo, el fiel de la cólera, corregido, en nuestros adentros, por una nube triste. Co-

mo una nube la aflicción rodea la vara del enojo y transporta sus rigores al seno de la tristeza. Este es el privilegio del hombre interno, la historia del hombre creador. ¿Qué es lo más grande del hombre ruso?, se preguntaba Dostoiewski, y respondía: su capacidad para sufrir por el mundo. Los hombres que tienen fuerza viril suficiente para enojarse y ternura bastante como para sufrir por el mundo, son los que sienten pasar la aflicción por la vara del enojo. Unidos a usted, Justino Zavala Muniz, conocemos hoy la gracia ante la miseria del hecho presente, de acompañarle en el alto enójo afligido que se acuerda a la tristeza toda del mundo que vivimos y a la henchida esperanza que nos subyuga.

....

Los mercaderes han usado su nombre y la fuerza de su espíritu, mientras él, en cierto modo, convenía a sus empresas. Hoy le temen, porque su llama les devora el rostro, y lo entregan al pillaje de los fariseos. ¿Cómo hablar de esa aparente indiferencia, de esa cobarde mudez, ante la ofensa que se hace en su obra a la libertad y a la dignidad del espíritu? El culpable silencio les clava la lengua, y no hay sino dejarla podrir.

Usted, en el desierto absoluto de la escena nacional, reanuda la gran tradición del teatro social que Sánchez y Herrera jalonaron entre nosotros de manera inolvidable. Ello respondieron con sinceridad a los imperativos de una época sedienta de palabras auténticas; y su obra perdura por la fuerza de esa sinceridad, como perdurará "La Cruz de los Caminos" y "En un Rincón del Tacuarí", como habrá de perdurar todo lo que nazca asentado así en la verdad profunda del anhelo popular. Nuestra misión, o mejor, la deuda que debemos enjugar sin tardanza, es hacer comprender al pueblo, único juez eterno y valedero, qué grandes voces son éstas de su destino y en qué plano profundo trabajan por su libertad y su justicia.

....

Los magníficos recursos espirituales que usted goza no puede sino acrecerse con la prueba de dolor a que han querido someterle mil circunstancias en estos años aciagos. Créame que los que seguimos con firme esperanza su trayectoria entre nosotros, no dejamos de sentir la viva emoción del instante. Es verdad, los farsantes han de-

sertado la mesa que usted ocupa; la soledad ha traído cada nombre a su sitio, cada ser a su verdad; pero ahora que le vemos así, tan alto y tan firme, no ses grato exclamar como "El Deshecho" frente a "Don Cándido": "Ya está amaneciendo sobre estos campos", o como en la canción de los camelleros tártaros que nos es querida: "Si esta noche es una noche del destino, bendición sobre ella hasta la aparición de la aurora".

LA VOZ DEL CERRO

"En un Rincón del Tacuarí", de Justino Zavala Muniz Con motivo de su Estreno las Autoridades cometieron un atentado

Por hoy bástanos decir, que el autor de las "Crónicas" ha trasplantado de la dolorosa y miserable realidad social, a la escena teatral, un tremendo drama de ubicación universal, en el tiempo y en el espacio.

Pero Zavala Muniz no se propuso sólo teatralizar el drama humano — real y cierto — sino adaptarlo al momento que vive la humanidad, creando símbolos que importan implacables y tremendas acusaciones. Los privilegiados y los opresores, muestran sus crímenes a través de sus pasiones humanas desenfrenadas y primitivas. Los débiles y los oprimidos, desfilan por la escena tal como son en la vida real; suplicantes e impotentes.

Una luz de esperanza en la liberación de todos los oprimidos, coloca Zavala Muniz en medio del drama, surgiendo del sueño de uno de los personajes.

Tal es en pocas palabras, la obra de Zavala.

Nuestro propósito al escribir esta nota, es el de denunciar el atentado a la cultura y al pensamiento cometido por la intendencia de Montevideo, al imponer la franja verde en los anuncios de las representaciones de la obra, lo que no fué admitido por el compañero Zavala Muniz retirándola del cartel.

La franja verde, significa para la opinión pública, aún cuando no lo diga la ley, que la obra tiene un carácter pornográfico. En con este sentido, por lo demás, que se ha venido aplicando tal disposición, no sólo a determinadas obras teatrales, sino a determinadas salas de espectáculos, de dudoso género y de pésimo gusto.

DISCULPA DE ESTE APENDICE

Pretender equiparar la obra de Zavala Muniz, con esa clase de espectáculos, aún aceptando que tal no es el sentido de la ley, sino el producto de la interpretación popular, cuya confusión se alimenta de tales medidas, importa, sin reservas, un atentado a la cultura.

"LA MAÑANA"

Una pieza cruda y violenta es "En un Rincón del Tacuarí"

Un estreno de cierta significación fué ofrecido anoche en el Solís por la compañía Camiña-Palitos, con la obra en tres actos de Justino Zavala Muniz: "En un Rincón del Tacuarí". Dentro de la temporada de este modesto conjunto que actúa en el viejo coliseo, la obra citada viene a poner una nota de excepcional calidad, por cuanto las piezas ofrecidas hasta la fecha carecen de los más elementales valores hasta como para justificar la permanencia de un elenco de tal naturaleza en una sala de categoría como la del Solís.

Antecedentes auspiciosos tiene el señor Zavala Muniz en la literatura vernácula, a la que ha levantado del nivel común con libros sólidos y hermosos. Y en el teatro, logró estrenar hace unos años "La Cruz de los Caminos", pieza escénica que no pudo apartarse de la influencia del novelador que hay en el celebrado escritor de las "Crónicas".

Reincide ahora el señor Zavala Muniz en su aspecto de autor dramático, presentándonos una pieza de naturaleza campera, como la primera, ya citada, y reincide también en el procedimiento empleado en aquella de hacer novela, de hacer relato de lo que debe ser acción. En lo que no reincide es en el tono, pues si en "La Cruz de los Caminos" pudo apreciarse al escritor galano que llegaba al teatro en forma asaz convencional, si se quiere, pero con un ideal claro de establecer un símbolo netamente gaucho, en la obra conocida anoche toma al prototipo de nuestra raza para presentárnoslo envilecido por pasiones — que — la verdad — no le hemos conocido nunca ni nadie se ha atrevido a darles expresión escénica.

El tema podría relatarse en esta forma: Había una vez un gaucho viejo que sentía tal amor bastardo por sus hijos, que comenzaba celándolas y terminaba por poseer-

las. Así al comenzar la acción se da a entender de la huída de la mayor, horrorizada, sin duda, por el incesto, y que vive, en esos momentos en un prostíbulo montevideano, que baten en su parte de atrás las olas del río. También se habla de la muerte misteriosa de la madre, aunque sin concretar nada sobre ella. En la segunda etapa, se repite el acto repugnante con la otra hija, que también huye, y en la tercera, es la menor, una adolescente, casi niña, que se escapa así mismo de las garras del padre después de perder su pureza. Y he ahí la obra: tres incestos y la muerte del protagonista, alucinado por su propia tragedia, como balance.

Hay en la obra de Zavala Muniz algo así como aquel "phatos" griego que movía las tragedias de los poetas clásicos. La fatalidad juega, en efecto, papel preponderante en el tema, en su protagonista y este es el momento en que tendríamos que reconocer el advenimiento de una pro ducción que honraría la escena nacional, si el autor hubiese tocado otro asunto menos crudo, menos violento, o si a pesar de ello, hubiese proporcionado a las figuras una humanidad más elevada y noble que la miserable que les ha dado, siguiendo — el mismo lo ha dicho al ser requerido anoche por el público — los dictados de su conciencia. — Derecho tiene el autor de labrarse su camino estético y de seguirlo. Nosotros seguimos pensando que una obra de arte debe exaltar siempre los aspectos nobles de la vida y si alguna vez muestra las llagas debe ser con la honrada finalidad de atenuarlas, de remediarlas o corregirlas.

La compañía "Camiña-Palitos" "jugó" a "En un Rin cón del Tacuarí" con demasiada lentitud. Es así que la pieza resultó pesada por momentos, pese al dialogado vibrante y pleno de imágenes poéticas logradas.

MASSIOTTI SILVEIRA CARLOS

Renuncia presentada al Comité Ejecutivo Nacional del Partido Batllista.

Tal es lo que ocurre al exponente con referencia a la conclusión a que ha arribado ese Comité Ejecutivo, con respecto a las incidencias planteadas por la representa-

ción en la sala del Teatro Solís de la obra de Zavala Muniz, eminente y conspicuo correligionario.

Zavala Muniz, recio luchador, orador de jerarquía, es uno de los políticos más representatitvos de nuestro Partido.

Y cuando a un hombre de esta envergadura moral e intelectual, que ha honrado a la ciudadanía libre dándose por entero a un ideal, creyendo así cumplir con su supremo deber, se ve trabado en su acción cultural por el régimen político, — que ha sustituído la fuerza al derecho— nuestra autoridad ejecutica — que Zavala Muniz integra y prestigia — resuelve que no es de su incumbencia el asunto planteado en su seno por carecer de aspecto político.

. . . .

En mi sentir, se ha incurrido en manifiesta falta de solidaridad política.

Y es sinceramente angustiado que consigno los conceptos que anteceden y, para poner de relieve mi discrepancia con la resolución comentada, presento renuncia indeclinable de miembro de esa alta autoridad partidaria.

Sé que nada significa para la marcha de ese Comité Ejecutivo mi voluntaria eliminación; pero también se que en el caso concreto de mi actitud, gano mucho en tranquilidad de conciencia.

MUNDO URUGUAYO — Montevideo

"En un Rincón del Tacuarí" constituye la nota teatral de la semana pasada y la incidencia a que dió lugar su extreno, forman junto con los grandes valores de la pieza, largo eco alrededor de esta producción del autor de "La Cruz de los Caminos".

Un teatro totalmente lleno formó marco a la interpretación primera y cerró el ciclo momentáneo de sus presentaciones en nuestro principal teatro. Y Justino Zavala Muniz, al final del espectáculo, tuvo que decir, en medio de cálidos aplausos, las palabras necesarias y hondas, que fluían del acontecimiento.

El símbolo.

Justino Zavala Muniz creó un drama de cruda evidencia y de sugestiones hondísimas. No miren — con as-

pavientos de horror y quizás con culpable curiosidad — la anécdota visible, quienes ponen el grito en el cielo clamando por la inmoralidad del tema. El crimen de Don Cándido el dolor y la vergüenza de sus hijas, el encanallamiento cómplice de los servidores sin son vértices del drama, son, mucho más que motivos escénicos, gritos de rebelión y de alerta. Ya en "La Cruz de los Caminos" Zavala Muniz nos había dado la verdad y la fuerza de sus símbolos. Ya había enfocado los motivos étnicos, los dramas de la tierra y del hombre. Entonces la tierra y el hombre formaban un conglomerado inseparable y reclimible. Ahora la tierra y el hombre son entidades distintas, entidades que casi se rechazan. En este drama la tierra se venga del crimen humano con su aridez, con su extensión — aquellas casas iluminadas detrás de las cuales se oye el mar — con su acecho de la alucinación suicida de Don Cándido. Castigo cósmico para tanta miseria, para tanto barro humano, castigo solemne y misterioso de toda la barbarie dictatorial del sujeto omnímodo, que cuelga su rebenque en el marco de la puerta, como signo inconcebible.

Zavala Muniz ha abordado — desde el sector limitado de un campo nuestro — un asunto de trascendencia moral ilimitada. Una clase entera — oscura burguesía y viciosa cae en la fustigación del artista, que vió con sus ojos agudos y su espíritu ansioso de verdades nuevas, casi siempre amargas, la dramática realidad de ciertos rincones indígenas, de ciertos temperamentos abusivos y degradados. Y por encima de todo esto, el grito penetrante, altísimo, lacerante, de la pureza, de la inocencia, de la bondad, sacrificadas por el zarpazo brutal de la fuerza, símbolo de otras fuerzas más extendidas, fuerzas que cubren los horizontes y los entenebrecen, fuerzas que acechan y aniquilan lo mejor de la humanidad, lo más tierno, lo más gracioso, lo más débil.

Teatralidad

Solicitado desde la zona más pura de su conciencia artística, Zavala Muniz dió forma teatral a su idea, a su inquietud, a su dolor, poniendo todo esto por encima de lo intrínsicamente escénico. Y así, mientras la línea espiritual de su creación es recta y luminosa, tensa y vibrante, sin desmayo, en la prosecusión de un fin, sin

concesiones de clase alguna a las convenciones tibias, al gusto tímido, en la composición teatral, nuestra desniveles, a través de los cuales el autor de "En un Rincón del Tacuarí" aparece más como un luchador generoso y apasionado, dueño de las imágenes y de la belleza del concepto, dueño del asunto y de sus proyecciones sociales, que como un hombre que encara preferentemente la teatralidad del problema. Así es que algunas escenas pecan por demasiado largas o demasiado lentas, pese a que el dialógo es enjundioso y las imágenes llenas de colorido y sugestión.

. . . .

"A veces lo verdaderamente teatral es no seguir al teatro". En ese aspecto, Zavala Muniz va altivamente, briosamente, por su camino. Su teatro es suyo. Y frente a ese mérito trascendental, casi estaríamos tentados a borrar todo reparo.

Julio Caporale Scelta

PETIT MUÑOZ, EUGENIO

. . . .

...Pero el atentado subleva más enérgicamente nuestro espíritu, inquietando gravemente nuestra conciencia social además de nuestra conciencia estética, cuando ha recaído, como en este caso, contra quien enciende sus fuegos de creador para iluminar, con el ímpetu de acelerar el ritmo inevitable de la redención, los rincones de nuestras estructuras más escondidas, todavía bárbaras y atávicas, porque así, en su miseria, las mantiene la opresión de la injusticia y la incultura todavía dominantes; sin que los dómines de la mojigatería y el oscurantismo tengan derecho a establecer distingos ni eclosiones sobre la pertinencia de los símbolos que el artista haya escogido, dentro del plasma inagotable de nuestra realidad, para infundir la fuerza de la vida, a sus construcciones dramáticas y humanas.

PARTIDO COMUNISTA DEL URUGUAY

El Comité Nacional del Partido Comunista, reunido en la noche de ayer en sesión plenaria, me ha encargado

testimoniarle al escritor honesto, al demócrata consecuente, víctima hoy de la venganza innoble de los elementos al servicio de la reacción, su más amplia solidaridad frente al incalificable atentado.

PAULA D.

. . . .

E precizo que se tome alento, depois de vel-a, para se comprender que toda ela é um só bloco, formado por muitas cenas que se unem e juxtapoem mostrando-nos todo o problema da opresao sofrida pelo campónez. E a defenza de todo um povo. contra o seu bárbaro opressor feudal. O rebenque pendurado a porta da vítima da maior das infamias, pertenece ao mesmo homem que proíbe até mesmo a conversaçao de Paula e Deshecho. E este homem é fazendeiro como aqueles outros que possuiram e escorracaram a Paula, paes de tantos outros Deshechos.

Como é grande a figura desse peao. Percebe a podridao da classe que o domina e ve sa bondade, ainda curva a cerviz ao jugo ainde grita o patrao, pretegendo-o.

SUERO PABLO

Crónicas de Media Noche. Con Justino Zavala Muniz.

Desde hace unos días se encuentra en Buenos Aires Justino Zavala Muniz, que fuera revelado a nuestra ciudad con su obra La Cruz de los Caminos, bello y hondo drama campesino en cuyos ámbitos se siente vibrar a veces el soplo de la vieja tragedia, obra en la cual se hermanan símbolo y realidad con vigor maestro y que ha colocado a su autor a la cabeza de los autores rioplatenses. Justino Zavala Muniz es una figura que acusa ya recios e inconfundibles perfiles en la literatura de Hispano América. Tres recios libros — antes de su incorporación al teatro — le bastaron para ello. Crónica de Muniz, Crónica de un Crímen y Crónica de la Reja. En el penúltimo hay páginas de espanto. Para ello no ha necesitado Zavala poner alas a su imaginación ni inspirarse en literaturas ajenas. Zavala pinta la vida de su pueblo y sus gentes de

campo. Y de esta pintura viviente surgen de pronto tremendos problemas. No de otro modo ocurría con Gorki. El mismo Tolstoi no necesitaba enredarse en el doctrinarismo de la última parte de su obra para plantear problemas. Alguien ha señalado a Zavala influencias de Dostoyeswki. Al hacerlo se ha cometido un error. Si algo no tiene procedencias literarias es la obra de Zavala Muniz. El que ha señalado esa influencia, ha confundido una sensación con una influencia.

Leyendo Crónica de un Crímen se piensa en Crímen y Castigo, del gran ruso que era para Nietzsche el más grande psicólogo del siglo. Se asocia una sensación a otra, eso es todo. Porque el libro de Zavala está tramado también con elementos psicológicos profundos y vitales. Pero sin que uno y otro libro tengan semejanza alguna.

Zavala Muniz trae al teatro esa misma densidad humana y además el poder de convertir en símbolo las imágenes reales, rasgo común a los grandes autores. Su vida, por la noble inquietud que la estremece, puede compararse a la de Andrés Malraux. Periodista, legislador, jefe de partido, Zavala Muniz ha conocido la guerra y el destierro. Su obra de caudillo del pueblo le ha ganado la popularidad tanto como su obra literaria. Recientemente estrenó en Montevideo un drama titulado En Un Rincón del Tacuarí. No sabiendo como combatirlo, las autoridades quisieron etiquetar su pieza con la franja verde que tienen obligación de ostentar los espectáculos pornográficos. Zavala Muniz retiró su obra de los carteles, cuando dejarla con ese membrete hubiera equivalido a llenarse de oro. Tal vez esperaron eso sus perseguidores. Zavala sobrelleva con hermosa dignidad la pobreza a que lo condena la naturaleza de su obra y su condición de hombre de lucha.

Cada día me siento más inclinado a hacer del teatro la forma definitiva de expresión de mi literatura — me decía anoche, durante una prolongada charla.— Cada día siento más activa mi palabra y la necesidad de comunicarla directamente al pueblo. No es, no, que quiera hacer del teatro tribuna de ideas, supriméndole su carácter de obra de arte. Pero del teatro que yo siento fluyen necesariamente ideas que tienen por causa y por destino la colectividad. Mi pueblo.

.. ..

La noche ha dejado ya los corredores tenebrosos para dar paso a un alba neblinosa, y sigo pendiente de la charla sugestiva y recia de Zavala Muniz.

Zavala Muniz va a ser objeto en estos días en Montevideo de una gran manifestación de desagravio en la que toman parte por igual los escritores más prestigiosos del Uruguay y el pueblo que lo ha señalado ya como a uno de sus más ardientes defensores. Yo quiero unir con estas sencillas palabras mi nombre a este justo homenaje al escritor y al hombre de lucha.

"Noticias Gráficas" - Buenos Aires.

SCOSERIA CYRO

Justino Zavala Muniz nos muestra de nuevo su garra de escritor hombre, profundamente sugestivo, trabajado por nobles inquietudes, en la producción dramática estrenada anoche en Solís por la Compañía Camiña Palitos. En un Rincón del Tacuarí es, como lo fuera ya la Cruz de los Caminos, su primera creación escénica, obra de vigoroso aliento, de gran vuelo, que nos pone en presencia de complejos problemas y a la vez nos sacude con la emoción intensa, escalofriante de la gran tragedia. Un drama sombrío, surge ya desde las primeras escenas sobrías, escuetas que se desarrollan en una atmósfera de ruda hosquedad en diálogos cortantes, secos, en un constante crescendo de tensión dramática. Su asunto agrio, brutal, desagradable, ha sido abordado con tal altura, tan noble y valientemente, sin rehuir las más arduas situaciones, que la belleza y la emoción se imponen en todo momento alejando cualquier otro sentimiento que no sean el de la angustia, el dolor o la indignación ante el crimen y la injusticia. Porque si presenta En un Rincón del Tacuarí un caso psicológico, un problema de índole moral profundamente interesante, complejo, determinado probablemente por oscuras influencias ancestrales, hay también en el mismo drama, latente en todas sus escenas, acusándose a cada instante en determinados parlamentos, como en frecuentes sugerencias simbólicas el problema social. Con el drama individual nos da Zavala Muniz así el drama o la tragedia de toda la sociedad. Sus

personajes, seres reales, de una profunda y recia humanidad, tomados en su simple rusticidad de la vida campesina, sin perder su condición de tales, van adquiriendo relieve de símbolos y la acción deja de ser anecdótica para revestir proyecciones de universalidad. No se asiste a la tragedia sin percibir claramente esa intención del autor. ¿No se advierte acaso cómo en la figura de Cándido mancillando la pureza de su hija, nos da Zavala Muniz su visión de una sociedad corrompida matando los sueños de sus hijos, mancillando los ideales de la juventud? ¿No hay en aquel rebenque colgado a la puerta de la pieza donde se ha de cometer la infamia, algo así como un símbolo del poder omnímodo de ciertos conductores de pueblos capaces de todos los crímenes, contra los que nada pueden los débiles, los indefensos? ¿No hay así mismo todo un símbolo en la escena final en que ese viejo Cándido desoyendo las voces del Deshecho, otro personaje representativo, se despeña ciego desde lo alto del barranco a dónde lo conduce su insaciada inclinación infame. Muchas y muy hondas y muy bellas sugerencias semejantes surgen de cada escena de En Un Rincón del Tacuarí; pero ahora sólo podemos dar idea de la envergadura dramática y la sustancia social de la obra estrenda anoche en Solís, en la que el escritor rico de imágenes y el militante que hay en Zavala Muniz no desmerecen al dramaturgo, dando por el contrario calidad y enjundia poco común a su obra.

"EL DIA" - Montevideo.

SOCIEDAD GENERAL DE AUTORES DE LA ARGENTINA

Sr. Justino Zavala Muniz.

La Junta Directiva de Argentores, consecuente con el criterio que ha sido norma de la institución en la defensa del derecho del escritor teatral a emitir libremente sus ideas en la creación escénica, hace llegar su adhesión al colega que ha sabido dictar una lección de ética profesional con su actitud. Salúdanlo cordialmente.

DISCULPA DE ESTE APENDICE

VITUREIRA CIPRIANO J.

A Justino Zavala Muniz.

.. ..

¿Quién en este país, tan pequeño, tan triste y tan vanidoso, puede animarse a creer — ya que no a sancionar — que Justino Zavala Muniz es capaz de escribir una obra de carácter inconveniente o libre? ¿Quién en esta aldea, es capaz de ignorar lo que significa Ud. en el plano de nuestras letras? En el ambiente asaz reducido de nuestro acervo artístico y literario, puede admitirse como indubitable verdad que Ud. es uno de sus puntales máximos; por su obra fecunda y altamente inspirada, desde la primera "Crónica de Muniz", hasta la que fuera objeto hace unos días del atentado que rechazamos. Y quién como tal le viera y le juzgara, no podría suponerle capaz de erigirse en bufón o en cómico de la sociedad, adulándole sus instintos.

Esto en primer lugar: desconsideración y desconocimiento para con Ud., que se ha señalado siempre como un espíritu severo, si se quiere extremadamente severo, con una voz acusadora y una tranquila conciencia, en toda su producción y más aún, en su vida.

Pero no sólo desconocimiento del autor que ya es mucho para un censor público, tratándose de su figura literaria. Sino desconocimiento de lo elemental estético. Porque — aquí de lo principal — su obra ha sido desconocida, incomprendida en su totalidad. En ningún instante — yo lo proclamo sin apasionamientos — ni en el segundo acto donde las escenas más crudas son también las más dramáticas, donde realmente maravilla la realización escénica de un problema tan doloroso, sorteando lo asqueante de la moral pública a la vez que los hechos primarios de la infamia, sorteándolos como un consumado dramaturgo, en ningún momento, repito, puede decirse que hay una visión sexual, una escena que lastime el falso pudor virginal que, entre paréntesis, ya nadie posee en este mundo, para felicidad del mismo. Cuando ello asoma, cuando un ademán se dibuja, está ultimado — ésta es la expresión — ultimado ese hecho por tanta protes-

ta, por tantas voces de tragedia, por tanta soledad y silencio descendiendo para aplastar ya que no al culpable, a la culpa misma, que nos quedamos sumidos en ese gran sentido de la fatalidad del hombre unido en los hechos, que es todo el elán de sus novelas y de sus escenas anteriores y presentes.

.. ..

¡Escabroso! Gorki, viendo la miseria del vencido, todo pensamiento y piojos, nos hizo amar como nadie estas figuras y de ellas, más tarde, sacó la seguridad moral en el porvenir de la humanidad. En esa misma intención está envuelta su obra.

Lo que sucede, estimado luchador amigo, es que vivimos en un ambiente disminuído, rebajado hasta tal punto, que se extrañaría al Quijote en escena con sus estupendas palabrotas aún dichas con grandeza; o la "Divina Comedia", a sus visiones del pecado, tan éticas que crearon el paraíso impoluto; o, permítame sonreir un poco, a cierto viejo y antiguo que usted conoce y que los paisanos griegos llamaron Sófocles, quien nos legó sus más grandes tragedias a través de un personaje que era parricida, incestuoso y otras pequeñas cosas más — entre ellas el reinado — personaje a quien los dioses (¿será necesario aclarar que significan los dioses?) la suprema justicia, la más alta moral, salvan al fin de culpa y pena, haciéndole adorar por los pueblos y consagrando su tumba como ámbito de felicidad para las regiones que la circundan. Si "Edipo Rey" y "Edipo en Colona", se representaran en nuestros escenarios, con ser obras veneradas en todos los tiempos, enseñadas en todas las aulas, adoradas por todos los hombres cultos y además bien nacidos, quizá fuera necesario en nuestro ambiente, nimbar de verde los programas, las escaleras del teatro y hasta imprimir un delicioso esmeralda sobre la sección anuncios teatrales de los diarios asaz prudentes!

.. ..

Si apesar de ver en el objeto de su obra, en el modelo, por así decir, en lo pintado o relatado o sucedido, un hecho sexual oscuro, atávico, freudiano, feudal, un hecho infamemente cierto; si apesar de ver ese pretexto u ocasión de un sentido más hondo, hubieran los censores enfrentado una obra de arte y no una copia, una obra del

espíritu y no la realidad, una visión y no una miseria, se hubieran sentido envueltos en una especie de terror, de angustia irresponsable, de bajeza solidaria y estremecida. Como lo sentimos nosotros el arte, en profundidad y en elevación, de tal manera, que en ocasiones como ésta nos avergüenza, nos hace más morales, nos impulsa hacia los grandes remedios o las grandes esperanzas y no como a cierto público cómodo y en muchos aspectos culpable, que queda envuelto en una vergüenza definitiva. Y pretende ocultar la sensación.

. . . .

Leída en "El Espectador" el 28 de mayo.

OBRAS DEL AUTOR



El signo de los caballos es tu ley
Y el tambor de sus cascos levanta las cadenas de tus manos.

A. L.

CRONICA DE MUNIZ (Agotada)
CRONICA DE UN CRIMEN (Agotada)
CRONICA DE LA REJA (Agotada)
LA CRUZ DE LOS CAMINOS (Teatro) (Agotada)
LA REVOLUCION DE ENERO
EN UN RINCON DEL TACUARI (Teatro)